REVISTA CHILENA

FUNDADOR:
ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO XV

SANTIAGO DE CHILE
1922

CARTA DE DON JORGE MONTT A DON EULOGIO ALTAMIRANO EN QUE ACEPTA EN 1891, LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

Santiago, 5 de Noviembre de 1891.

Señor Don Eulogio Altamirano, Presidende de la Convención de la Alianza Liberal.

Señor Presidente:

Cuando Ud. y demás miembros de la Alianza Liberal me manifestaron la designación que habían hecho en mi persona como candidato a la Presidencia de la República, solicité un plazo para contestar.

Ajeno a las luchas de partido, no por indiferencia sino obedeciendo a los hábitos e índole de mi prefesión, más de una vez he manifestado a los amigos que me habían hablado de la posibilidad de proclamarme candidato a la Presidencia de la República, los motivos que me inducían a declinar ese honor. La necesidad de mantener el prestigio de la gloriosa Revolución de Enero, alejando hasta la idea de que pudiera creerse que se trataba de elevar a la primera magistratura del país al que tuvo la honra de obedecer al llamamiento que le hizo el Congreso Nacional para restablecer el imperio de la Constitución, era, a mi entender, un obstáculo insuperable que me impedía pensar siquiera en aceptar designación tan honrosa y de tanta responsabilidad para mí.

Son otras las razones que me obligaron hoy a desistir de tal propósito. La proclamación de mi candidatura hecha por el Directorio del Partido Conservador y por la Convención de la Alianza Liberal, al mismo tiempo que compromete profundamente mi gratitud, me autoriza para pensar que me es lícito deferir al juicio de los hombres honrados y patriotas que bus-

BIBLIOTECA NACIONAL
— JUN 1958

can en mi persona el vínculo de unión necesario para completar la obra de la Revolución de Enero. Por grande e inmerecido que sea el honor que me dicierne, me resigno a aceptarlo como el cumplimiento de un nuevo deber que mis conciudadanos quieren imponerme. Acepto, pues, con la convicción profunda de que contraigo responsabilidades superiores a mis fuerzas, sólo por acatar el voto de mis conciudadanos, a quienes tengo el derecho de exigir, en cambio, todo el apoyo y cooperación necesarios para realizar los propósitos en que se ha inspirado mi designación.

El respeto profundo e incondicional al régimen parlamentario que obligó al país a soportar resignado los dolores y peligros de la última lucha, ha quedado consolidado de una manera inconmovible por el triunfo. Si llegara a ser honrado por los electores con el nombramiento de Presidente de la República, mi norma de conducta sería ajustar todos mis actos a la voluntad del país, manifestada en la forma prescrita por la Constitución, manteniendo la perfecta armonía entre los poderes públicos y acatando las resoluciones y votos del Congreso como la expresión de la voluntad nacional.

Mi única ambición será hacerme digno de la confianza y del respeto público, que hoi se me dispensa y que me obligan a ser el primer servidor de la nación y el más escrupuloso observante de la Constitución y de las leyes. Si en tales condiciones puedo contar con el apoyo de mis conciudadanos para gobernar la República, no debo economizar el sacrificio que se me exige.

En caso contrario, declino la honra que se me ofrece, sin que ello importe desconocer el grande honor ya recibido y la profunda gratitud que ella me impone. En todo caso habré satisfecho el voto de mi conciencia, que me obliga a ser sincero y a declinar en mis electores, siquiera en parte, la responsabilidad de una elección que sólo acepto por servir a mi país, acatando la voluntad popular.

Soy del señor Presidente, Affmo. Atto. servidor,

JORGE MONTT.

DON JORGE MONTT

Las circunstancias que salen de lo normal y corriente permiten aquilatar a los hombres en lo que realmente valen, ya que en medio de las responsabilidades o de los peligros que los rodean no tienen tiempo ni oportunidad para disimular una ambición, preparar un éxito fácil u ocultar una falta de equilibrio en el carácter o de continuidad en las resoluciones.

Los sucesos acaecidos el año 1891 me pusieron en íntimo contacto con don Jorge Montt; pude, pues, observar a lo vivo y dentro de una amistad que se fué estrechando durante toda la vida sus grandes cualidades de carácter, de modestia y de profunda honradez moral. Su buen sentido a toda prueba y su noción del deber y la responsabilidad eran el guía regulador de los entusiasmos excesivos o de las pasajeras decadencias de ánimo de los que lo rodeaban: en Iquique era para todos la autoridad no discutida y ejercitada siempre con tal altura y tal bondad que llegó a ser don Jorge el centro de atracción de aquel mundo un tanto heterogéneo que allá se había congregado. Nunca le oí una frase descompuesta ni un cargo para ninguno de sus adversarios, mucho menos para el conspicuo jefe de la tendencia contraria a la que él representaba y defendía, cuya figura de mandatario se ha agrandado y depurado a medida que la tenue ceniza del tiempo va cubriendo detalles y dejando que las apreciaciones adquieran la calma que la experiencia da y la justicia que los años traen.

Pero no sólo demostró don Jorge Montt grandes cualidades en la organización de su gobierno, inevitablemente un tanto improvisado, sino que quiso y consiguió alejar de su lado la idea de un caudillaje militar, para lo cual exigió que los Presidentes de las Cámaras fueran desde el primer momento sus colaboradores en la Administración, al mismo tiempo que dejó

pronto y perfectamente en claro sus grandes cualidades de jefe al volver al sur sobre la cubierta de los buques de guerra dentro ya del elemento que le había dado gran personalidad y merecido prestigio en el país.

Cuando a bordo del Cochrane, ochenta millas frente a Valparaíso, se daban las últimas y detalladas instrucciones a los que tenían a su cargo los diversos servicios, u horas después, en los momentos un tanto inquietantes en que circunstancias imposibles de prever hicieron demorar la realización del programa preparado de antemano, fué don Jorge el jefe tranquilo que apreciaba las dificultades en lo que valían y que las resolvía con calma al mismo tiempo que comunicaba nervio a la acción y unidad al conjunto.

Pero muy pronto hubo de revelar la faz más interesante de su gran carácter y fué en aquellos días en que toda la dirección se había concentrado en la Intendencia de Valparaíso, donde despachaba el nuevo Gobierno. Allí apareció dèsde el primer momento la voz de los intransigentes, de los batalladores que pedían que continuara la lucha llamándola castigo y la de los conciliadores y moderados que querían desde ese instante restañar las heridas que se habían producido dentro de la familia chilena y buscar la cordialidad desde el momento en que ello fuera posible: don Jorge Montt estuvo decididamente entre estos últimos, reconociendo desde entonces los indiscutibles méritos de muchos de los jefes de la Marina y del Ejército que no habían estado a su lado, pero que él deseaba incorporar lo más pronto a las filas en que habían de seguir prestando sus valiosos servicios al país.

Y, por fin, en Santiago, cuando se produjo la tendencia entre sus amigos a llevarlo a la Presidencia de la República, la resistió en la forma más decidida, llegó aún a principiar la nota en que daba razones para excusarse de ocupar aquel alto cargo, pero había demostrado tales condiciones durante el camino recorrido que nadie podía ser mejor que él la resultante de todas las fuerzas no siempre armónicas producidas en el conjunto de partidos llamados por las circunstancias a hàcer gobierno y que se sentían garantidos por su serenidad, por su alejamiento de toda ambición y por su indiscutible lealtad en

medio de aquel ambiente agitado por pasiones, por incertidumbres y por peligros.

Su anterior alejamiento de la política tuvo indiscutibles ventajas, pues, si es cierto que en ocasiones lo tomaban un tanto de sorpresa los temporales parlamentarios que a veces se originan en los bajos fondos del mar de la política, en cambio para él no existió nunca aquella confusión entre el interés del país y el interés del partido que a veces explica los errores en que suelen incurrir los más altos y bien intencionados mandatarios.

Lejos de demostrar las cualidades que deslumbran por su brillo, demostró por el contrario las condiciones durables de un buen sentido claro, tranquilo, benévolo y profundamente honrado. Eran en cierto modo sus cualidades las condiciones constitutivas del carácter nacional acentuadas en él en armoniosa proporción.

Al desempeñar la Presidencia de la República se encontró con un personal político que en gran parte le era desconocido y con procedimientos nuevos para él, pero era tan poco personalista que buscaba con empeño los medios de rodearse de las personas más bien intencionadas y más competentes en los diversos ramos del servicio público; así llegó a obtener la confianza absoluta de sus amigos y colaboradores y el respeto de sus adversarios que, espíritus hidalgos y bien puestos, reconocieron públicamente en ocasión solemne.

Algunos de los que fuimos sus Ministros de Guerra, recordamos que en las relaciones con los países vecinos fiaba el éxito a la diplomacia más que a la fuerza y que en aquella época en que comprábamos buques y armamentos, lejos de empujarnos, detenía y moderaba nuestras explicables impaciencias.

Más impaciente aun, el Congreso interpelaba y apremiaba a los Ministros para que colocaran al país en pié de guerra.

Para un militar era lógico y humano seguir la viada, complacer a la opinión. El Presidente, abarcando el gran conjunto de los intereses públicos antes que el estrecho marco de una especialidad, hacía predominar en esos momentos la calma y el juicio del estadista sobre el entusiasmo del profesional.

A su espíritu de justicia unía una tan sincera bondad que después de la audiencia pública que daba diariamente nos decía alguna vez: «Esta hora me hace sufrir; los felices no vienen a verme, sólo llegan los desgraciados, los que solicitan algún auxilio y siento que sean tan cortos los medios de atenderlos que las leyes y mis atribuciones me proporcionan».

Dijo en ocasiones que tenía el deber de morir pobre y ese concepto realizado en absoluto, después de haber manejado millones, es un ejemplo que honra a Chile ante toda la América. El día en que dejó la Presidencia de la República, senadores, diputados, empleados de la Administración y un público inmenso que llenaba la calle, lo acompañó hasta la casa de un pariente, puesto que él no tenía casa adonde ir a vivir, hasta que el cariño de sus amigos le proporcionó la que durante algunos años albergó aquel hogar digno de los mejores tiempos de la historia y ejemplo de la cordialidad más perfecta y de las más puras afecciones.

Supo siempre mandar sin jactancia ni orgullo, pero observó y exigió en el Gobierno la más absoluta rigidez y una igualdad tal que jamás los que lo habían acompañado podían esperar de él nada que no fuera conforme a la justicia más estricta.

Con razón el señor Ministro de la Guerra pudo decir al lado de su féretro que «la guerra lo halló heroico, la grandeza lo encontro austero y la muerte lo sorprendió pobre».

Es difícil escribir mejor epitafio sobre la tumba de un gran ciudadano.

ISMAEL VALDÉS VALDÉS.

EL MOMENTO RUSO Y SU PROYECCION EN EL FUTURO

I

El elemento anárquico en la Rusia campesina

Personas de todos mis respetos me solicitan para que exponga lo que yo pienso de Rusia.

Lo que pienso de mi país, o, para decirlo más propiamente, del pueblo ruso, o de los campesinos, que forman su mayoría, me produce honda aflicción. Para mí sería más cómodo no contestar a la pregunta; pero me he mezclado con ellos y los conozco demasiado para tener derecho a guardar silencio.

Sin embargo, entiéndase que no voy a condenar ni a justificar nada, sino sencillamente a reflejar aquí la manera en que mis innúmeras impresiones se moldearon por sí mismas. Un juicio no es todavía una condena, y si se demostrara que mis opiniones han sido erróneas, no me apesadumbraría por ello.

Psícología del aldeano.—En su esencia, cada individuo del pueblo es una corriente elemental de anarquía. Las gentes necesitan comer todo cuanto les es posible y trabajar lo menos que puedan. Quieren poseer todos los derechos y no tener deberes. La atmósfera de ilegalidad en la cual el pueblo ha estado acostumbrado a vivir desde los antiguos tiempos, le ha inducido a creer en la legitimidad de la ilegalidad, en la naturalidad zoológica de la anarquía.

Esto le sucede especial y estrechamente a las masas aldeanas rusas, que han sufrido un abrumador y brutal yugo de esclavitud mas grande que el de ningún otro pueblo de Europa. El campesino ruso ha permanecido por espacio de muchas centurias soñando en el advenimiento de un estado que no tuviera

ningún derecho a influír en la libertad individual y en la libertad de los actos, es decir, en un estado que careciese de poder sobre el hombre. Ante la esperanza inasequible de alcanzar la igualdad de todos, mientras la libertad de cada uno quedaba ilimitada, el pueblo ruso se esforzó por establecer un Estado en forma de Imperio cosaco, de «Setch» ukraniano.

Aun ahora, todavía se agita en el alma oscura del sectario ruso la visión de un fabuloso «Reino mesiánico.» Este existe en alguna parte de las «fronteras de la tierra», donde el pueblo vive tranquilo, sin saber nada de la «vanidad anticristiana» de la vida y de la ciudad dolorosamente atormentadá por las convulsiones del progreso de la civilización.

El instinto del nómada aún no ha desaparecido en la naturaleza del aldeano ruso. Considera el trabajo del labrador como una maldición de Dios, y ansía huír de un sitio para otro. Se halla casi latente en él, o, al ménos, débilmente desarrollado, el agresivo deseo de establecerse con firmeza en un lugar elegido y ejercer influencia favorable a sus intereses en cuanto le rodea. Y cuando así lo determina emprende una difícil e infructuosa lucha. Quienes se esfuercen en contribuír a la vida de la aldea con algo propio o algo nuevo, chocan con la desconfianza y la hostilidad de la otra parte de la aldea, que se comprime para resistir la presión o los hace saltar fuera del medio.

Con más frecuencia ocurre que los innovadores que han chocado con el conservatismo insuperable de la aldea rusa tengan que abandonarla. Hay sitio adonde ir: la llanura vacía se extiende en todas direcciones, con tentadora seducción.

Influencia de la llanura.—El reputado historiador ruso Kostomaroff dice: «Siempre ha existido entre el común del pueblo la oposición al Estado; pero a consecuencia de la excesiva extensión geográfica, la expansión del país toma la forma de fuga, de desercion de los deberes impuestos al pueblo por el Estado, y no de una resistencia activa y combativa. Desde el tiempo a que se refiere lo transcrito, la población de la llanura rusa ha aumentado, y la «expansión geográfica» se ha contraído; mas la psicología del pueblo permanece siendo la misma, y encuentra su expresión en el curioso proverbio con-

sejo: «No abandones tu diversión, pero no hagas ejecutar tu labor.»

Desde la mas temprana niñez, el hombre de Occidente, tan pronto como puede sostenerse sobre sus piernas, ve en rededor de sí los monumentales esfuerzos de trabajo de sus antecesores. Desde las esclusas de Holanda hasta los túneles de la costa italiana y los viñedos del Vesubio; desde las potentes obras de Inglaterra hasta las gigantescas fábricas silesianas, toda la superficie de Europa se halla espesamente cubierta por las más grandes encarnaciones de la organizada voluntad del hombre, voluntad que yergue delante de él la arrogante aspiración de domeñar las fuerzas elementales de la naturaleza para someterla a los prudentes intereses del hombre. «La tierra está en manos del hombre y él es su verdadero señor.» Esta impresión de que está saturado el niño de Occidente, le inculca la apreciación de la obra del hombre, de respeto para su labor y del sentimiento de su propia importancia personal, como heredero de las obras y creaciones admirables de sus antepasados.

Tales ideas, sentimientos y apreciaciones no pueden surgir del alma del aldeano ruso. La ilimitada planicie, cubierta de bosques y de aldeas de tejado de paja, posee la maligna propiedad de abrumar al hombre y de absorber sus aspiraciones. El campesino quiere a veces ir más allá del recinto de su pueblo, contemplar la desolación que lo rodea, y luego sentirá que esa desolación fluye en su alma. En parte alguna en derredor de él verá la menor señal duradera de esfuerzo y creación. ¿Las haciendas de los propietarios? Son pocas y se encuentran habitadas por enemigos. ¿Las ciudades? Están lejos y no mucho mas civilizadas que las aldeas. Por todas partes la llanura sin fin. En el centro el hombre, pequeño e insignificante, arrojado sobre este suelo lúgubre en penosa servidumbre. Y el hombre está sujeto a un sentimiento de indiferencia que destruye su capacidad de pensar, de recordar el pasado, de trabajar mas allá de lo que le dicta su experiencia. El historiador de la civilización rusa dice, para caracterizar al campesino: «Muchas supertíciones y ninguna idea.»

Este juicio doloroso se halla confirmado por todas las gentes de Rusia.

La ciudad y el campo.—El estío ruso no ofrece dificultades, porque «la vida dorada de los campos suntuosos» es bella. Pero en el otoño, el labrador vuelve a enfrontarse con la tierra desnuda que le solicita y le somete a penosa servidumbre. Luego llega el duro invierno de seis meses. La tierra se viste con blanco y deslumbrador sudario; la tempestad furiosa, amenazadora, llena de rabia, bate los campos, y el hombre, sofocado, ocioso y solitario, tiene que recluirse en su estrecha y asquerosa choza. De toda su labor, sólo le resta sobre la tierra una cantidad de paja y una cabaña, que tres veces en la vida de cada generación es destruída por el fuego.

El primitivo trabajo técnico de la aldea es increíblemente opresor, y los campesinos lo denominan «strada», del verbo ruso «sufrir». La carga de su trabajo, en relación con sus resultados insignificantes, hace más profundo en el campesino el instinto de la propiedad privada, y casi le inmuniza a la influencia de las doctrinas que adscriben todos los males humanos al poder de este mismo instinto.

La labor del habitante de la ciudad es variada, firme y duradera. De la masa informe de mineral muerto extrae máquinas y aparatos de asombrosa complicación, a los que da su vida con la inspiración de su pensamiento. Para sus fines, ha subyugado ya las fuerzas de la Naturaleza, que son para él lo que los «djins» de los cuentos orientales fueron para el rey Salomón. Ha levantado en derredor suyo una atmósfera de razón, una «segunda Naturaleza». En todas partes ha visto sus energías incorporadas a infinita variedad de mecanismos y de cosas, a miles de libros y cuadros; y en todas partes se encuentran las huellas de los grandes tormentos de su espíritu, de sus sueños, de sus esperanzas, de su amor, de su odio, de sus dudas, de sus creencias; su alma sensitiva, en la cual arde un fuego inextinguible por crear nuevas formas, nuevas ideas, nuevos gustos, y en la que mana el conmovedor esfuerzo por descubrir los secretos de la Naturaleza y encontrar el sentido de la vida.

Esclavizado por la autoridad del Estado, parmanece interiormente libre. Y por esta misma libertad de su espíritu destruye las formas anticuadas de vida y crea otras nuevas. Siendo

hombre de acción, hace su vida dolorosamente ruda y llena de vicios, pero hermosa en su plenitud. El es el instigador de todos los males sociales, de las perversiones de la carne y el espíritu; el creador de la falsedad y de la hipocresía social; pero también es él quien fabrica el microscopio de la propia crítica, que le permite ver con terrible clarovidencia sus vicios y sus crímenes, su salvajismo y sus errores involuntarios y los más minuciosos movimientos de su eternamente insatisfecho espíritu.

Siendo un gran pecador contra su vecino, y tal vez más grande contra sí mismo, es el mártir de sus propios esfuerzos, los cuales, al mismo tiempo que le deforman y le sumen en la desolación, hacen surgir en él nuevos tormentos y nuevas alegrías de vida. Su espíritu, a la manera del maldito Ashaverus (el judío errante), camina a través de la infinidad del futuro, a veces hacia el corazón del Cosmos, a veces hacia el fondo vacío del Universo, que acaso llena con su energía física, creando algo que va más allá de las concepciones del intelecto moderno.

El instinto considera solamente como importantes los resultados utilitarios del progreso del espíritu humano, solamente lo que puede aumentar la prosperidad material y externa de la vida, aunque ello sea una patente y vil mentira.

La inteligencia, en cambio, encuentra que el proceso de la creación es importante por sí mismo. La inteligencia es loca como el sol, trabaja sin egoísmo alguno.

Las revoluciones del siglo xvii.—Hubo en Rusia en otro tiempo un sujeto llamado Iván Bolotnikov, hombre de rara suerte. Siendo niño, fué capturado por los tártaros en una de sus frecuentes incursiones en las ciudades fronterizas del reino moscovita. Cuando era adolescente, fué vendido a los turcos y esclavizado en las galeras turcas. Fué redimido de la esclavitud por los venecianos, y, después de haber vivido en la aristocrática República de los Dux de Venecia por algún tiempo, retornó a Rusia.

Esto ocurrió en 1606. Los boyardos moscovitas habían perseguido a muerte al zar Boris Godunov y asesinado al inteligente, temerario y enigmático joven que, asumiendo el nombre de Dmitri, el hijo de Iván el Terrible, ocupó el trono moscovi-

ta, y, tratando de desterrar los hábitos asiáticos de los boyardos, les dijo en su cara: «Vosotros os consideráis el pueblo más recto del mundo; pero sois depravados y malvados. Amáis muy poco a vuestros prójimos y vecinos y no estáis nunca dispuestos al bien.»

Fué asesinado. El astuto príncipe Vassili Shuisky, hombre de dos caras, fué elegido zar. Entonces apareció el segundo pretendiente, que se presentó igualmente como hijo de Iván el Terrible, y empezó en Rusia la sangrienta tragedia de disolución política conocida en la Historia bajo el nombre de «La confusión». Iván Bolotnikov se unió a este segundo pretendiente, y recibió de él el derecho de mandar un reducido destacamento de secuaces, y marchó con ellos sobre Moscou, predicando a los siervos y campesinos en la forma siguiente:

«Matad a los boyardos, apoderaos de sus esposas y de todos sus bienes. Matad a los comerciantes y a toda la gente rica, y dividid sus haciendas entre vosotros.»

Este tentador programa de comunismo primitivo atrajo a las filas de Bolotnikov muchos miles de siervos de campesinos y de vagabundos. Estas gentes derrotaron una y otra vez los ejércitos del zar Vassili, a pesar de estar éstos mejor armados y organizados; sitiaron a Moscou, y sólo tras grandes dificultades fueron vencidos por las tropas de los boyardos y de los mercaderes. Finalmente, esta primer rebelión importante de campesinos fué ahogada en torrentes de sangre. Bolotnikov fué cogido prisionero, y, después de sacársele los ojos, fué ahogado en el río.

El nombre de Bolotnikov no se ha conservado en la memoria de los campesinos; su vida y actividad no se conmemoran ni con cantares ni con leyendas. Del mismo modo, las tradiciones de los campesinos rusos no contienen ni una palabra acerca de aquel período de diez años, de 1602 a 1612, de caos sangriento, que los historiadores caracterizan «como una escuela de licencia, de anarquía, de insensibilidad política, de duplicidad, de engaño, de volubilidad en las ideas y de frívolo egoísmo incapaz de apreciar las necesidades comunes».

Pero todo esto no dejó señal alguna en la vida o en la memoria del campesino ruso. En las leyendas de Italia todavía

vive la memoria de Fra Dolcino; los bohemios recuerdan a Jan Zhizhka, al igual que el campesino alemán se acuerda de Tomás Muntzer y de Florián Geier; los franceses, de los héroes y mártires de la Jacqueria, y los ingleses, del nombre de Watt Taylor. Alrededor de todos estos hombres queda, entre la gente del pueblo, un cúmulo de narraciones, de cantos, de leyendas. Pero los campesinos rusos no conocen sus héroes, sus jefes, sus apóstoles de amor, de justicia y de venganza.

Cincuenta años después de Bolotnikov, el cosaco del Don Stepan Razin alzó en rebeldía los campesinos de casi toda la cuenca del Volga, y avanzó con ellos hacia Moscou, despertado por la misma idea de igualdad política y económica. Casi durante tres años, sus bandas robaron y asesinaron boyardos y comerciantes. Supo batirse en batallas campales con los ejércitos del zar Alexey Romanoff. Su rebelión amenazó con extenderse a toda la Rusia campesina. Pero, al fin, fué derrotado y descuartizado. Sólo dos o tres canciones quedan en la memoria popular referentes a él; pero es dudoso el verdadero origen popular de tales canciones. Su significado era ininteligible para los campesinos en los principios ya del siglo XIX.

No menos potente y extendida fué la rebelión comenzada por el cosaco del Ural Pugatchev, en los días de la gran Catalina, rebelión que fué el último atentado belicoso por parte de los cosacos contra el régimen del Estado, segun lo ha definido el historiador S. F. Platonov. También Pugatchev, lo mismo que todos los demás movimientos políticos menos importantes del pueblo ruso, pasó sin dejar recuerdos claros en los campesinos rusos. Y es posible decir de todos ellos literalmente lo mismo que se ha dicho por el historiador del terrible período de «La confusión».

«Todos estos alzamientos no cambiaron nada, no contribuyeron a nada nuevo, ni en el mecanismo del Estado, ni en el orden de las ideas, ni en los habitos y prácticas del pueblo».

Y es oportuno añadir a este juicio la conclusión de cierto extranjero que ha estudiado cuidadosamente al pueblo ruso: «Este pueblo no tiene memoria para la Historia. No conoce su pasado, y, al parecer, no quiere conocerlo».

El gran duque Sergio Romanoff me dijo que en 1907, cuando se estaba celebrando el tercer centenario de la dinastía Romanoff, y el zar Nicolás se hallaba en Kostroma, que Nicolás Michailovitch, otro gran duque que fué el talentudo autor de una completa serie de obras sólidas de caracter histórico, dijo al zar, señalando la muchedumbre de miles de campesinos:

«Son exactamente lo mismo que eran en el siglo XVII, cuando eligieron a Michael para ocupar el trono de los zares; verdaderamente los mismos. ¿No juzgais que es una desgracia?

El zar guardó silencio. Se dice que siempre callaba en respuesta a las preguntas graves. Esto es una sabiduría de cierta clase; si no es el resultado de astucia o de temor.

II

La crueldad del mujik

Torturas del infierno.—La crueldad es una cosa que me ha causado perplejidad y dolor toda mi vida. ¿De dónde nacen, de qué brotan las raíces de la crueldad humana? He meditado mucho acerca de ello; pero no he llegado a comprenderlo.

Hace mucho tiempo que leí un libro que llevaba el siguiente ominoso título: «El progreso como evolución de la crueldad». Elegidos con gran habilidad los hechos, el autor trataba de probar que con el desarrollo del progreso los hombres se están atormentando unos a otros, a la par física y espiritualmente, cada día con más sensualidad, con más refinamiento. Leí aquel libro con ira; no creí lo que decía, y pronto olvidé sus paradojas.

Pero, actualmente, después de la aterradora locura de la guerra europea y de los sangrientos acontecimientos de la Revolución, aquellas agrías paradojas han acudido con frecuencia a mi memoria. Pero he de hacer notar que en la crueldad rusa no hay, aparentemente, evolución alguna. En sus formas no se advierte cambio.

El cronista de principios del siglo XVII consigna que, en sus tiempos, torturaban (en Rusia) del siguiente modo: «Echan pólvora en la boca de la víctima, y le prenden fuego. A otros los

rellenan de pólvora para hacerlos estallar del mismo modo. También abren los pechos de hombres y mujeres, y, pasando cuerdas por los taladros, cuelgan los cuerpos de las cuerdas».

En los siglos XVIII y XIX hacían estas mismas cosas en los territorios del Don y de los Urales, y ahora introducen a la fuerza, como si fuera en una roca, un cartucho de dinamita en el cuerpo de la víctima, y lo hacen estallar cual un barreno.

Creo que el pueblo ruso es excepcional en este concepto; y, así como los ingleses tienen una capacidad humorística especial, los rusos poseen una crueldad instintiva, una crueldad a sangre fría, que trata de encontrar los límites extremos a que puede llegar el dolor y la resistencia humana y poner de manifiesto la tenacidad y perseverancia de las fuerzas vitales.

En la crueldad rusa se advierte un refinamiento diabólico; hay en ella algo delicado. Esta cualidad difícilmente puede explicarse por calificaciones tales como anormalidad psíquica o sadismo, palabras que, de un modo esencial y general, no explican nada. ¿Será una herencia de alcoholismo? Sin embargo, no creo que el pueblo ruso se halle más. saturado del veneno alcohol que otros pueblos de Europa, aunque es posible que este veneno actúe más profundamente en la psicología del campesino ruso, cuya nutrición es más pobre que en otros países donde la alimentación es más variada y abundante.

Es posible, también, que la lectura de las vidas de los santos mártires, pasatiempo favorito de los que tienen aficiones literarias en las pobres aldeas, haya influído en el refinamiento de la crueldad rusa.

Si se tratase de ejemplos de crueldad que mostrasen solamente la perversa psicología de individuos sueltos, no habría por qué hablar de ellos aquí, pues constituirían materia para quien se dedicase al estudio de la psiquiatría y no para el historiador. Pero me refiero, por el contrario, únicamente a los casos en que comunidades enteras encuentran delectación en atormentar criaturas humanas.

En Siberia los campesinos abren en el suelo grandes hoyos y en ellos echan, cabeza abajo, los soldados del ejército rojo que caen en sus manos; pero procuran que las piernas, desde las rodillas, queden sobresaliendo del nivel del suelo. Hecho

esto, llenan gradualmente los hoyos con tierra y observan con atención las convulsiones de las piernas con el fin de apreciar qué víctimas resisten más y las que más tardan en perecer sofocadas.

Los cosacos de la Trans-Baikalia enseñan a sus muchachos el arte de partir leña en las espaldas de los prisioneros.

En la provincia de Tambov se clava a los comunistas en los troncos de los árboles a un metro de altura del suelo; pero atravesándoles con los clavos únicamente la mano izquierda y el pié izquierdo, y se observan muy detenidamente los sufrimientos de los hombres crucificados de tal modo.

Otras veces se abre el vientre del prisionero, se extrae una porción de los intestinos, se clava esta porción al tronco de un árbol o a un poste del telégrafo, y, despues, se obliga, a golpes y empujones, a la víctima a que dé vueltas alrededor del árbol, y los verdugos contemplan con delectación cómo va el resto de los intestinos saliendo por la herida y desarrollándose.

A los oficiales prisioneros se les desnuda por completo y se les arranca de los hombros tiras de piel, formando a modo de charreteras; taladrándoles los brazos con clavos que representan las estrellas que indicaban su graduación; y, finalmente, les desuellan toda la porción de la cintura donde se ciñe el cinturón del sable, y a lo largo de las piernas, la que corresponde a la franja del pantalón. A esto le llaman «ponerles el uniforme». La operación requiere mucha habilidad y no poco tiempo.

Otros muchos horrores semejantes podrían ser descritos, pero la odiosidad de su carácter no me consienten entrar en pormenores de estas sanguinarias diversiones.

¿Quiénes son más crueles, los «rojos» o los «blancos»? Probablemente son iguales, porque unos y otros son rusos. Sin embargo, la historia suministra una respuesta muy categórica acerca de los distintos grados de crueldad: «Los más activos son los más crueles».

MENOSPRECIO DE LA MUJER.—PSICOLOGÍA DEL SOLDADO.—Creo que en ninguna parte son apaleadas las mujeres tan despiadadamente y tan a sangre fría como en la aldea rusa, y, probablemente, ningun otro país podrá envanecerse de tales consejos populares, en forma de proverbios, como los siguientes:

«Golpea a tu mujer con una estaca; después, inclínate hacia ella y escucha. Si respira, es que disimula. Necesita otra paliza».

«Hay dos ocasiones en que se quiere a la mujer: el día de la boda y el día de su entierro».

«No hay ley para las mujeres ni para el ganado».

«Cuanto más apalees a tu mujer, más sabrosa es la sopa».

Centenares de estos aforismos, que encierran la sabiduría popular de los siglos, circulan por la aldea. Los pequeños los aprenden, y se recrean en ellos.

Los niños son golpeados con el mismo celo y saña. Para enterarme bien del carácter de los malos tratamientos a los niños entre las gentes de la provincia de Moscou, he repasado las actas de los Tribunales de Moscou correspondientes al decenio de 1901 a 1910, examinando, además, otras formas de crímenes contra los menores. Apalear es un pasatiempo muy favorito en Rusia, y no se pone gran atención en quién es la víctima. La sabiduría popular considera que el individuo apaleado vale más. «Por cada individuo apaleado se ofrecen dos que no lo han sido; pero no hay compradores».

Existen proverbios para expresar que la lucha es una condición necesaria para que la vida sea completa.

«¡Ah! ¡Es alegre vivir; pero no hay nadie a quien apalear!»

Pregunté a algunos individuos, que habían tomado parte muy activa en la guerra civil, si no habían sentido algún pesar al matarse unos a otros

«¡No!—me respondieron.—No hemos sentido pesar alguno. El otro, por lo tanto, estabámos en contrario, tenía un fusil; yo tenía iguales condiciones. Eso no es nada. Mataremos unos cuantos, y habrá más sitio en la tierra».

En una ocasión recibí una respuesta muy original de un soldado que había tomado parte en la guerra europea, y que actualmente manda una unidad importante en el ejército rojo.

«La guerra interior, la guerra civil—me dijo,—no es nada. Pero la guerra contra extranjeros es ya una cosa difícil para el espíritu. Te hablaré con franqueza, camarada. Es más fácil matar rusos. Nosotros somos muchos, y nuestros bienes y haciendas valen poco. Supóngase que arde una aldea. ¿Qué im-

porta? Arderá de todos modos algún día. Además, éste es un asunto nuestro, como las maniobras, por ejemplo, útiles para aprender, vamos al decir. Pero cuando yo entré en Prusia, al principio de la guerra, ¡vive Dios!, ¡y qué lástima me dió de aquella gente! ¡Qué aldeas, qué ciudades, qué haciendas! ¡Qué cosas tan magníficas destruímos entonces, sin saber por qué! Daba compasión. Cuando caí herido me alegré. ¡Tan penoso era ser testigo de los horrores de la vida! Después fuí enviado al Cáucaso, a Yudenitch, donde están los turcos y otros pueblos de tez morena. Todos ellos eran gentes muy pobres, de buen natural, siempre sonriendo, sin que uno sepa por qué. Les pegas, y te sonríen. Me daban compasión. Todos ellos tenían su ocupación, su manera de ganarse la vida trabajando, sus lazos con la vida...

El hombre que así hablaba tenía sentimientos humanos a su modo; trata bien a sus soldados, y éstos, al parecer, le quieren y le respetan. Por otra parte, adora su profesión militar.

Traté de hablarle algo de Rusia, de la significación de nuestro país en el mundo; me oyó, como si meditase en lo que le decía, fumando su cigarrillo, con la vista mirando al infinito, y me respondió, lanzando un suspiro:

«Sí, naturalmente, Rusia era potencia excepcional, un poder realmente extraordinario, y ahora, en mi opinión, se ha sumido por completo en la villanía».

Me parece que la guerra ha dado origen a muchos hombres como éste, y que los jefes de los incontables y los insensibles bandos son hombres de esta psicología.

La persecución de los judios.—Al hablar de crueldades, es difícil olvidar el carácter de los pogromos judíos en Rusia. El hecho de que los pogromos contra los judíos fuesen consentidos por los idiotas viciosos que tuvieron en sus manos la autoridad, no justifica nada ni a nadie. Al permitir la matanza y el robo de los judíos, estos idiotas no incitaron a los centenares de pogromistas a cortar los pechos de las mujeres judías, asesinar a sus hijos y hundir clavos en los cráneos de los judíos. Todas estas sangrientas abominaciones hay que considerarlas como «expresión de la propia iniciativa de las masas».

Pero, entonces, ¿dónde se encuentra el bondadoso e inteligente campesino ruso, el incansable buscador de la verdad y la justicia, de quien la literatura del siglo XIX habló al mundo de un modo hermoso y convincente?

En mi juventud busqué con diligencia a ese hombre en las aldeas de Rusia, y no pude encontrarle. Sólo hallé en ellas un áspero realista y un tipo astuto y taimado que, cuando le era de algún provecho, desempeñaba el papel de simple. Por naturaleza no es tonto, y de ello está convencido.

Ese aldeano ha sido el inspirador de dolorosos cantos y de muchos cuentos vulgares y crueles, y ha formado miles de proverbios en que se encierra la experiencia de su vida ruda.

Sabe que «el mujik no es tonto, pero que lo es la comunidad», y que «la comunidad es fuerte como el agua, pero necia como un cerdo».

Y dice:

«No temas a los diablos; teme a los hombres».

«Castiga a tus gentes, y los extraños te temerán».

No profesa una alta opinión de la verdad. «La verdad no satisface el hambre». Mantened la falsedad si con ella prosperáis». «El hombre que dice la verdad es tan pernicioso como un tonto».

Considerándose capaz para hacer cualquier trabajo, dice: «Golpea a un ruso y fabricará un reloj». Y es necesario golpear porque «se es perezoso para trabajar, mas nó para comer».

Las parábolas similares a éstas fluyen de su boca, las usa hábilmente y las escucha desde su niñez. Y como las está oyendo desde su niñez, desde entonces se arraiga y crece en él la convicción de que contienen muchas austeras verdades, crueles dolores y gran burla a costa suya y a costa de la cólera de las gentes. A las gentes, sobre todo las de la ciudad que se mezclan en su vida, las estima supérfluas sobre la tierra, que está irrigada con su sudor y con su sangre; esa tierra a la cual ama con supersticioso misticismo. Cree y siente de modo inmutable, que él está firmemente soldado con su carne a esa tierra que es su propia sangre y de la que han despojado hombres pira-

tas. Mucho antes que lord Byron, el aldeano sabía que «el sudor del campesino es un valor de la hacienda del propietario».

El mujik en la literatura.—El mujik fué idealizado en la literatura de la escuela populista rusa, porque esa literatura servía de propaganda política. Pero ya hacia los promedios del siglo XIX, la literatura que trataba de la aldea y del campesino, comenzó resueltamente a cambiar y se hizo más verdadera y menos conmiserativa.

Antón Chejov sentó los fundamentos de una nueva actitud respecto del campesino, con sus producciones «En la cabaña» y «Los mujiks».

En los primeros años del siglo XX aparecieron las obras de Iván Bunin, el mejor de los maestros de las letras contemporáneas rusas. «Una conversación en la noche» y otras novelas excelentes, tanto por la belleza de su estilo como por el austero respeto a la verdad, que se reflejan, sobre todo, en «La aldea», han establecido una nueva modalidad crítica sobre el campesino ruso.

Se ha dicho en Rusia que Bunin, como es noble, consideraba al mujik con desagrado y hasta con hostilidad. Esto no es exacto. Bunin es sólo un artista exquisito, y nada más.

En la literatura rusa de la presente centuria existen más agrios y emocionantes testimonios de la dolorosa oscuridad de la aldea. Ahí se hallan, como ejemplos, «Juventud», una novela del notable campesino de la provincia de Orel, Iván Voluy; los cuentos del campesino de Moscou, Semion Podiatchev y los del campesino siberiano Vsevolod Ivanov, un joven escritor de brillantez y potencia imaginativa excepcionales.

Nadie supondrá en estos hombres una actitud preconcebida y hostil hacia lo que les rodea, a lo que se encuentran unidos por la carne y por la sangre, y con lo cual no han perdido la conexión. Ellos, mejor que ningunos otros, conocen y comprenden la vida del campesino, la tristeza y las ásperas alegrías de la aldea, la ceguera de los intelectos y la crueldad de los sentimientos de la masa.

El hombre está barato.—Como conclusión de este imperfecto esquema, anotaré el relato de uno de los miembros de una

expedición científica que ejecutó trabajos en 1921 en los montes Urales.

Un campesino dirigió la siguiente pregunta a los miembros de la expedición.

«Sois personas sabias, y deseo que me manifestéis cómo debo proceder. Un bashkir (indígena) mató una vaca de mi propiedad. Yo, «naturalmente», maté al bashkir, y luego me apoderé de una vaca que guardaba su familia. ¿Creéis que seré castigado por llevarme la vaca?».

Cuando le preguntaron si no esperaba que le castigasen por matar a un ser humano, contestó el mujik tranquilamente:

«Eso no es nada. El hombre está ahora barato».

La frase es, «naturalmente», muy característica: demuestra que el asesinato se ha convertido en una cosa sencilla y ordinaria. Esto es la consecuencia de la guerra civil y del bandolerismo.

Como ejemplo de la manera con que las nuevas ideas son en la actualidad recibidas por los hombres más inteligentes de las aldeas, he aquí lo que me escribe un maestro de origen campesino:

«Puesto que el famoso sabio Darwin estableció científicamente la necesidad de la lucha por la existencia, sin hablar contra el exterminio de la gente débil e inútil, y puesto que en los antiguos tiempos los viejos eran sacados de las cabañas para que pereciesen de hambre o colgados de los árboles para luego dejarlos caer a tierra, a fin de que se aplastaran, me permito protestar contra esa crueldad y proponer el exterminio de las personas inútiles con arreglo a sistemas de naturaleza más en consonancia con la piedad. Darles, por ejemplo, a comer algo sabroso y agradable, o recurriendo a otro medio semejante. Estos métodos conducirían a que fuese menos difícil la lucha por la existencia en todas partes. En tal forma podían ser tratados los idiotas, los locos y los criminales, y acaso también los enfermos incurables, los jorobados, los ciegos, etc. Acaso el sistema no sea, naturalmente, agradable a nuestra afligida inteligencia»; pero lo estimo digno de tenerlo presente, en consideración a su idealidad conservadora y contrarevolucionaria. El sostenimiento de las personas inútiles le cuesta a la nación de-

masiado, y este artículo de gasto es menester que se reduzca a cero».

En Rusia se escriben ahora precisamente muchos planes, cartas e informes similares a lo precedente, que producen honda opresión. Mas, no obstante su perversidad, dejan sentir que la inteligencia de la aldea se despierta, y que aunque su tendencia en la labor es mala, trabaja en una dirección nueva.

La aldea se esfuerza en considerar a la nación como un todo.

III

Las creencias del campesino

Falta de fé.—Existe la creecia de que el campesino ruso es muy religioso, profundamente religioso. Nunca he sido yo de esa opinión, y me parece que he estudiado la vida espiritual del pueblo con bastante cuidado. Creo que un individuo analfabeto y que no está acostumbrado a pensar no puede ser ni verdadero creyente ni ateo, y que el camino para llegar a tener una fe firme y profunda cruza el desierto de la incredulidad.

En el curso de mis conversaciones con los aldeanos y de mis observaciones sobre el modo de existir y actuar de las varias sectas en Rusia, he percibido ante todo una falta de fe (que puedo calificar de orgánica y ciega) en los procesos mentales; he descubierto una actitud mental que puede describirse como el escepticismo de la ignorancia.

He advertido siempre, en los propósitos de todas las sectas rusas por vivir separadamente, fuera de la iglesia intervenida por el Estado, una actitud negativa, no sólo hacia sus ritos y a sus dogmas, sino hacia el régimen del Estado y hacia la vida de la ciudad. Pero nunca pude descubrir en esta actitud negativa ninguna idea original, ningún signo de pensamiento creador, ningún indicio de exploraciones en busca de nuevos campos para el espíritu. Es sencillamente, una pasiva y estéril negación de fenómenos y acontecimientos cuya conexión y significación es incapaz de comprender una inteligencia poco desarrollada.

Paréceme que la revolución ha demostrado de una manera definitiva cuán equivocados estaban los que creían en la profunda religiosidad del campesino ruso. Acaso el hecho de que en las iglesias de las aldeas se hayan establecido teatros y casinos no tiene la importancia qué pudiera atribuírsele, aunque en algunas ocasiones se ha procedido así no porque no se encontraba otro edificio apropiado para el teatro o el club, sino con el manifiesto propósito de mostrar la libertad del pensamiento. Se han registrado casos de actitud más grosera aún y sacrílega hacia la iglesia, actitud que es posible explicar por la hostilidad popular hacia los sacerdotes, por el deseo de ofenderlos, y a veces por cierta necia e insolente curiosidad por parte de la gente joven, que piensa: «¿Qué me sucederá si execro lo que es reverenciado por todos?»

Pero más significativos que todo esto son hechos como los siguientes: La destrucción del antiguo monasterio Petchersky en Kiev, y del monasterio Troitze-Sergeieyky, acontecimiento de enorme importancia histórica y religiosa, pues ambos monasterios eran tenidos en gran veneración en todo el país, no provocó protestas ni disturbios entre los aldeanos, aunque algunos políticos pronosticaron conflictos ciertos con tal motivo. Ocurrió como si tales centros de vida y fervor religioso hubieran perdido repentinamente el mágico poder que atraía hacia ellos creyentes de todos los ámbitos de la inmensa tierra rusa. Y, sin embargo, esos mismos campesinos defendieron con las armas en la mano y sin reparar en perder la vida, algunos miles de quintales de grano.

Cuando los Soviets provinciales exhibieron públicamente las «reliquias incorruptibles» de los santos que eran con más veneración adorados por el pueblo, este mismo pueblo miró aquellos actos con completa indiferencia, con curiosidad silenciosa, apagada. Las reliquias fueron expuestas con gran falta de tacto y a menudo en forma ruda, con la activa participación de gentes de otras razas y otras creencias, con grosera burla de los sentimientos de los qüe creían en la santidad y milagroso poder de las reliquias. Pero, ni aun esto provocó protestas en aquellos hombres que ayer mismo se arrodillaban ante los sepulcros de los santos.

Pregunté a muchos de los que habían intervenido en la exposición de las supuestas reliquias y a testigos de dicha exhibición qué efecto les había producido al encontrarse, en vez de los cuerpos bien conservados de los santos, con toscos muñecos que contenían algunos huesos medio deshechos. Algunos me dijeron que había ocurrido un milagro. «Conocedores los santos cuerpos de la profanación fraguada por los infieles, habían abandonado sus sepulcros y desaparecido». Otros me afirmaron que la aparente superchería había sido efectuada por los monjes, pero únicamente cuando se enteraron de que las autoridades intentaban destruír las reliquias. «Han quitado de los sepulcros las verdaderas e incorruptibles reliquias y las han reemplazado por muñecos». Esta fué la forma casi sin excepción en que se expresaron los representantes viejos y analfabetos de la aldea. Los campesinos jóvenes y más instruídos reconocían, por supuesto, que todo era una superchería, y hablaban de este modo:

Las trampas de la ciencia.—«Ha sido una buena obra. Así hay un engaño menos». Pero después se les ocurrieron otros pensamientos que trascribo al pie de la letra:

«Ahora que las trampas de los monasterios han sido descubiertas, hay que tener cuidado con los médicos y demás gentes sabias y poner también de manifiesto sus manipulaciones ante el pueblo».

Gasté mucho tiempo en persuadir a mi interlocutor para que explicara la significación de sus palabras. Algo confuso y perplejo, me dijo:

«Claro es que usted no lo creará; pero dicen que ahora los sabios pueden envenenar el aire y destruir todos los seres vivientes, tanto los hombres como el ganado. Ahora, todo el mundo es malvado, nadie es compasivo...»

Otro aldeano, miembro del Soviet municipal, que se califica él mismo de comunista, desarrolló aún más aquella alarmante idea.

«No queremos milagros—me dijó —Queremos vivir a la clara luz del día, sin inquietudes y sin miedo. Y sin embargo, ¡cuántos milagros fraguan ahora!. Se ha decidido instalar luz eléctrica en las aldeas; dicen que así habrá menos incendios.

Está bien, ¡gran Dios! Si no ocurrieran equivocaciones. . Pero supóngase usted que se mueve un tornillo en dirección contraria de la debida y toda la aldea se abrasa. «Ve usted dónde está el peligro? Permítame usted que le diga: La gente de las ciudades es astuta, pero la de las aldeas tonta, y es fácil engañarla. Ahora cuentan por aquí cosas muy gordas. Los soldados dicen que durante la guerra regimientos en masa fueron destruídos por la luz eléctrica».

Traté de disipar estos miedos, y de oír palabras más sensatas. La respuesta fué: «Un hombre lo sabe todo, y otro no sabe nada. Este es el origen de todos los conflictos. ¿Cómo puedo creer en algo si no sé nada?

Las quejas con los aldeanos contra su ignorancia son ahora muy frecuentes, y tienen un tono más amenazador cada día. Un campesino de Siberia, hombre muy emprendedor y que había organizado una partida a retaguardia de Koltchak, se lamentaba de esta suerte:

Nuestro pueblo no está todavía maduro para los acontecimientos. La gente cambia de parecer y de partido cada día. Sus inteligencias están a oscuras. En una ocasión derrotamos un destacamento de Koltchak, apresándo tres ametralladoras, un cañón y un carro, matando unos cincuenta enemigos, habiendo perdido nosostros setenta y uno. Estábamos acampados, y descansando depués de la refriega, cuando de repente, mis guerrilleros me preguntaron:

«Después de todo, ¿no está la verdad de parte de Koltchak? ¿No estamos combatiendo contra nuestros propios intereses?» (Era uno de los casos en que en Siberia los destacamentos de campesinos y partidarios. se pasaban veinte veces de los bolcheviques a Koltchak y viceversa.) ¡Sí! Yo algunas veces me siento lo mismo que si fuese un animal. Así es que no comprendo nada. En todas partes hay conflictos. En Tomsk vive cierto doctor, que es un buen hombre, quien me dijo que habíais estado sirviendo a los japoneses mediante una fuerte suma desde 1905. Y cierto prisionero de guerra herido, un soldado de Marina, de Koltchak, pretendió demostrarnos que Lenin estaba jugando el juego de los alemanes y que poseía documentos probatorios de que Lenin sostenía correspondencia,

sobre negocios de dinero, con los generales alemanes. Ordené que el soldado fuese fusilado para evitar que tales manifestaciones indujeran a confusión al pueblo, y mucho tiempo después mi alma se sintió perturbada. Realmente no se sabe a quién prestar crédito. Todos están contra todos y hasta se pierde la confianza en sí mismo.»

LA ALDEA Y LA CIUDAD.—Yo había tenido bastantes conversaciones con los campesinos acerca de diferentes temas, y por lo general me habían dejado penosa impresión. El pueblo es gran observador; pero es desesperante ver lo poco que comprende. Mis conversaciones acerca de las reliquias, especialmente, me convencieron de que el expuesto fraude de la iglesia había reforzado la actitud de duda y descontianza de la aldea respecto de la ciudad. No ha variado su actitud hacia el clero y las autoridades, sino hacia la ciudad, a la cual se considera como una complicada organización de hombres astutos, que viven del trabajo y el pan de la aldea, ejecutando muchas cosas que no son de ninguna utilidad para el campesino; al cual pretenden engañar en todos los asuntos, y acaban por engañarle.

En ocasión de trabajar como miembro de la Comisión contra el analfabetismo, hablé con un grupo de aldeanos de los suburbios de Petrogrado, sobre el triunfo de la ciencia y los conocimientos técnicos.

«Sí—replicó uno de los que me escuchaban, que era un bien barbado y soberbio mozo,—hemos aprendido a volar por el aire, como los pájaros; a nadar bajo el agua, como los peces; pero no hemos logrado aprender la manera de vivir en la tierra. Primeramente, hemos debido establecernos sólidamente sobre la tierra, y luego, mas tarde, ir a la conquista del aire. Por eso no debemos malgastar el dinero en tales diversiones.»

Otro añadió agriamente:

«De esos artificios que producen grandes gastos de hombres y dinero no lograremos ningún beneficio. Mientras yo necesito herraduras para mis bestias, un hacha y otros objetos útiles, vosotros estáis alzando en las calles un monumento. ¡Todo ello no es mas que prodigalidad! No poseemos paño para vestir a nuestros hijos, y aquí ostentáis banderas por todas partes.»

Por último, después de una larga e implacable crítica de las «diversiones» de la ciudad, el barbado mujik, añadió suspirando:

«Si nosotros hubiésemos hecho la revolución, hace mucho tiempo que la paz reinaría sobre la tierra y en todas partes imperaría el orden...»

Algunas veces la actitud del aldeano hacia las gentes de la ciudad halla su expresión en una forma tan simple y radical como ésta:

«Todas las personas educadas, deberían ser barridas de la superficie de la tierra. Entonces sería fácil para nosotros, gentes sencillas, el poder vivir. De otro modo nos aplastaréis por completo.»

En el año de 1919, el buen aldeano arrebataba tranquilamente al habitante de la ciudad sus vestidos y sus zapatos, y lo robaba con astucia cuanto podía, aun aquellos objetos o artículos necesarios o innecesarios para la aldea, a cambio de pan y patatas.

No es necesario hablar de la burda irrisión y vengativa mofa con que la aldea acogía a las gentes hambrientas de la ciudad. Procurando obtener la mejor parte en el cambio, la mayoría de los campesinos procuraban cometer defraudaciones, además de dar carácter humillante a la limosna, porque se resistían a contribuir a la vida del «amo que ha malgastado su fortuna en la revolucion». Por otra parte, se advertía que su actitud hacia el trabajador era más deferente, si no más humana. Esta deferencia puede probablemente explicarse por el jovial aviso de un aldeano a otro:

«Debes ser más atento con éste, pues dicen que pondrán un Soviet en donde quieran.»

El intelectual estaba casi inevitablemente condenado a sufrir torturas morales. Por ejemplo, después de largos tratos se fijaban las condiciones exactas del convenio, pero el mujik o su mujer decían con la mayor indiferencia al hombre cuyos hijos yacían en casa atacados por el escorbuto:

«No, no; vaya con Dios. Hemos variado de opinión y no podemos darle las patatas.»

Cuando alguien se quejaba de que le hubieran entretenido demasiado tiempo, le replicaban despreciativamente:

«Nosotros hemos tenido que esperar más tiempo por vuestra caridad.»

Cualesquiera que sean las cualidades que pueda tener el campesino ruso, nunca podrá jactarse de la de generoso. Podría decirse que no es rencoroso en el sentido de que no recuerda el mal que se hace a sí mismo; del mismo modo que tampoco recuerda el bien que hace a los demás.

Cierto ingeniero de las regiones hulleras del país, indignado por la actitud adoptada por los campesinos respecto de un grupo de gentes de la ciudad que durante una fuerte lluvia de otoño se refugiaron en una aldea, y por gran espacio de tiempo no lograron encontrar un sitio donde descansar y secar sus ropas, dirigió la palabra a los campesinos hablándoles de los servicios que había prestado la inteligencia a la causa de la emancipación política del pueblo.

En respuesta a su discurso un eslavo, de azulados ojos y escaso pelo, le dijo:

«Verdaderamente, hemos leído que vuestras clases han sufrido realmente en sus conquistas políticas; pero esas mismas clases fueron las que lo escribieron. Ahora, vosotros, por vuestra propia conveniencia, trabajáis por la revolución y no porque nosotros lo exigiésemos. Por lo tanto, no somos nosotros los responsables de vuestras desventuras. Que Dios os recompense por todo ello.»

No anotaría aquí estas palabras, si no las considerase típicas. Las oigo constantemente en una forma o en otra, pero siempre expresando la misma idea.

Es preciso tener en cuenta, que la obligación impuesta al educado habitante de la ciudad por el aldeano tiene una seria e instructiva consecuencia para el último. La aldea comprende plenamente la dependencia en que respecto de ella se halla la ciudad, mientras que antiguamente sabía que la aldea era la que dependía de la ciudad.

IV

La Rusia de mañana

La sacudida del hambre.—Rusia ha sido sacudida de un modo violento por un hambre espantoso y sin precedente, que está matando a millones de personas y que matará a muchos millones más. Esta tragedia ha despertado la compasión hasta de los pueblos hostiles a Rusia, país que, según la frase de cierta americana, «siempre se halla azotado por el cólera o la revolución». ¿Cuál es la actitud de los todavía prósperos campesinos rusos frente a esta inmensa tragedia?

«No se llora en Riazan cuando la cosecha se pierde en Pskov», es la respuesta que da el aldeano, en forma de adagio, a la anterior pregunta.

«Cuando mueren las gentes, dejan libre el camino para que lo recorramos nosotros», me decía un viejo de Novgord. Y su hijo, un hermoso alumno de la Escuela Militar, desarrollaba el pensamiento del padre de este modo:

«Es una desgracia grande el que muchos sectores de la población perezcan. Pero ¿quiénes son los que sucumben? Los débiles, los que han sido víctimas de los rigores de la vida. En cambio, los que resistan hallarán cinco veces más fácil la existencia».

He ahí la voz del genuino aldeano ruso, a quien pertenece el futuro. Un hombre de estas características razona deliberadamente y con verdadero cinismo. Conoce su propio valer y su importancia, y dice: «No podéis ahora dominar al mujik. El mujik ha comprendido que es él quien posee el grano, así como la autoridad y el poder».

De este modo habla el campesino, quien, como expuso L. Kameneff en el noveno Congreso de los Soviets, celebrado en Diciembre de 1921, «respondía a la política de la nacionalización con una reducción de la superficie cultivada estrictamente precisa para dejar sin pan a la población urbana y sin grano al Gobierno para la exportación al extranjero».

«Nosotros, los mujiks, somos como los bosques. Nos queman, cortan nuestra madera, y, sin embargo, crecemos con la própia simiente y continuamos siempre creciendo--me manifestaba un aldeano que en Septiembre último vino desde Voronesh a Moscou, con el fin de adquirir libros que trataban de agricultura. En nuestra región nadie sabe que la guerra ha disminuido la población. Y ahora cuentan que mueren y que morirán millones de personas. Eso vale la pena de conocerse. Porque si se piensa en que cada persona que fallece posee dos «desiatinos» (un desiatino equivale a dos yugadas y una séptima parte de yugada), se vendrá en conocimiento de la gran cantidad de tierra que podrá ser aprovechada por otros. Esto es algo. Cuando llegue el caso, demostraremos nuestra disposición para el trabajo. Y todo el mundo podrá respirar. El mujik trabaja bien con sólo que le faciliten tierra para laborarla. Porque nosotros no nos declaramos en huelga. El terreno no consiente esas cosas».

Lo mismo el campesino bien alimentado que el más pobre, contemplan la tragedia del hambre con ecuanimidad, en la misma forma que acostumbraban a considerar en los antiguos tiempos las calamidades desencadenadas por los elementos.

Los CAMPESINOS Y EL PORVENIR.—Respecto al futuro, el aldeano lo mira cada vez con más confianza, y se advierte en el tono con que habla, al hombre consciente de ser el único y actual dueño de la suerte de Rusia.

Un campesino de Riazan desarrollaba ante mí un proyecto verdaderamente interesante de seccionamiento industrial, en esta forma:

«Amigo mío: no necesitamos fábricas, que sólo son alimento de la rebelión y de todo género de licencias. Nosotros podíamos arreglar las cosas de otra manera: con un establecimiento textil que emplease cien obreros, una tenería no muy grande y otras muchas fábricas del mismo tamaño, separadas entre sí. Las instalaciones estarían esparcidas por todas las provincias, de forma que cada distrito contara con lo preciso para sus propias necesidades, y para que nada faltara en ellos. Así es que el trabajador viviría prósperamente y todos los demás estarían

satisfechos. Ya sabéis que el obrero es codicioso, desea cuanto ve, en cambio, el mujik se contenta con poco.»

—¿Son muchos los que opinan como vos?—le pregunté.

—Algunos, los mas sabios.

—Veo que a vos no os gustan los obreros.

—Lo que puedo decir es que son gentes perezosas cuando se reunen en gran número. Para que hiciesen obra de provecho, seria preciso dividirlos en pequeñas unidades, colocando ciento aquí y ciento allí...

Los aldeanos y los comunistas.—La opinión de los aldeanos respecto de los comunistas, no se puede expresar, a mi juicio, mas gráficamente y con mas perspicacia que en las siguientes advertencias que un compañero aldeano hizo a un campesino amigo mío, que es un poeta notable:

—Mira, Iván; no te adhieras a los comunistas, porque si así lo haces, degollaremos a tu padre y a tu hermano, y a tus dos vecinos, por añadidura.

—Y ¿por qué habéis de matar a los vecinos?»

—Para exterminar tu espíritu.

Algunas conclusiones.—Se me preguntará ahora cuáles son mis conclusiones.

La primera de todas es que el sentimiento de adversión hacia la ruindad y estupidez humanas no debía considerarse como una falta de amistoso interés por la humanidad, aunque la villanía y la estupidez no existen fuera del hombre.

He trazado aquí un esquema, tal como lo he entendido, del campo en que ha nacido y todavía desarrolla sus actividades la tragedia de la Revolución rusa. Es un campo en que se agita un pueblo medio salvaje.

La crueldad de las formas que reviste la revolución, la explico por la crueldad excepcional del pueblo ruso.

Cuando se acumulan cargos de brutalidad contra los dirigentes de la Revolución, que son el grupo más activo de los intelectuales, estimo tales cargos como mentiras y calumnias inevitables en una lucha de partidos políticos, o como honradas equivocaciones de una parte del pueblo consciente.

Podría recordar el hecho de que siempre y en todas partes los embustes de los lesionados y vencidos son a todas luces

injustos, viciosos y desvergonzados. De lo cual no hay que deducir que yo considere la verdad de los vencedores sagrada e incontrovertible. No; quiero simplemente decir que me hallo convencido de ello, y que podía expresarlo con esta triste, pero gráfica, verdad: Sean las que quieran las ideas que guían a los hombres, en su labor práctica se conducirán como bestias. Y frecuentemente como animales locos, cuya demencia nace a veces del temor.

En modo alguno pueden dirigirse acusaciones de egoísta codicia, de ambición y deshonestidad contra ningún sector de los intelectuales rusos, y cuantos se complacen en formular tales cargos, saben muy bien que carecen de fundamento.

No negaré que los políticos son los mas grandes pecadores de todos los maldecidos pecadores de la tierra; pero ello obedece a que la naturaleza de sus actividades inexorables les compele a guiarse por el principio jesuítico de que «el fin justifica los medios.»

Pero ocurre con bastante frecuencia que los amantes y fanáticos de una idea pervierten conscientemente su propio espíritu en beneficio de otros. Esto es aplicable especialmente a la mayoría de los rusos inteligentes. Han subordinado siempre la «calidad» de la vida a los intereses y necesidades de la «cantidad» del pueblo sencillo y primitivo.

No puedo mirar como «atormentadores del pueblo» a hombres que han echado sobre sí mismos la pesadumbre del sufrimiento, la hercúlea labor de limpiar los establos de Augias de la vida rusa. Desde mi punto de vista, son víctimas mas que otra cosa.

Al decir esto expreso mi firme convicción de que todos los intelectuales rusos que han acometido bravamente, durante casi un siglo, la ardua labor de poner al pueblo ruso, tendido indolente, ignorante y desdichado sobre su propia tierra, han sido y son víctimas de la vida vegetativa de una casta que ha tenido la rara habilidad de vivir en tremenda miseria en un país fabulosamente rico. El aldeano ruso, cuyo sano pensar ha sido despertado por la Revolución, podría decir que su inteligencia trabaja tontamente, sin resultados útiles, aunque siempre sin egoísmo.

Claro es que el aldeano no hablaría asi, porque la importancia decisiva de la labor intelectual no aparece aún potente a su inteligencia.

Casi todas las reservas de energía intelectual acumulada en Rusia durante el siglo XIX y consumidas por la Revolución se hallan ahora disueltas en las masas campesinas.

El intelectual, el productor de alimento espiritual y el obrero creador del mecanismo de la civilización urbana, que rápida y sólidamente se va extendiendo, son absorbidos por la población rural, que acoge sedienta todo lo que le es útil, todo lo que ha sido producido en el curso de los últimos cuatro años de prodigiosa actividad.

Ahora bien; puede decirse con toda certeza que el aldeano ruso ha despertado a una vida nueva a expensas de la disolución de las clases intelectuales y de las clases obreras de las ciudades. Es verdad que el mujik ha pagado muy caro por ello, y que aún no ha concluído de pagarlo, porque la tragedia no ha terminado aún. Pero la Revolución, llevada a cabo por un grupo, relativamente insignificante, de intelectuales a la cabeza de algunos miles de obreros. ha removido tan profundamente con su arado de acero toda la masa del pueblo, que difícilmente podrán los campesinos volver a los antiguos hábitos de una vida hecha añicos para siempre. Como los hebreos, a quienes Moisés libró de la esclavitud egipcia, así el pueblo semisalvaje, estúpido y hambriento de las aldeas y aldehuelas rusas, al que me he venido refiriendo en estos artículos, irá desapareciendo gradualmente y ocupará su lugar una nueva raza de hombre instruídos, prudentes y de ánimo valeroso.

A mi juicio, esa nueva generación no constituirá un pueblo ruso «muy suave, muy simpático», sino más bien un pueblo atento a sus negocios y entendidos en ellos, desconfiado e indiferente hacia todo lo que no tenga relación directa con sus aspiraciones.

Será un pueblo que no hará esfuerzo para comprender a Einstein o en descubrir lo que significan Shakespeare o Leonardo de Vinci; pero probablemente contribuirá con su dinero a los experimentos de Steinnach y se dará cuenta rápidamente de la electrificación de la industria y de la agricultura científica

del valor de la utitilidad de un tractor, de la necesidad de tener en cada aldea un buen médico, y de las ventajas de las buenas carreteras y de todo medio perfecto de comunicación.

Se desarrollará en él lo que no ha tenido hasta ahora: una excelente memoria histórica, recordando su calamitoso pasado hasta época bien reciente, y, en el primer período de la construcción de su nueva vida, comenzará por mirar con desconfianza, si no con manifiesta hostilidad, a los intelectuales y a las masas obreras, intigadores de revueltas y desórdenes.

Tardará en apreciar en su justo valor lo que es la ciudad, considerada por él como un foco inextinguible de ideas subversivas y perniciosas, como origen de fenómenos y acontecimientos excitantes, y no siempre comprensibles. Será lento en hacerse cargo de la función de la ciudad como fábrica y tienda donde se elaboran y expenden nuevas ideas, nuevos instrumentos y nuevos métodos para facilitar y embellecer la vida del pueblo.

Tales son, a grandes rasgos, mis impresiones y mis pensamientos acerca del pueblo ruso.

MÁXIMO GORKI.

LA REVOLUCION DE 1891

(De los papeles inéditos de don *Fanor Velasco*) 1)

Introducción

Yo creo en la fatalidad, esto es, en la acción de causas imperceptibles y remotas que con los efectos que producen no tienen una relación fácil de distinguir. El hombre que acostado a la sombra de un árbol corpulento se encuentra de improviso bajo el golpe de una rama que se troncha, debe sus magulladuras a las razones numerosas y complicadas que le hicieron escojer ese sitio para su descanso, a la ráfaga de viento que tuvo su orígen inmediato en una diferencia de temperatura producida a kilómetros de distancia y motivada por corrientes que venían de muy lejos, a la rama que por su longitud y por sus hojas presentaba a la fuerza del viento resistencia más obs-

---

(1) Don Fanor Velasco V. ha tenido la gentileza de acceder a nuestro pedido de publicar en la Revista Chilena documentos y papeles aún inéditos de su señor padre don Fanor Velasco, relacionados con la revolución de 1891. Bien saben nuestros lectores que en 1914 el señor Velasco hijo, estimando transcurrido el término fijado por el autor mismo, dió a la publicidad siete años después de su muerte, un interesantísimo volúmen con el nombre de «Memorias de la Revolución de 1891», en el cual se contienen las observaciones diarias que, desde las postrimerías de 1890 hasta el 5 de Agosto de aquel año, estampó por escrito el entonces Subsecretario de Estado en el departamento de Relaciones Exteriores. En el prólogo de aquella obra, manifiestan sus editores que dan a la publicidad todo cuanto don Fanor Velasco dejó reunido como para formar un volúmen. Sin embargo, aparte de lo ahí publicado, se encontraron posteriormente entre sus papeles revueltos, otros trabajos y documentos del mismo autor, consistentes aquellos en reflexiones y notas posteriores al triunfo del Congreso, que aclaran o completan actos de la revolución, y éstos en apuntes o transcripciones de acontecimientos que le proporcionaban, para bien de la historia nacional, caballeros de sus relaciones cuando el señor Velasco se retiró de la subsecretaría en Junio de 1891, «para no manchar sus ropas con el proyecto de reorganización del poder judicial, procedimiento que desborda el vaso en que se contienen las enor-

tinada; las debe, en fin, a muchas otras causas, de las cuales las apuntadas no son sino algunos de sus efectos.

Creer que las naciones son como una bola de billar a la cual un jugador puede imprimir la dirección que se le ocurra, es un absurdo que no se verifica ni aún en aquellos países sometidos a las autocracias bárbaras del Africa o a las estacionarias del Asia: en todos éstos, el gobernante tiene forzosamente que conformarse a los procedimientos invariables establecidos por una tradición inmemorial.

Es muy escasa la parte que en los acontecimientos históricos de un pueblo, corresponde al que es la cabeza visible de su administración: en la humanidad hay corrientes irresistibles como en las mareas del océano.

Un hombre puede, hasta cierto punto, imprimir una dirección fija a aquellos que la disciplina militar ha puesto a sus órdenes. Los que con él no se encuentran en esta relación, son en todo tiempo y en todas partes el mayor número; y las tiranías mas celosas, no han podido nunca exigir del mayor número sino actos puramente negativos. Nunca han perseguido a los que no las combaten. El que prescinde, está tranquilo.

Balmaceda tuvo una vanidad, la de las grandes construcciones. Creía ligar su nombre a todos los edificios que hacia levantar. Error profundo! Esos edificios se levantaban, nó con

---

midades administrativas», según se lee en sus Memorias el día 15 de Junio. Como hemos dicho, la REVISTA CHILENA ha conseguido del depositario de esos papeles inéditos su publicación en ella. La empezamos con el presente número, cuyo título, *Introducción*, y su contexto, permite deducir que el señor Velasco se proponía ejecutar un trabajo de más aliento. Se trata de un estudio filosófico de nuestra revolución comparada con la Revolución de Carlos X y la separatista de Estados Unidos y está referido principalmente al Memorandum Político que en 1890 publicara don Julio Zegers. En el próximo número daremos antecedentes sobre la interpelación de don Domingo Godoy en el Senado, a propósito del pasaporte a don Agustin Edwards y sobre la incubación y muerte de la candidatura de don Enrique S. Sanfuentes, todo escrito para el señor Velasco por don Leopoldo Urrutia, según conversación que éste acaba de tener con don Raimundo Silva. Vendrán después, de otros personajes, noticias sobre las interioridades de la Moneda en los últimos días de Agosto y notas sueltas del propio señor Velasco. La REVISTA CHILENA, empeñada como ha estado en todo momento para buscar papeles inéditos relativos a la historia patria, agradece al señor Fanor Velasco V. la distinción de que la ha hecho objeto al favorecerla con la publicación de tan importantes documentos.—LA DIRECCIÓN.

su propio dinero, sino con el de todo el mundo, y la posteridad olvida muy prontamente al que para hacer una construcción no ha tenido más que decretarla, o recuerda a los Faraones, que hicieron gemir a generaciones enteras en la construcción de monolitos, hoy testigos mudos pero elocuentes de su barbarie.

Balmaceda, como todos o la mayor parte de nuestros gobernantes, de los gobernantes del mundo entero, profesaba un empirismo comparable solamente al de los médicos. Creía que para evitar las alteraciones del cambio, para hacer fácil la vida a la gente pobre, para traer torrentes de progreso al país, era indispensable crear un Banco de Estado y construir cárceles y escuelas magestuosas, y largas líneas férreas, como el médico que para reintegrar en un enfermo las fuerzas digestivas agotadas, considera indispensable y eficaz propinarle la pepsina o el ácido clorhídrico.

En Abril de 1890, cuando en el horizonte principiaban a acumularse las nubes que produjeron la tormenta de 1891, el señor don Julio Zegers publicó un *Memorandum Político*, trabajo tan bien concebido como profundamente intencionado, en que se dibujan con admirable exactitud las tendencias de los hombres que algunos meses mas tarde han de llenar la escena con su personalidad. Despues de terminar las observaciones que hace sobre el pasado y el presente, el señor Zegers manifiesta en pocas líneas que en las grandes conmociones políticas o sociales, es conveniente pedir a la luz histórica ejemplos y lecciones para evitar la agitación y el movimiento de los espíritus, los ofuscamientos del criterio y las ocultaciones de la verdad; y transcribiendo con una oportunidad incomparable los pasajes correspondientes de Dupin, Guizot y Villemain, señala la situación, en que hace sesenta y un años, se encontraba la monarquía de Carlos X, como una advertencia que merece ser considerada por el Gobierno de nuestro país.

La exactitud incontrovertible de las reflexiones generales que en unas cuantas líneas apunta el señor Zegers, y los trozos que reproduce precisamente en el instaute psicológico del conflicto, habrían ejercido una influencia saludable, si el Presidente señor Balmaceda y su círculo, no se hubieran creido en la necesidad de seguir marchando por un camino que forzosamente conducía o al desquiciamiento de su autoridad, o al desaparecimiento de la escasa iniciativa y de las escasas libertades políticas de la nación.

Como sucede de ordinario, fué desoida la voz de la experiencia; y el Gobierno continuó empeñado en la tarea de cavar el abismo que había de servirle para su propia sepultura. Catorce meses despues, los papeles estaban invertidos: se desvanecían como el humo los cuarenta mil soldados que en el centro del país hacían de cordón sanitario contra el virus de la revolución; salian de las cárceles y las legaciones los que durante ocho meses habían permanecido presos o refujiados, y eran encerrados o se asilaban en ellas, con una precipitación febril, los que hasta el día anterior habían tenido todo el poder público en sus manos. En estas circunstancias, habría sido hermoso que a aquel que tuvo el *coraje suficiente* para poner ante los ojos de Balmaceda la historia de los acontecimientos que produjeron la caída de Carlos X, no le hubiera faltado ahora la *benevolencia suficiente* para adelantar dos o tres páginas en las Memorias de Dupin y de Guizot y llamar la atención de los que entonces manejaban el poder, hácia los procedimientos que adoptó el Gobierno de Luis Felipe en favor de la vida y la seguridad del monarca destronado.

«La revolución, dice Guizot, se había consumado; no tropezaba con resistencia de ningun género; Rey, Constitución, Cámaras, Gabinete, todos los nuevos poderes estaban de pié y en acción. Y el Rey Carlos X se hallaba todavía en Francia, evidentemente, sin posibilidad de mantenerse en el país y sin hacer un movimiento para alejarse de él ¡En vano cuatro comisarios, el Mariscal Maison, el General Jacqueminot y los señores Odilon-Barrot y de Fehonen, se habían dirigido al castillo de Rambouillet para decidirlo a partir y velar por su seguridad: sin éxito habían vuelto a París. Al día siguiente,

sin embargo, 3 de Agosto,... Carlos X se decidió a abandonar su última residencia real y a dirigirse a un punto de la costa para embarcarse. Pero caminaba lentamente, deteniéndose aquí y allá, con vacilaciones acerca de su ruta, desechando las observaciones que a veces le dirigían, para arreglar o apresurar su marcha, los comisarios que lo acompañaban, y teniendo el aire de esperar que algún incidente favorable, fuera a cambiar sus resoluciones y su suerte...

«No se dejaba entrever ninguna posibilidad de sublevación ni de guerra civil en favor de la reyecía destronada: sus más abnegados servidores se mantenían en el reposo más profundo. M. La Roche-Jacquelein escribió a muchos diarios: «Habéis sido mal informados al publicar que el marqués y la marquesa La Roche-Jacquelein han llegado a la Vendée para sublevarla: ambos están muy tranquilamente en su casa cerca de París». El ejército se apresuraba, como el país, a prestar su adhesión al gobierno nuevo. Los propios regimientos, que con un noble sentimiento de disciplina y honor habían quedado en torno de Carlos X, recibían de éste, como una notificación de libertad, la órden de volver a sus cuarteles. *Temíamos mucho más las pasiones revolucionarias que las tristezas realistas.* Era peligrosa aquella empresa de conducir a pasos lentos, y durante trece días, al Rey destronado, por entre poblaciones numerosas, que estaban todas en movimiento y eran presa de las cóleras, desconfianzas y malos deseos de venganza o de precaución que sublevaban todavía en los corazones la lucha de la víspera y la incertidumbre del día de mañana. Sin embargo, *el honor de la reyecía nueva, de sus consejeros, de todos los hombres de honor que la habían adoptado*, se hallaba comprometido en esta difícil prueba. Era indispensable que Carlos X y la familia real, arribaran al término de su viaje amargo, no solamente sin insulto y sin obstáculo, sino en medio de la tranquilidad y el respeto público. Llegaban a mi noticia informes alarmantes. En diversos puntos del camino se formaban atropamientos que amenazaban o detener a Carlos X, o precipitar violentamente su partida. Para disiparlos, desplegaban una actividad inteligente y generosa los comisarios que le acompañaban; pero ¿lo lograrían siempre? Su moderación solía presentarles a ellos mismos co-

mo sospechosos; formulábase la queja de que, en medio del cortejo real, no cargasen constantemente su escarapela y su banda tricolor. Yo les recomendaba apresurar la marcha, evitar todo pretesto de irritación popular, hacer lo posible porque Carlos X y su familia quedasen con prontitud fuera de todo peligro. Odilon-Barrot me respondía el 9 de Agosto: .. «Como lo sabéis, nuestra misión es de deferencia y humanidad...» Y de Schonen agregaba: «En cuanto a la lentitud de este fúnebre convoy de la monarquía, ella no proviene de la ausencia de nuestras representaciones; pero ¿qué podrías responder a un desgraciado anciano que os digera: Estoy fatigado? (1)

«Carlos X, dice M. Dupin, se insurreccionó contra las leyes; despreció las advertencias de la prensa; no quiso escuchar la voz de los representantes de la nación; buscó, encontró ministros débiles, ambiciosos o fanáticos, dispuestos a obedecerle y a servir sus designios a pesar de todo... ¡Pisoteó el pacto fundamental, abolió las leyes y las libertades públicas, fué perjuro!.. Faltando a todos esos compromisos de Rey, desligó a sus súbditos de toda obediencia hácia él; los hizo atacar con violencia por sus soldados, por suizos, por estranjeros; los colocó en la necesidad de una lejítima defensa».

«Esta revolución fué también notable entre todas por la moderacion, uno de sus principales caractéres: ni frías venganzas, ni pillaje, ni asesinatos, ni reacciones! Un partido triunfante abruma al vencido; la victoria es cruel, cuando ella es obtenida sólo por unos pocos sobre otros pocos! En Julio fué la nación la que triunfó: la nación sintió su fuerza, trató con miramientos a sus enemigos. Carlos X y los suyos fueron llevados tranquilamente a la frontera, sin vejaciones, con respeto y sin más humillación que la de no encontrar a nadie que osara declararse en su favor. (2)

Durante la conflagración de la gigantesca guerra civil de los Estados Unidos de Norte América, corre a torrentes la sangre; y las autoridades federales y confederadas, no son más respetuosas que el Gobierno de Chile en 1891, de las leyes y la Consti-

---

(1) Guizot. Memoires pour servir a l'histoire de mon temps. T. II Cap. X.

(2) Memoires de M. Dupin.

tución americana. Los Congresos de Washington y Richmond dan su aprobacion el 6 de Agosto de 1861 a actos legislativos que importan un desconocimiento absoluto de las bases sobre las cuales reposa el derecho de propiedad; cegado con el furor del combate, el norte no se limita a hostilizar la institución servil, y declara que todo lo que de cualquier modo se emplee en ayudar o sostener la insurrección, se mirará como objeto de legítima captura y se confiscará por el gobierno de los Estados Unidos. El mismo día el Congreso de Richond responde a esta ley anulando todas las transacciones de propiedad que con posterioridad al 21 de Mayo hicieran los federales a los ciudadanos de la confederación y confisca las propiedades transferidas, disposiciones cuya aplicación extricta lleva al tesoro de los rebeldes, en dos años, la cantidad de 9.313,250 francos». Medida tan violenta debía de precipitar al Norte en la vía de las represalias, y pronto se juzgó que era insuficiente la ley de 6 de Agosto de 1861. Esta fué reemplazada y agravada por la ley de 17 de Julio de 1862... «que tenía por objeto confiscar los bienes de todos los que tomaran parte en la rebelión. Era una agravación de las medidas anteriores, que alcanzaba a todos los oficiales del ejército del sur, a todos los empleados o funcionarios de la confederación, a todos los de los estados insurgentes que hubieran recibido su nombramiento con posterioridad a la secesión de estos estados, y en fin a todos los habitantes de todos los estados leales, que hubieran prestado un auxilio cualquiera al enemigo. Esta pena era inícua en principio, y el derecho de amnistía que se reservaba al Presidente, no hacia sino aumentar su arbitrariedad... Entre los ejemplos que de su aplicación pueden citarse, hay uno que merece particular reprobación: la confiscación definitiva del dominio de Arlington, cerca de Washington, propiedad de la familia del general Lee». (1)

Bloqueábanse los puertos del sur para destruírles el comercio regular; formulábase la amenaza de denunciar a los rebeldes como piratas si molestaban a algún buque de los Estados

(1) Histoire de la guerre civil en Amerique por el Conde de París.

Unidos; rechazábase todo pensamiento de solución pacífica, y «se había emprendido una lucha sin humanidad contra nuestros pacíficos conciudadanos»... El gobierno de los Estados Unidos se había negado a aceptar un canje de prisioneros, y los que él había capturado languidecían en la cautividad. El gobierno federal había puesto la mano sobre una parte de los miembros de la legislatura de un estado y confinádolos a una distante prisión militar, sólo porque creía que simpatizaban con nosotros, aunque no hubieran incurrido en ningún acto que asi lo demostrase.

Después de rechazar las proposiciones de otro estado para el establecimiento de una neutralidad pacífica, el Norte había invadido su suelo y perpetrado en sus habitantes los ultrajes más horribles... Los Estados del Norte, que declaraban luchar por la unión, eran regidos por una mano tiránica, y diariamente se violaban en ellos las disposiciones constitucionales relativas a la libertad de la palabra y de la prensa y a la personal del ciudadano, sagrados derechos del hombre que suprimía la fuerza militar. Una política de subyugación, adoptada sin provocación ninguna, marchaba con ferocidad hasta llegar al desconocimiento de todas las leyes de una lucha civilizada. El Gobierno no estaba únicamente en guerra con los que cargaban armas, sino con toda la población de los estados confederados. Saqueábanse e incendiábanse las casas de los particulares; prendíase fuego a los graneros, y había un trabajo cuidadoso para hacer completa la destrucción de los artículos de uso o adorno que quedaban en las viviendas, después de huír las mujeres de los insultos de una soldadezca brutal.

«El 13 de Abril de 1863, el general Burnside (del norte) comandante del departamento de Ohio, dictaba una órden del día en que declaraba: *De hoy en adelante todo el que dentro de nuestras líneas ejecute actos en beneficio del enemigo de nuestro país, será juzgado como espía o traidor, y una vez convicto, será condenado a muerte. No puede tolerarse por más tiempo en este departamento la costumbre de manifestar simpatías en favor del enemigo. Los que en este delito incurran, serán arrestados y juzgados como queda establecido. Gran número de prisiones se verifican en Ohio. Los diarios fueron suspendidos y encarcelados sus*

editores. Lo mismo en Pensylvania, en donde, además, fueron destruídas las imprentas. (1)

Cae Lincoln asesinado por Wilker Bootk; se ejecuta como pirata, espía y asesino, a John J. Benll, acusado y convicto de la destrucción de dos botes a vapor pertenecientes a ciudadanos de los Estados Unidos y de la tentativa de desrielar un tren; penetran los montoneros a la aldea de Saint Alban, sustraen de los bancos la suma de doscientos mil pesos, y se escapan haciendo fuego sobre individuos sin defensa; para retaliar la destrucción de la propiedad de Sheridan en Shenandoah Valley, seis rebeldes prenden fuego por varios puntos a la ciudad de Nueva York, y aprehendido uno de ellos, el capitán Robert C. Kennedy, es ejecutado en Fort Lafayette en Mayo de 1865; canjeados en Charleston por diez mil prisioneros rebeldes un número igual de prisioneros de federales, éstos al salir de Andersonville, eran simples restos de seres humanos, esqueletos vivos que apenas cubrían sus desnudeces con andrajos repugnantes. Se habla en el norte de estos horrores; y al recordar cualquiera de ellos, se enuncia la responsabilidad directa y personal que en todos incumbe a Jefferson Davis, Presidente de la Confederación y a sus Ministros. El 2 de Mayo de 1865, el Presidente Federal Andrew Johnson, con la constancia de que el asesinato de Lincoln y la tentativa de un hecho de un mismo género contra W. H. Seward, han sido efecto de las instigaciones de Davis, Thompson y otros, expide una proclama ofreciendo y prometiendo «por el arresto de las personas indicadas o por de alguna de ellas, para someterlas a juicio, las recompensas siguientes: Cien mil por el de Jefferson Davis, veinticinco mil por el de Thompson» etc., etc. Ocho días despues de haber recibido esta proclama la vertiginosa publicidad de los Estados Unidos, Jefferson Davis es aprehendido y encerrado en la fortaleza de Monroe. «Varios de los Estados del Sur, dice Smith, dirigieron al Presidente Johnson peticiones en favor de Davis. Mr. Davis, se lee en la acordada por la legislatura de Georgia el 30 de Octubre, *fué elevado a su alta posición por nuestros votos... Nosotros le impusimos una respon-*

(1) A short history of the Confederate States of America, por Jefferson Davis.

sabilidad que él no buscaba... El respondió simplemente a la voz unánime de su sección... En consecuencia, si él es culpable, nosotros también lo somos». (1)

Después de un período que da lugar a acusaciones recíprocas tan formidables, Jefferson Davis, por cuya cabeza ofrecía en 1865 cien mil pesos el Presidente Johnson, en nombre de la nación norteamericana, sale tranquilamente de la prisión en Mayo de 1867, y se dirige al Canadá, no sin haber permanecido en Nueva York algunos días. Razón tiene, pues, Andrew Carnegie para decir:

«El americano combate con los rebeldes durante cuatro años, y tan pronto como éstos deponen las armas, los invita a sus banquetes. Ninguna vida se secrifica a la satisfacción de su venganza. A Jefferson Davis, educado en la Academia Militar Nacional y tránsfuga del Estado, se le permite consumir su fastidiada existencia en justo olvido. No se extrae del porfiado Sur una sola gota de sangre de mártires que engendre en él un deseo de venganza. «*Daremos al mundo*, dijo el secretario Seward, *el ejemplo de una magnanimidad desconocida hasta hoy.* El americano no tenía monarquía, ni aristocracia, ni clase militar que exigiera sacrificios para apaciguar su majestad ofendida: estaba a sus espaldas la democracia que con sus instintos generosos, predicaba la clemencia, y por esto es que no se derramó una sola gota de sangre». (2)

No se hacen con agua de rosas las revoluciones, ni se defienden con guantes los que ejercen el poder. En épocas de revueltas, las violencias de la pasión, que es la que impera, acallan por completo los consejos de la equidad, que sólo existe en el espíritu de unos pocos, sin voz y hasta sin voto en el cenáculo de los contendientes. En países jóvenes como el nuestro, donde está todavía en elaboración el sentimiento de las responsabilidades colectivas, los gobiernos que resisten con las armas a partidos que los atacan en la misma forma, suben lentamente a una cima mui alta en un carro mui pesado que, no pudiendo desviarse con facilidad, aplasta lo que encuentra en su camino; pero al triunfar, las revoluciones trepan a este ca-

(1) The war with the South, por B. G. Smith.
(2) Triunfhant democracy, or fifty years march of the republic.

rro en el punto en que lo encuentran, y para bajar a la llanura lo lanzan con una rapidez infinitamente mayor que la tenia al tiempo de ascender. No es inexplicable, en consecuencia, que las revoluciones victoriosas hagan mas víctimas que los gobiernos derrocados; pero conviene no olvidar que no todo lo que tiene explicación es humano, legítimo o útil, y que por el contrario, un alto deber de patriotismo y humanidad obliga a los vencedores a apretar fuertemente la palanca del vehículo a fin de que su descenso se verifique hiriendo el menor número posible de intereses y personas.

F. Velasco.

Noviembre de 1891.

EUSEBIO LILLO

I

Nació don Eusebio Lillo en Santiago el 14 de Agosto de 1827, del matrimonio de don Agustín Lillo y de doña Dolores Robles, ambos casados antes en primeras nupcias con otras personas.

Ya largamente septuagenario, solía decir don Eusebio que, después de pasar quince años sin escribir versos, había restallado en él la vena poética, con tanta fuerzas como en los días de juventud, y (cosa digna de notarse, pero sin duda conforme a naturaleza), para cantar desde la ancianidad los recuerdos de sus primeros años.

Produjo entonces la siguiente composición, hasta hoy inédita, que debo a la bondad de su hijo don Elías:

Impresiones de infancia

La bendición de mi padre

I

La avanzada edad es una cima
a que el mortal, tras largo viaje llega,
y a sus pies el pasado se despliega
con el misterio de ultratumba encima.

II

¡Hay en nuestra razón hondos arcanos!
En plena luz, cual mágica cortina,
descorrida ante mi, tocan mis manos
paisajes que veía ayer lejanos.

El tiempo de mi infancia se ilumina,
y por mi mente, como un sueño, pasa
el cuadro halagador de aquellas horas
que lucieron en mi alma como auroras,
entre los muros de mi vieja casa.

III

En la sala espaciosa
abre paso a la luz tosca ventana
forjada con el hierro vizcaino,
del cual la envejecida malva-rosa
las hojas y la flor prende lozana,
y anhelando subir, se abre camino

En el patio vecino,
el llamado de alegres «primaveras»
la yerba, por el hielo adormecida,
con efluvios de campos y praderas,
renace a nueva vida,
y entre las piedras aparece ufana.
Ese patio a la calle da salida
por la anchurosa puerta
que la amistad, y la piedad cristiana
siempre encontraron a su paso abierta.

IV

Como un refugio, al interior se exiende
antiguo corredor enladrillado
que en el verano del calor defiende
y templa el frio en el invierno helado.
Sobre rudas paredes blanqueadas,
para encanto del niño y del devoto,
en plena confusión, se van colgadas
telas oscuras de pintor ignoto,
de dorados chillones, salpicadas,
que la cuzqueña inspiración produjo,

con mengua del color y del dibujo.
Bajo la firme secular techumbre
del amplio corredor, se reunía
en la noche, a los rayos de la lumbre,
en grata cita familiar y diaria,
la antigua y abnegada servidumbre.
Allí a Dios bondadoso dirigía
la sincera plegaria;
y allí, con sencillez encantadora,
deslizábase el tiempo, hora tras hora,
oyendo las fantásticas consejas
de embrujados, y duendes turbulentos,
con que el humilde corro, las más viejas
llenaban de estupor, contando cuentos.

V

Al frente, cual vergel en miniatura,
se ve el jardín, donde el naranjo crece
con vigor tropical, dando en la altura
del espeso follaje, suave abrigo,
al ave pasajera,
que, incierta, busca dormitorio amigo,
cuando llega a la luz su hora postrera.
Allí el viejo jazmín forma enramada,
y cubierta de flores aparece
su techumbre nevada,
que un soplo juguetón besa y remece,
para esparcir las flores olorosas,
como ágiles y blancas mariposas.
Cerca se alzan la incásica retama
y el virginal diamelo,
que, exhuberante en flores, las derrama,
y con albo tapiz alfombra el suelo;
allí cerca, la vid sus lazos prende
del viejo tronco y del ramaje erguido,
y con segura lentitud se extiende,
a los racimos preparando el nido.

Como la vid, sus tallos invasores,
en libertad prolonga la mosqueta,
prendiendo ramas y ostentando flores,
de la oscura muralla en cada grieta;
y el aire allí, como de Dios envío,
se esparce sin rumor, suave y salubre,
en las serenas noches del estío,
en las tardes balsámicas de Octubre.

VI

En ese grato y atrayente asilo,
donde la dicha, al parecer, moraba
con ánimo tranquilo,
su triste nota el infortunio daba,
cual nuncio de misterios y dolores.
En medio de los árboles y flores,
el jefe del hogar aparecía,
en un sillón de elaborada suela,
con faz inmóvil, y actitud sombría,
y ese mirar que la obsesión revela
en el que, hastiado del humano centro,
sólo con su dolor, mira hacia adéntro.
La cabeza inclinada,
como por férrea mano retenida,
era cabeza muda, y la mirada,
con su siniestro brillo de fiereza,
era el último lampo de la vida,
en la inmovilidad de esa cabeza.
En la frente abatida,
veíase esa sombra de batalla,
en que el espectro de razón perdida,
con muestras de furor, súbita estalla,
y hullendo, a veces, su energía abate,
como el que pugna en desigual combate.
¡Abismo aterrador de la locura!
En lo profundo de esa sima oscura,
agítanse el pesar, el desengaño,

el bien perdido, el impotente anhelo,
el soberbio desdén, el odio huraño
de las persecuciones el recelo,
el amor que envenena y extravía,
y lo imposible que el mortal ansía.
Torturador misterio que, en el fondo
de un alma herida, sin piedad golpea,
y clava algún dolor, hondo, muy hondo,
que al fin, de la razón se enseñorea.

VII

Una escena de amor y de amargura
conservo de esas horas: hubo un día,
en que, haciendo un esfuerzo sobrehumano,
esa estatua viviente que sufría,
lanzó una chispa de sin par ternura;
en lenta bendición, alzó la mano
temblorosa, insegura
y con mágico impulso de cariño,
en la cabeza la posó de un niño,
sobre el cual cayó acerbo el lloro humano...;
y acaso en esas lágrimas vertidas
expresáronse eternas despedidas.
Allí también estaba
la solícita madre cariñosa,
de su deber y de su angustia esclava,
y había en su semblante
amor de madre, y aflicción de esposa.

Mirábala anhelante
espiar, junto a mi padre dolorido,
las gotas de sudor en la alta frente
del enfermo querido;
y acudir en su auxilio diligente,
tratando de ocultar en su quebranto,
su dolor, sus martirios y su llanto.

Guía de mi niñéz, madre y señora,
de aquellos tiempos al recuerdo santo,
aún hoy el viejo conmovido, llora.

Bastarían, si no abundasen otras pruebas, los versos transcritos, para mostrarnos que clase de tesoros eran el cerebro y el corazón de este hombre. No cabría explicarle mejor, pero podremos explicarle un poco más.

II

Dicen don Miguel Luis y don Gregorio Víctor Amunátegui, en su apreciable *Juicio Crítico de algunos poetas hispanos americanos.*

«Habiéndonos incorporado como alumnos externos en el « Instituto Nacional, a principios de 1841, hallamos en ese es- « tablecimiento a Eusebio Lillo, que había entrado en él algu- « nos meses antes... Era un niño despierto y alegre, muy pre- « coz en el desenvolvimiento de su inteligencia y de su sensi- « bilidad, sumamente querido, a un tiempo, de sus maestros, « y condiscípulos, cosa que sucede raras veces en un colegio, « y tenía lo que vulgarmente se llama «sangre ligera.» Distin- « guíase por su aprovechamiento, entre compañeros que más « tarde desempeñaron papeles brillantes en la literatura nacio- « nal. Sin embargo, no podía decirse que fuera un alumno « aplicado; pero en cambio leía más que todos sus compañe- « ros.»

En las pocas y sencillas palabras que dirigió a los editores de la primera América Poética, que le pidieron datos sobre su vida, dijo el señor Lillo:

«Sigo la carrera de Abogado y estudio Derecho de gentes y Buenas Letras en el Instituto Nacional».

Fué uno de los miembros fundadores de la Sociedad Literaria, que, nacida por iniciativa del ilustre Lastarria, tuvo tan grande influjo en el florecimiento de nuestra primavera intelectual.

Como Zorrilla al borde de la tumba de Larra, don Eusebio se dió a conocer del público en los funerales de don José

Miguel Infante, el respetable, aunque obstinado, pipiolo y federalista, que falleció en Santiago el 9 de Abril de 1844, en medio de gran duelo público. Aunque naturalmente defectuosa, como obra de un jóven de diecisiete años, su composición, por lo fácil e inspirada, fué el feliz estreno de un poeta a quien reservaba el porvenir gloriosos triunfos.

Concluye el señor Lillo sus descarnados apuntes biográficos, diciendo que esa composición fué publicada en Junio de 1844.

No terminó sus estudios de leyes.

Salido del Instituto, empleóse como auxiliar en el Ministerio del Interior, colaboró en la prensa, señaladamente en el periódico «La Barra», y continuó dedicándose con ardor, aunque sin esfuerzos, a los pasatiempos de la juventud, a la lectura de buenos autores, y al dulce cultivo de las musas.

Era don Eusebio a la sazón un gallardo jóven, de rostro no hermoso, pero viril y expresivo, de ojos pequeños y vivaces, de ancha y sobre todo alta frente, de cabeza erguida con cierta altivez. Advertíanse en sus gestos y ademanes las más perfectas naturalidad i benevolencia. Vistiendo con elegante amplitud, había en toda su persona algo de aquel aire indefinible del artista, que lo era de verdad, y sin dejar de ser personal, y aún original, era sencillo y buen camarada como pocos.

No obstante la relativa facilidad de sus costumbres, había en en él como un superior idealismo, que comunicaba nobleza y agrado a los actos de su vida, en armonía con sus conceptos sobre la sinceridad, la lealtad y la justicia, en una palabra sobre todos los deberes esenciales.

Parecíase su corazón a un arpa eólica, de cuerdas incompatibles con sonidos ásperos o discordantes.

Era la suya una conversación imposible de reproducir, nerviosa, colorida, variada, a las veces humorística, sin sobra de maledicencia, embellecida por voz musical, acentuada por amplio gusto oratorio.

No contento con sus dotes naturales para agradar, valíase a veces, especialmente, para lograrlo, de ingeniosos medios envolventes y eficaces.

Elige cada poeta, por cordial instinto, el tema predilecto de su inspiración: él escogió, antes de ser constituído en el cantor

de su patria, a las mujeres y a las flores, y como María en el relato evangélico, se quedó con la mejor parte.

No versificaba sino inspirado: su mente recogía sin cesar, pero aguardaba momentos de emoción para producir. Era natural y espontáneo no sólo en su vida, sino en su obra; y resplandecía en él la claridad, luz de la sinceridad.

Tras del belicoso despertar del siglo XIX, hacían su marcha las ideas, entre la viva emoción de las conciencias. Irradiaban sobre el mundo los genios de Byron, de Hugo, de Musset. Soplaba como una aura de sentimentalismo, que movía a muchos, y de que casi todos querían decirse conmovidos.

Personalizó en Chile esa influencia en el simpático talento de Lillo, y sus composiciones se leían o recitaban por todos, viejos o jóvenes, literatos o iletrados, pero principalmente, por la juventud y los que llamaríamos hoy círculos intelectuales.

Algunas ilustres damas, bellezas de aquel tiempo, placíanse, en su vejez, recordando que don Eusebio no obstante hallarse lejos de ser buenmozo, era entonces el encanto de los salones, que se lo disputaban a porfía.

III

En medio de sus triunfos literarios y sociales, y contando apenas cuatro lustros, llegáronle juntas la gloria i la inmortalidad: los artistas y los guerreros suelen ilustrarse en un día, por hazañas del entendimiento o del corazón.

La Canción Nacional de don Bernardo Vera y Pintado, música de Carnicer, cuyo centenario hoy se conmemora, vibrante de entusiasmo contra los que se reputaban opresores de la patria, dejó de corresponder a las circunstancias, después de celebrada la paz con España; y era motivo de frecuente embarazo en las ceremonias á que debía concurrir el representante de Su Majestad Católica.

Vino de aquí una solicitud de los peninsulares al Ministro del Interior y Relaciones Exteriores, para que se modificara la letra de la Canción.

Dice a este propósito el señor Lillo, en carta que se ha publicado:

«Entiendo que no hubo decreto supremo para ordenar el cambio, que entonces, debo decirlo, no creía yo indispensable.

«El Ministro del Interior y Relaciones Exteriores de esa época, (1847), don Manuel Camilo Vial, me llamó a su despacho, y en su nombre, y a nombre del Presidente de la República don Manuel Bulnes, me pidió que compusiera la nueva Canción: en aquel tiempo, era yo empleado subalterno de aquel Ministerio. Cumplí lo que creí una orden de mi jefe.»

Dijo don Eusebio en 1905 a un representante de la prensa, que conforme a su idea de que un himno nacional no debe cambiarse, y que el de Vera era hermoso, y representaba el período heroico de nuestra historia, había empezado a escribir la Canción sin ganas, pero, a poco sintió que la cosa iba más fácil.

«Como era natural, sigue la carta antedicha, sometí mi trabajo al insigne maestro de nuestro movimiento literario, don Andrés Bello, que desempeñaba en el Ministerio el cargo de Oficial Mayor de Relaciones Exteriores.

«El señor Bello, con esa modestia que le es propia, mostróse bondadosamente satisfecho de las nuevas estrofas.»

Empero como el proyecto de nueva Canción llevara el siguiente coro:

«Libertad, invocando tu nombre,
la chilena y altiva nación,
jura libre vivir de tiranos,
y de extraña, humillante opresión»,

hizo don Andrés al autor la indicación de sustituírlo por otro, pues, el hablar de «tiranos», podría en momentos de lucha interna, como los que a la sazón ya se preveían, mover a las multitudes en sentido contrario a las autoridades constituídas.

«Sintiéndome incapaz de hacer otro mejor, continúa la carta, le insinué la idea de conservar el coro antiguo, en homenaje al viejo canto de la época gloriosa de nuestra Independencia.»

Arguyó todavía el insigne maestro de métrica, con el grave defecto de no ser rítmico ni, en consecuencia, cantable, el últi-

mo verso del coro antiguo, «o el asilo contra la opresión», por acentuar naturalmente la palabra «contra» en la primera y no en la segunda sílaba, como habría procedido para la observancia del ritmo; «pero ante mi insistencia, termina don Eusebio, convino en conservarlo».

El Araucano, periódico oficial de la época, publicó la pieza el 17 de Diciembre, bajo el solo título de «Canción», acompañándola de las siguientes palabras cuyo orígen casi no necesita insinuarse:

«Otra creación del Dieciocho ha sido la nueva Canción Nacional, compuesta por don Eusebio Lillo. La antigua, asociada a tantos recuerdos de gloria, no era ya análoga a las circunstancias presentes. La del señor Lillo la aventaja, a nuestro juicio, en mérito poético, y sólo es sensible que haya conserva. do sin alteración el coro de la antigua, cuya última línea no puede cantarse ni es verso».

Conviene talvez recordar que, a la sazón amaba don Eusebio a la hija del Ministro, noble tipo de belleza, especie de Ofelia, con ojos azules, y tan blanca como la nieve. Así, pues, en la Canción, como en otras obras inmortales anduvieron enlazados amor y patriotismo.

Así también el inspirado bardo de las flores y de las mujeres, hízose cantor de la patria, y llegó a ser el poeta más popular de Chile; y como pasaban sus «Deseos» por lábios adorables, pasa su canción por las bocas infantiles.

Corresponde el himno al país que lo inspiró.

La situación virtualmente insular de Chile, su lejanía de los principales centros de cultura, la configuración montañosa de su territorio, su relativa pobreza en la época del coloniaje y en la de su organización, sus ascendencias de españoles austeros y de aborígenes feroces, las largas guerras de la conquista, del coloniaje, de la independencia, y aún de la República, hicieronle pueblo batallador. El patriotismo, sobre todo en lo que se refiere a luchas contra enemigos exteriores, es acaso su principal característica.

Su espíritu, más positivo que idealista, que le hizo establecer y conservar instituciones adecuadas a su incipiente estado social, su experiencia varias veces infeliz en revoluciones, su

filosofía algún tanto exceptica, hiciéronle en general conformarse con lo establecido y ser país de orden.

Y a pesar de causas intercurrentes de malévolo influjo, mucho de ello queda todavía, y afianza a la República.

Con tales virtudes del pueblo, se armoniza la Canción, que le evoca sus tierras, sus montañas y sus mares, sus recuerdos de gloria, sus grandes esperanzas; reflejadas en el alma de un poeta joven y enamorado.

Hay en esa música y en esos versos, como breve culminacion de ideas y sentimientos que le electrizan y encienden así a los gobernantes como a los humildes ciudadanos, así a las hermosas en los coliseos desbordantes de esplendor, como a los soldados en los campos de batalla.

Fué dicha rara en don Eusebio Lillo la de poder representar genuinamente al país que cantaba, concentrando en su himno tales ideas y sentimientos.

Y fué gloria especialísima suya, la de oir las palabras y escuchar los acordes de su canción, en circunstancias solemnes de paz o de guerra durante setenta y tres años. Para algo, alzándose desde el fondo de la locura, le bendijo su padre.

Ha experimentado el himno modificaciones o conato de tales.

Hallándose don Eusebio en La Paz durante la guerra con España, y tratándose de celebrar allí el Aniversario de Chile en 1866, modificó la primera estrofa de la Canción en los siguientes términos que es curioso recordar:

«Otra vez a la lucha sangrienta
nos provoca un aleve invasor:
rechazad, ciudadanos, la afrenta
combatiendo en el campo de honor
no se abate cual débil esclavo
el que libre y triunfante se vé;
libertad es la herencia del bravo
la victoria se humilla a su pié.»

En 1909, a petición del Presidente de la República, que lo era entónces don Pedro Montt, cambió Lillo en la letra del Himno algunas espresiones impropias, resabios de la vieja con-

tienda revolucionaria, cambios que aparecieron en la edición oficial dada a la estampa en 1910, con motivo del primer centenario de nuestra independencia.

Puede leerse también en esa edición, el decreto firmado por el mismo señor Montt, como presidente, y como ministro de Instrucción Pública, por don Domingo Amunátegui Solar, que ordenó la única edición oficial que existe de la música de Carnicer, copiada de un ejemplar auténtico impreso, propiedad de don Mariano Melo Egaña.

Conservó también el señor Lillo en esta ocasión el coro de Vera, y por consiguiente, el malaventurado «contra», que tanto disgustaba a don Andrés Bello.

Puede consultarse el texto auténtico en el Ministerio o en la Biblioteca Nacional.

No obstante el reiterado amor de don Eusebio por el coro de Vera, algún remordimiento debió de quedarle por el «contra», porque, no mucho antes de morir, compuso un nuevo coro, que nunca se publicó, y que he obtenido de su hijo don Elías. Dice así:

«Viva Chile, do quiera se aclama,
y ese grito el chileno al sentir,
en la paz al trabajo nos llama,
y en la guerra a triunfar o morir.»

IV

He dicho que Lillo era liberal: su liberalismo y su juvenil decisión creáronle inquietudes.

Vuelto de Europa el bello y apostólico Bilbao dedicóse con don Santiago Arcos, a establecer la famosa Sociedad «La Igualdad», para reaccionar contra el orden social de aquel entónces, instruyendo al pueblo y unificando los elementos liberales. Encontraron pronto, cooperadores eficaces, en nuestro poeta, en don José Zapiola, el autor de las celebradas «Memorias», y en los obreros Larraechea y Cerda.

A poco de constituída, en Abril de 1850, autorizó la Sociedad la fundación de un periódico «El amigo del pueblo», cuyo

primer director fué Lillo, y en cuyo primer número, este escribía: «Queremos que don Manuel Montt (el candidato a la presidencia que contaba con las simpatías oficiales), fatal a las libertades públicas, fatal a la educación, se anule para siempre ...pero hagamos conocer que odiamos la revolución por la violencia.»

Dice Zapiola que, si después se pronunció la Sociedad en oposición a todo trance, culpa fué de los periódicos ministeriales.» Ello es que el horizonte se puso sombrío, y que la lucha se extremó.

Y añade don Isidoro Errázuriz, a la sazón casi un niño, en memorias que han visto después parcialmente la luz pública:

«Hubo un grupo de jóvenes que se llamaron asimismo los *girondinos chilenos*, para lanzarse en pos del combate, la prisión y el cadalso, como la meta dorada de sus ambiciones.

«Cada liberal tomó el nombre de un luchador de la gran revolución. De los dos mentores de esa juventud idealista, Lastarria fué Brissot, y Francisco Bilbao fué Vergneaud, el orador malogrado de la Convención.

«Y los nombres de guerra fueron alineándose... pero el más bello y justo de esos nombres tocó al poeta: el autor de la Canción Nacional, Eusebio Lillo, se llamó Rouget de L' Isle.

«Las autoridades contenían la libertad de prensa, el pueblo mantenía la libertad de palabra y de pensamiento. El espíritu de reforma batía las alas sobre esas frentes caldeadas por el ideal.

«Fué muy poco, decía en 1905 lo que me ví mezclado en emociones políticas, sobre todo, nunca he sufrido nada, nadie me ha hecho sufrir, ni me ha molestado».

...«En el mes de Noviembre de ese año, el Gobierno me relevó a Chiloé, es decir, que me mandaron a veranear a esa isla donde hacía entonces una temperatura deliciosa. Me ordenaron residir en Castro, donde me trataron muy bien, y pasé muy agradablemente. Recuerdo que tomé una casa en la plaza, y que pagaba cuatro pesos al mes por el arriendo: después me dijeron los vecinos que me habían hecho leso que esa casa sólo valía veinte reales, volví a Santiago a principios de Abril de

1851, precisamente a tiempo para verme mezclado en el movimiento revolucionario del 20 de ese mes...».

Provocó ese movimiento la revuelta del batallón Valdivia, dirigida a apoderarse del cuartel de Artillería, y que fué desconcertada por la trágica muerte del coronel Urriola comandante de aquel cuerpo.

«Lucha estéril y heroica, según se ha dicho, aquella en la cual pudo más el entusiasmo que la cordura. Acaso los revolucionarios entre ellos Bilbao, Lillo, Recabarren, Ugarte, Videla, soñaban ante las puertas del Cuartel de Artillería, en los memorables días de la Bastilla».

«Entonces agrega don Eusebio; la cosa se puso un poco más seria, y como supe que el Gobierno tenía la intención de echarme la mano, anduve por ahí a salto de mata, y logré embarcarme para el Perú, en un bergantín, donde hice una navegación malísima... fuí condenado a muerte, y esto me obligó a permanecer por algún tiempo fuera del país».

El fracaso de la revuelta del Valdivia no dió término al movimiento revolucionario, cuya bandera volvió a levantar en Concepción el General don José María de la Cruz, candidato del liberalismo a la presidencia, y se inició entonces una verdadera guerra civil.

Consiguió don Manuel Montt que mandara las fuerzas del Gobierno el propio ex-Presidente de la República, General don Manuel Bulnes; y tuvo lugar el encuentro de ambos ejércitos no lejos del pueblo de San Javier, en los Llanos de Loncomilla, el 8 de Diciembre de 1851.

Ya vuelto de su corto ostracismo al Perú, asistió Lillo al tremendo espectáculo de aquella jornada, en que si no brilló la estrategia de nuestros jefes, culminó el valor chileno, en que, por caso único en la historia, más del cincuenta por ciento de los combatientes resultó fuera de combate, y en que ambos ejércitos debieron considerarse derrotados, pues, como se dijo entonces, «el campo quedó por los muertos», y hubo de declararse vencedor el ménos vencido.

Cupo a don Eusebio presenciar la acción desde los corredores de la casa de una hacienda, por cuyos costados silbaba el huracán de la muerte.

Abierto el chaleco y el cabello al aire, contemplaba absorto la carnicería, sin pensar en el peligro. Y como se le instase para que abandonase ese sitio, contestó: «Quiero sentir la muerte de la batalla para cantarla mejor».

Y efectivamente, no mucho después, decía, entre otras cosas, refiriéndose al campo de Loncomilla:

«Allí como esforzados han caído,
sin lanzar ni una queja ni un gemido,
esos soldados fieles y valientes,
y afrontan los peligros, indolentes,
y cruzan entre el humo y la matanza,
sin abrigar acaso otra esperanza
que cambiar de libres y de señores.
A esos hijos del pueblo, desgraciados,
la voz de la ambición jamás los guía:
desde el pobre taller nacen soldados;
y si en la guerra impía,
sin abrigar temor, luchan serenos,
no es por servir a la ambición ceñuda,
sino porque, al estruendo del combate,
la sangre hierve, el alma se demuda,
y el noble corazón valiente late,
cuando es el alma y corazón chilenos».

Los pactos de Purapel, firmados a nombre del Gobierno por García Reyes y Tocornal, acordaron la amnistía y restituyeron a sus puestos los militares revolucionarios. Casi ahogado el odio en sangre, no hubo esta vez ni destierros ni condenaciones a muerte.

Perseverando en su oposición a don Manuel Montt, dijo Lillo en 1868:

«Mil ochocientos diez, de alta memoria,
véte a hundir en los tiempos más lejanos,
porque nos avergüenza tanta gloria,
mirándonos tan débiles y enanos».

Dadas la solidez de sus convicciones y su generosa franqueza, no fué extraño que figurase aún en el movimiento revolucionario de 1859; y desbaratado éste en el campo de batalla de Cerro Grande, fué proscrito y hubo de establecerse en Lima, hasta después de terminada aquella administración, o sea por el término de dos años más o menos.

Escribió entonces los «Recuerdos del proscrito», en que dice de la romántica ciudad de los Virreyes:

«Grato es sentir del sol que alumbra a Lima,
la dulce, suave, voluptuosa influencia»

tuvo allí el señor Lillo no pocos amigos, y gentilísimas amigas.

Obró en esa época don Eusebio como ajente comercial de don Matías Cousiño, para colocar productos de los minerales de carbón de Lota y Coronel, cuya explotación sistemática comenzaba entonces. Leváronle estas ajencias hasta el Ecuador, en donde la suspicacia de un Gobierno indispuesto con el del Perú, imagináronle espía de éste, y le pusieron en inminente peligro de ser encarcelado.

V

Restituido a la patria, bajo la plácida administración de don José Joaquín Pérez, ocupóse en sus propios asuntos.

Los negocios de don Eusebio, y que al fin, le hicieron rico, y que trató siempre con notables perspicacia y juicio práctico, se desenvolvieron principal, casi exclusivamente, en Bolivia, país de enormes recursos, que llegó a conocer bastante, bajo muchos aspectos.

Ya le vimos ocupado en tales negocios durante la guerra con España.

Estaba asimismo ocupado en ellos cuando la Facultad de Humanidades y Bellas Artes le nombró su miembro académico, y aquella circunstancia pudo influir para que no llegara a ingresar en la Corporación.

Tuvo oportunidad de fundar y dirigir prosperamente por algunos años en La Paz la primera de las instituciones bancarias de aquel país.

También se dedicó en Bolivia al periodismo y a la bella literatura, ejercitando positiva influencia sobre los jóvenes poetas, entre los cuales uno, don Nestor Galindo, compuso una imitación de los celebrados «Deseos».

La administración Pinto, hizo Intendente de Curicó al señor Lillo en 1876.

VI

Iniciadas de hecho las operaciones contra Bolivia mediante la ocupación de Antofagasta, el 14 de Febrero de 1879, y seguidas muy pronto de la guerra contra el Perú, encontraron a don Eusebio Lillo en la cumbre de su sólida madurez.

Cordialmente conocido por el páís, y con importantes relaciones entre los hombres de Gobierno, trasladóse desde temprano a Antofagasta, como uno de aquellos civiles distinguidos que el Gobierno de Pinto, serio y previsor, destacaba al Norte, para que le sirvieran como de tentáculos de conocimiento, y, llegado el caso, de acción, cerca del Ejército y de la Marina.

Así, a poco de empezada la guerra, el ministro de Relaciones Exteriores del Ministerio Varas, don Domingo Santa María, visitó el campamento de Antofagasta, como si dijéramos, en calidad de comisario republícano.

Por esos mismos días, trasladóse don Eusebio a dicha ciudad, para seguir de cerca los trabajos de la organización del Ejército con la más amplia confianza del ministro; y vuelto éste a Santiago, se entabló entre ambos interesante correspondencia que, sobre todo, por la entidad de las informaciones y la discreción de los consejos de Lillo, fué utilísima a la causa de la República.

Designado mas tarde Secretario General de la Escuadra, tocóle hallarse, a bordo del «Blanco», con el ministro Sotomayor y el Almirante Riveros, en la luminosa jornada del 8 de Octubre de 1879, que dió por resultados la rendición y captura del monitor «Huascar».

Entrado de nuevo a Antofagasta, dice a Santa María el diez de Octubre:

«¿Estás contento con lo que ha hecho la Escuadra, dirigida por los jefes que nombraste? La rapidez y el vigor han hecho en dieciocho días lo que no pudo hacerse en seis meses de fatigosa campaña...

Felicita en mi nombre al señor Pinto, por el glorioso hecho de armas del ocho. Hice con ese señor el viaje de Santiago a Valparaíso al venirme a la Escuadra y me pareció un hombre inteligente y patriota».

En el mismo día, escríbele su corresponsal: «Un abrazo en « nombre de la patria y de mi cariñosísima amistad. Gloria a « Dios en las alturas, y a los bravos que han asegurado el por- « venir de Chile.

«Adelante, querido Eusebio.

«Fío en tí, y te estrecho las dos manos».

Para que se vaya conociendo la fibra de don Eusebio no es inoportuno agregar que el 21 de Octubre decía a don Domingo:

«Fastidiado estoy con el exagerado y hasta pueril entusiasmo que ha hecho estallar en esas tierras la captura del «Huascar». Parece que hemos perdido por completo la seriedad propia de pueblos viriles, y que nos maravillamos de las acciones más naturales. No debieron de hacer mayores manifestaciones los primitivos peruanos, cuando lograron dar muerte con sus flechas al primer caballo que los conquistadores perdieron en el combate».

A bordo del «Blanco», en los bloqueos, o desde los puertos en que aquél recalaba, siempre escribiendo al señor Santa María, formulaba indicaciones que, casi invariablemente, eran atendidas por el Gobierno. Hay en esas cartas, admirables cuadros, síntesis robustas, retratos exactísimos, de mano maestra, en pocas palabras».

Bloqueando al Callao, el 26 de Mayo de 1880, o sea, el mismo día de la batalla de Tacna, dice a su amigo:

«Vé si me necesitan por Santiago, o por cualquier otro punto « de tierra firme, y dime que me vaya. ¡Con cuánto placer re- « cibiría esa invitación! Si hubiera de prolongarse mucho este

« bloqueo acabaría por seguir los del argentino Cane, ha-
« blando de bloqueados y bloqueadores: me tiraría al mar».

A ocho de Junio, a raíz de la muerte de Sotomayor de un ataque al corazón, casi a la vista del enemigo, le dice Santa María:

«Hoy eres indispensable en el Ejército como en la Escuadra».

En pos de las victorias de Tacna y Arica, en vez de llamársele inmediatamente a la primera de dichas ciudades, para intentar negociaciones con Bolivia, como se le había hecho presentir, sorprendiósele con su designación para Ministro de Guerra y Marina.

Conociendo profundamente a los hombres de que cabía echar mano, a la probabilidad, que resultó efectiva, de hallarse la República en las vísperas de su gran jornada, elegía el Gobierno Ministro de Guerra al poeta...; y lo que es más sugerente de aquellos tiempos y de aquellos hombres, contestaba el nombrado:

«No puedo ni debo aceptar el puesto que se me ofrece. Tengo el convencimiento de no hallarme preparado para desempeñarlo debidamente. El aceptarlo sería obrar con ligereza y petulancia, que no deben tener la menor influencia en mi espíritu, en la grave situación de la patria. No seré Ministro.

«Además, como te decía en mi carta del 24, creo innecesaria y talvez peligrosa, la presencia en el Ejército de un Ministro de la Guerra.»

Rechazada la oferta del Ministerio, enviósele por fin a Tacna, en calidad de jefe político y delegado del Gobierno, fuera de la recordada y principal atingencia de procurar negociaciones con Bolivia.

Dice desde allí el 15 de Setiembre:

«Estoi metido en un atolladero de negocios tan embrollados y de tan variada especie, que cada momento doy al diablo la idea de haberme echado encima tarea semejante. Todo lo que se refiere a la organización de los ramos de servicio público en este territorio, es un laberinto, en donde es necesario entrar, para no perderse, con suma cautela, con mucha vigilancia, y cortando a cada paso corruptelas y abusos graves...

«A las molestias de la jefatura política, agrega todas las que me dan los asuntos del Ejercito, los atolondramientos de unos, las alarmas, inquietudes y violencias de otros, y comprenderás que me encuentro como en un lecho de espinas...

«Pinto me habla de la probabilidad de que sean nombrados bien pronto Plenipotenciarios, que vendrían a conferenciar en la rada de Arica, a bordo de un buque americano. Por supuesto que tú llevarás la palabra de Chile; y ojalá que lo que se espera, se realice pronto.»

En vez de a Santa María, tocó a Lillo la representación de la República, con Altamirano y Vergara. Desgraciadamente, el Perú no quiso ver los signos del tiempo, no se dió por vencido, y fué necesaria la expedición a Lima, cuyos innúmeros sacrificios palidecen ante las consecuencias de haberse tenido que dejar pendiente el problema de Tacna y Arica, cuya cesión no figuraba en las primeras condiciones de paz.

En Enero de 1881, estaba de nuevo Lillo en Tacna, enviado allí por el peligro de que, dada la expedición a Lima, pudiera ese territorio ser amagado por fuerzas de Arequipa.

Un año después, volvía a dicha ciudad, esta vez con la calidad de Comandante General de Armas, y con la misión definida e inmediata de ir procurando la celebración de un pacto de tregua, y de un tratado de paz con Bolivia.

Tocóle la fortuna de ponerse al habla para tales gestiones con don Mariano Baptista, el admirable literato, orador y estadista boliviano, que era, además, un hombre leal y honrado, convencido de que el interés de su patria estaba en ligarse pronto y estrechamente con Chile.

«He hablado con Baptista, dice en otra carta, sobre un tratado de paz de alianza definitivas. Hay dos puntos capitales en ese tratado: la incorporación a Chile de todo el litoral antes boliviano, y la rectificación de fronteras al Norte de Camarones. Esta rectificación se impone por la necesidad de que Bolivia tenga salida al Pacífico, quedando interpuesto entre Chile y el Perú, y sirviendo de valla en lo futuro, si alguna vez nuestro eterno enemigo llegara a tener fuerzas y ocasión para crearnos dificultades».

Tropezaron las negociaciones con el propósito del Gobierno boliviano de aguardar la resolución de las dificultades de Chile con los Estados Unidos, que dieron márgen a la misión Trescott.

Ello fué que no se celebró por entonces tratado de paz y que la celebración del de tregua hubo de aguardar, por varios inconvenientes, hasta fines de 1884.

Elegido Senador en las elecciones generales de Mayo de 1882, volvió don Eusebio a Santiago, para hacerse cargo de su puesto legislativo.

Todavía, en 1884 volvía a encontrarse en La Paz y fué a Sucre, por sus negocios particulares.

VII

Pasada la guerra, conocí al señor Lillo.

Era de mediana estatura, más bien corpulento y de fibra recia, como un antiguo hidalgo castellano.

Tenía la nariz grande y la boca expresiva, hecha no menos al canto lírico que al gracejo social.

Talvez interesaba más que si hubiese sido hermoso, pues poseía en alto grado la belleza de la expresión.

Mostrándosele una vez un perfil suyo fotográfico, documental, dijo sonriendo: «Hombre, me creía feo, pero no tanto».

Gustábanle los trajes desahogados y sobrios, los sombreros ámplios, de paño suelto, las corbatas largas de forma «mariposa», y en el verano los chalecos blancos; sin desdeñar la riqueza de las joyas varoniles, como un anillo de piedra opaca, o una pesada cadena de reloj. Todo ello, sin la mínima ostentación, en el más perfecto acuerdo con el carácter de sencillez y bonhomía del verdadero personaje que era.

Usaba ordinariamente en su casa un gorro negro de seda, que le daba un poco la apariencia de suntuoso y amable Bajá Oriental

Nació comprensivo.

Culminaba en el la actitud poética, no porque prevaleciera sobre las otras, sino por ser la más bella.

Tanto es esto así, que jamás la poesía fué en él desorientación ni desiquilibrio, ni le impidió ser y parecer hombre de

negocios y estadista, y merecer y obtener la confianza de pueblos o gobiernos.

No era sólo en literatura un delicado poeta, sino un prosista sustancial y firme, correcto y bien cortado, con el estilo conciso y espontáneo, de dentro hacia afuera, de quien escribe para decir lo que piensa, y no del que se pone a pensar para escribir.

Y como poeta o prosista, alcanzaba a menudo la elocuencia, precisamente porque no la buscaba, sino porque, como dijo un ilustre español, pensaba alto, sentía hondo y hablaba claro.

No me toca, ni es mi ánimo calificar el mérito relativo de su poesía: se que fué poesía, y que iluminó el alma de su tiempo.

Era Lillo vate verdadero, de natural ejecutoria, y lo fué por excelencia cuando, arrullado por el Pacífico, anunció el futuro esplendor de nuestra raza.

Pueden en parte sus versos haber perdido de oportunidad, y no corresponder al ambiente, a la moda literaria de hoy; pero que hay en ellos alma, sentimiento, sencillez, armonía, ¿quién fuera osado a negarlo? Se leen aún y se leerán, y la ley de su mérito el tiempo, supremo incorruptible aquilatador, la dirá.

Jamás quiso publicar libros de verso: eran ingénita en él la repugnancia a la ostentación, aún a la simple exhibición. Pudieron también disgustarle las recopilaciones, quizás un poco muertas, de poesías no siempre armónicas entre sí, como inspiradas en distintos tiempos y circunstancias.

Sería, sin embargo, obra de piedad. de conveniencia, de homenaje a la patria literatura, reunir en un volúmen al ojo de editor inteligente, algunas de sus mejores composiciones.

Merecen citarse, entre sus obras antiguas, «Loco de Amor», «A una Resedá», «El Junco», La Violeta», «Los Deseos», etc.

Poseía no menos la naturaleza de un pintor que la de un poeta.

Ya por 1853, publicó en el periódico *El Museo*, una serie de artículos sobre bellas artes, que contribuyeron al desarrollo del gusto por la belleza en nuestra incipiente nacionalidad; y se le hizo en varias épocas miembro de los jurados en los certámenes de Pintura o Esculturas.

Fué amigo, y cuando era necesario, protector de los artistas.

Cultivó, por ejemplo, estrechas relaciones con don Pedro

Lira, no sólo padre de nuestra pintura, sino literato distinguido, a quien sinceramente solía aplaudir sus composiciones poéticas.

Cultivó asimismo cordial amistad con Alfredo Valenzuela Puelma, talento a la par iluso y realista, ojo estupendo y mano firme, honra de nuestra escuela, a quien compró por $ 1 500, de los de aquellos tiempos, la «Perla del Mercado», de hermoso y melancólico oriente, obra que legó más tarde con las demás de sus colecciones, al Museo de Bellas Artes.

Pero su más frecuente compañía, era la de los libros y cuadros, a que llamaba «mis amigos».

Su amor a la belleza, y señaladamente a las mujeres, en que ella suele sublimarse, su instinto de libertad, su escasez de iniciativa para contraer responsabilidades, acaso un poco, las circunstancias de su vida, retragéronle del matrimonio, y concluyeron por hacerle solterón impenitente. «Tienen mucho que « disculpar, decía una vez a dos cronistas. En esta casa no hay « mujer, y hace mucha falta. Se necesita una mujer que pon- « ga la mano por sobre todos los detalles y haga agradable el « hogar».

Pero el lado por donde esta atrayente personalidad despierta mayor interés, es sin duda, el del carácter, reflejo sensible, moral, práctico de su alma.

Era Lillo un tipo de caballero, cuyo aire distinguido y cuyo trato benévolo seducían desde luego.

Demasiado clarovidente y sincero para desconocer su mérito, jamás se advirtió en él cediera en un ápice a la vanidad vulgar; con lo que excluyó de su espíritu la más fecunda causa de nuestros errores: «Allí acaba el talento, decía el profun- « do y sutil Amiel, donde comienza el orgullo».

Tuvo, en cuanto a puestos y honores, aquella condición que rezan los cánones, para el episcopado, «el horror a la mitra».

Merece recordarse, a este propósito, una anécdota de sus últimos tiempos.

Un joven amigo suyo, distinguido profesor de un establecimiento fiscal de Valparaíso, y poeta de no escaso mérito, le envió para su conocimiento y sus correcciones, los originales de un poema escrito en su honor, en que se preveía la gran

fiesta de su coronación en el Teatro Municipal de Santiago. Chocó el proyecto de tal manera al presunto beneficiado, que se creyó ofendido, y presa de la mayor agitación, envió reitedas veces por su hijo mayor, para que contestara violentamente al peregrino avance del poeta. Cuando pudo el hijo acudir al llamado, procuró el señor Lillo convencerle de la ofensa, para instarle al castigo. Como tardare el convencimiento, se quejó don Eusebio amargamente de no tener quien, a sus años, lo defendiera. Por fin, transigieron, conviniendo en que el hijo se transladaría esa misma noche a Valparaíso, para obtener que, a lo menos en vida de su padre, no se publicarían una letra de la malhadada composición, lo que, tras de no léves esfuerzos e intimaciones, se logró conseguir.

Había en su modo de ser la más cumplida dignidad, y en su conducta, la más profunda seriedad: era una naturaleza enchapada a la antigua, hombre seguro, de acción cuando era preciso, de consejo siempre. Varón sano de cuerpo y alma.

«Tú sabes, escribía desde Tacna en 1882 a don Domingo Santa María, refiriéndose a la conducta privada de ciertos militares, que yo, aunque viejo no tengo nada de cartujo, pero no transijo con el escándalo, sobre todo cuando es causado por los que tienen que dar buen ejemplo».

Sabía ser, como se ve, a un tiempo, epicúreo y austero, como suntuoso y sencillo.

Rasgo típico, cualidad saliente de don Eusebio, fué su condición varonil que le daba fuerza, tranquilidad, reposo y alegría de vivir.

Ofreció el raro ejemplo, entre nosotros, casi inaudito, de ser gran personaje, luminoso talento, sin enemigos, ni francos ni simulados, en ninguno de los dos sexos.

Y supo ser amigo, cuando lo era, en toda la estensión de la palabra, con las cinco letras del hermoso calificativo, pronto a servir, llano al sacrificio, no fácil a la injuria.

Recuerdo haber sabido en mi adolescencia, que cuando don Anibal Pinto bajó del poder, después de haber engrandecido a la República, y se fué a vivir modestamente muy lejos del centro de la ciudad, era don Eusebio una de las dos únicas personas que iban a rendirle el homenaje de su amistad y veneración

sin interés. Fué la otra un ex-Ministro de don Aníbal, de quien vivió cerca el autor de estas líneas.

He insinuado que el señor Lillo no era laborioso.

No lo fué, ni pretendió serlo, sin perjuicio de cumplir con sus deberes: era así, le gustaba vivir, no le atraían, en lo mínimo, los éxitos mundanos, ni menos los difíciles de adquirirse, amaba entrañablemente la paz del alma, la contemplación de la belleza. Cierta aparente ociosidad, que le desvinculara de labores sistemáticas, y le permitiese dedicarse a sus lecturas, o ir por los vagos caminos de su fantasía, le era gratísima.

Refiere un hábil, anónimo cronista, que como se excusara al despedirse con estarle quitando el tiempo, le repuso don Eusebio: «¿Quitarme el tiempo? Nó, señor: yo soy un ocioso clásico» no tengo absolutamente nada que hacer, y nunca he tenido mucha afición al trabajo».

Ni pudo reputarse hombre ordenado: «Es una verguenza, decía, pero cuando dejo un papel sobre la mesa, ya nunca más vuelvo a saber donde está: parece que los papeles se esconden solos. Jamás he podido curarme de este mal hábito del desorden». ¡Qué había de curarse, si su imaginación volaba por sobre su escritorio.

Conforme con sus inclinaciones y costumbres, fué que buscase para vivir la lejana y espaciosa casa-quinta que, por muchos años, y hasta su fallecimiento, le dió albergues, situada en la calle de Chacabuco esquina de Rosas.

Esa casa de vastos aposentos, tenía interiormente sus murallas llenas de cuadros, y era como un pequeño Louvre, según la feliz expresión de uno de sus jóvenes amigos pintores. Evidentemente, había allí más de museo que de hogar.

Pero uno de esos salones ofrecía una gran mesa, resplandeciente de porcelanas y cristales y cubierta de frutas escogidas y golosinas de mano de monja,» suntuosa mesa en permanencia, para su uso y el de los fieles, siempre pocos, que iban a verle allá tan léjos.

Y él mismo, casi no salía: rara vez divisábasele por donde andan todos; así que el pueblo y la juventud, que le amaban, no le conocían, considerándole casi como símbolo, como gloria intangible.

Con los años fué aumentando, como es natural, el retraimiento. «Deseo que todos me olviden, y no tengo que poner gran esfuerzo en esto, decía en 1905 al periodista de que antes hablé, porque realmente me han olvidado. Deseo que me olviden... hasta las mujeres, caballero. Mi casa está sola, yo solo vivo en ella, y mis pasos sueñan sin eco en el jardín. Pueden venir a toda hora, en todo momento, pero no a ocuparse de mi. No hay mas que cosas viejas y mucha voluntad para los amigos.»

Como alguno de los hombres que conservan la frescura del alma y miran con esperanza el porvenir, amaba a la juventud, y recibía a los jóvenes con ejemplares cordialidad y llaneza.

VIII

Después de la formidable lucha política de 1886 por la presidencia de la República, que conmovió hondamente al país, reuniendo algunas veces las masas populares alrededor del Congreso que hubo de ser resguardado por fuerza de línea, lucha que hacía presentir los luctuosos días de 1891, el nuevo Presidente, don José Manuel Balmaceda, aunque cabeza visible y efectiva de poderoso partido, tuvo la feliz idea de empezar su gobierno, con lisonjeros auspicios de conciliación. Respondió a esta idea la renuncia al gran banquete que le fué ofrecido por las agrupaciones triunfantes, en los días anteriores a su jura del cargo. A ella, y muy señaladamente, respondió asimismo la designación del organizador del nuevo gabinete, que el presidente electo hizo recaer en don Eusebio.

Opuso el señor Lillo modesta, porfiada, sibalítica resistencia, y aún apeló en su auxilio a los influjos personales de su íntimo amigo, el presidente Santa María; pero no hubo medio: el electo consiguió vencer esa resistencia con su seducción personal y el prestigio de sus frescos laureles, y coronó así la portada de la nueva administración, con viviente símbolo de idealidad, de armonía, de paz. Fueron sus colegas don Domingo Godoy, don Pedro Montes, don Agustín R. Edwards y don Evaristo Sanchez Fontecilla.

¡Cómo cambiaron las cosas entre el principio y el fin de la administración Balmaceda, como habían cambiado entre el principio y el fin de la administración Bulnes.

Después de desempeñar con lucidez y elevación, y en espe. cial, de manifestar en sus actos el más profundo respeto al derecho de sufragio, sobrevino la derrota que infligió la Cama-ra de Diputados a la candidatura de don Jovino Novoa para presidente de esa Corporación; y aunque hay motivo para suponer que el Ministro del Interior creía exagerado, y miraba con recelo, el avance de los nacionales, en cuyas filas figuraba el señor Novoa, reputóse afectado por el voto, y renunció indeclinablemente, diciendo que había ído a ese puesto sólo a administrar, y que deseaba dejar expedito el camino al Presidente de la República.

Libre de la política, que nunca le gustó, encontróse en aptitud para realizar una de las aspiraciones de su alma, el viaje a Europa, que llevó a efecto a los sesenta y dos años, en 1888.

Visitó en ella varios países, placiéndose, sobre todo, en los de orígen latino, y mas que en otros, en España, que le arraigó profundamente en el corazón, sin duda, por la intensidad de su sol, por sus características bellezas de variados órdenes, por sus inapreciables antigüedades, por la hidalguía de sus hijos, por su lengua armoniosa y amada.

No perdió nunca don Eusebio, y expresaba a quien quería oirle, hasta sus últimos días, el deseo de volver a aquella noble tierra, madre nuestra, y sobre todo a su dulce Andalucía de los naranjales, de las guitarras, de los ojos en amor.

Como recibiera don Eusebio el primer vajído de la administración Balmaceda, tocóle recibir su último quejido.

Cuando el derrocado mandatario, en su asilo de la Legación Argentina, concibió y redactó su célebre Testamento Político, juzgó que a nadie más autorizado y respetablemente podía encomendarlo, que al señor Lillo.

En su carta a don Claudio Vicuña y a don Julio Bañados, dice, con referencia a la comunicación que incluía el testamento:

«... carta que el señor Eusebio Lillo guardará reservada, y « que confío a su honor y lealtad, para que la publique en los

« diarios de Santiago, en el acto que no esté en el asilo que él « sabe. Es necesario que la publique, como un testimonio ex- « plicativo de mis últimos actos».

Excusado es decir que don Eusebio correspondió a la confianza del ex-Presidente.

IX

No volvió el señor Lillo a ocuparse en politica, y los veinti dos años que le quedaban, viviólos tranquilamente en medio de sus obras de arte, de sus libros, de sus flores. Murió el 16 Julio de 1902, al peso de los años, a ochenta y tres de su edad. y cubieron el féretro juncos y violetas, nuncios precoces de primavera.

Su vida, que se deslizó sin mayores esfuerzos, fué fecunda y es hermosa.

Sirvió a la belleza, al ideal de libertad, a su país, y a la causa de la dignidad ciudadana.

Fué el cantor de la juventud de un pueblo, el bardo del amor y la esperanza.

Sus versos reflejaron el espíritu de la sociabilidad chilena, y dieron forma a sus apasionados anhelos.

Y fué, sobre todo, el poeta cuya idea, cuyo sentimiento, cuya fácil y robusta armonía encarnarán por siglos y siglos en el corazón de la patria.

PAULINO ALFONSO.

MUCHACHAS DE PROVINCIA

«Susana vén, tu amor quiero gozar».

(Léhar. Opereta «La Casta Susana»)

Muchachas solteronas de provincia,
que los años hilvanan
leyendo folletines
y atisbando en balcones y ventanas...

Muchachas de provincia,
las de aguja y dedal, que no hacen nada,
sino tomar de noche
café con leche y dulce de papaya...

Muchachas de provincia,
que salen—si es que salen de la casa—
muy temprano a la iglesia,
con un andar doméstico de gansas...

Muchachas de provincia,
papandujas, etcétera, que cantan
melancólicamente
de sol a sol:—«Susana, vén» .. «Susana»...

¡Pobres muchachas, pobres
muchachas tan inútiles y castas,
que hacen decir al Diablo,
con los brazos en cruz:—¡Pobres muchachas!

Luis C. López.

RESEÑA DE LA CAMPAÑA DEL HUASCAR CONTRA CHILE EN 1879

La escasez de publicaciones con respecto a la campaña marítima durante la guerra de 1879 y algunas deficiencias en las que existen, me han determinado, a indicación de personas interesadas en nuestra historia militar, a publicar la presente reseña; actor como fuí en dicha campaña de la que conservo reminiscencias y apuntes que pueden ser útiles.

Por el momento se trata de simple reseña que pueda dar idea general de la campaña aludida; pero me reservo publicar posteriormente en detalle cada uno de los combates que durante ella sostuvo el Huáscar.

Comenzó esta campaña con la salida del Huáscar del Callao, el 16 de Mayo de 1879, al mando del capitán de navío don Miguel Grau, en dirección al sur y en convoy con el resto de la escuadra en la que iba el general don Mariano I. Prado como supremo director de la guerra.

21 de Mayo de 1879.—En la tarde del 20 de Mayo salieron de Arica, en convoy, el Huascar y la Independencia al mando del capitán de navío don Miguel Grau, como comandante general. En la madrugada del 21 se presentó el Huáscar a la vista de Iquique, en donde se encontraban los buques de guerra chilenos Esmeralda, Covadonga, y Abtao, y al avistarlo, este último zarpó inmediatamente y los dos primeros se pegaron completamente a tierra, tratando de abrigarse tras de los pontones y lanchas allí fondeados. El Huáscar luego que estuvo a tiro, rompió sus fuegos y mantuvo el combate solo hasta la llegada de la Independencia, que se había atrasado un poco;

en este momento, la Covadonga, intenta sustraerse al combate, deslizándose muy cerca de la isla de Iquique, por lo que el comandante general ordenó a la Independencia, que tenía el mayor andar, perseguirla y combatirla. Quedó, pues, el Huascar solo frente a la Esmeralda y combatió con ésta hasta echarla a pique y aprisionar a los sobrevientes de su tripulación.

Este combate duró 3 horas, 40 minutos, y el Huascar tuvo un oficial muerto, un jefe y varios de la tripulación heridos, a la par que recibió averías en su casco, cubierta, chimenea y arboladura.

Al lado de este éxito satisfactorio, hubo que lamentar la pérdida de la Independencia en uno de los arrecifes de Punta Gruesa al sur deIquique, pero se logró además cesar el bloqueo de este puerto y restablecer la comunicación con nuestro ejército allí estacionado, socorrerlo, hostilizar la costa del sur hasta Antofagasta, apresar varios buques al enemigo y destruírle las lanchas que le servían para los embarques y desembarques de sus tropas.

25 de Mayo de 1879.--El Huascar apresó e incendió al bergantín Recuperado, en la mar y, en Mejillones a la goleta Clorinda. la que envió al Callao; aquí también destruyó varias lanchas.

26 de Mayo de 1879.—Entró el Huascar a Antofagasta, persiguió al transporte Rimac, sin haberlo podido apresar, y como se le hicieran algunos disparos de los fuertes de tierra regresó y aceptó el combate a que se le provocara: duró éste mas de dos horas en que apagó los fuegos de éstos y de la Covadonga que le contrabatía apostada detrás de los arrecifes y buques mercantes. En este combate recibió el Huascar dos proyectiles en el casco y algunos en la arboladura.

27 de Mayo de 1879.—Volvió el Huascar al fondeadero de Antofagasta y allí rastreó y cortó el cable submarino, sin oposición ni resistencia alguna del enemigo que le tuvo a tiro de fusil todo el tiempo, y a pesar de que para realizar tal operación arrió aquél todas sus embarcaciones menores con la mayor parte de su tripulación en ellas.

28 de Mayo de 1879.—Entró el Huascar a Mejillones, destruyó las lanchas que allí habían y, a su salida apresó a la go-

leta Coqueta, que remitió a Arica, y a la barca Emilia cargada de metales, la que envió al Callao a cargo del teniente Melitón Rodríguez.

La Emilia y su cargamento fueron declarados buena presa por los tribunales respectivos, pero los apresadores no han recibido hasta hoy un solo centavo de lo que les corresponde conforme a la ley. Se afirma que este dinero fué entregado al gobierno del señor García Calderón, instalado en la Magdalena.

3 de Junio de 1879.—Llegó el Huascar a Pisagua, tomó aquí carbón y, en la madrugada de este día, navegando al sur, se encontró con el acorazado chileno Blanco Encalada y la cañonera Magallanes, los que inmediatamente iniciaron la caza y, después de seis horas, lograron estrechar la distancia hasta ponerse a tiro, debido a que el mal carbón tomado en Pisagua no permitía al Huascar obtener todo su andar. Se rompieron pues los fuegos de una y otra parte y, despues de media hora de combate, el Huascar que había logrado arrojar al agua el mal carbón y empezar a consumir el resto que le quedaba del bueno, pudo recobrar su andar y, con esto y una hábil maniobra del comandante Grau, comenzó a alargar la distancia y a desprenderse de sus enemigos, que, sin embargo, le persiguieron, aunque inútilmente hasta las 12 de la noche. En este encuentro tuvimos que lamentar la pérdida del señor Cucalón, que como voluntario formaba parte de la guarnición del buque.

Conforme a sus instrucciones, el Huascar siguió rumbo al Callao a reparar las averías que había sufrido en esta primera quincena de activa y cruda campaña, a las que era urgente atender y a reponer su carbón, municiones y otros artículos indispensables.

10 de Julio de 1879.—Practicadas en el Callao, si no todas, las principales reparaciones que el Huascar reclamaba después de los tres combates que había sostenido en el primer período de su campaña y del excesivo trabajo de sus máquinas, salió de ese puerto el 6 de Julio, llegó a Arica el 8 y zarpó al sur el 9 con dirección a Iquique que se encontraba bloqueado por el acorazado Cochrane, la cañonera Magallanes y los transportes

Abtao y Matías Cousiño. El comandante Grau con su notable habilidad marinera y su reconocida valentía, penetra a este puerto, rompiendo el bloqueo, se comunica con el ejército allí acantonado y después sale al oeste, atrevido, en busca de las naves bloqueadoras, a las 2½ de la madrugada del 10.

Encuéntrase primero con el Matías Cousiño cuyo capitán, viéndose perdido, imploró compasión, pero luego que se vió libre del espolón del Huáscar, se puso a la fuga, lo que obligó al comandante Grau, contra su propósito a usar de sus cañones, para contenerlo y apresarlo. El estruendo de éstos da el alerta a los demás buques bloqueadores, los que pronto rodean al Huáscar y se traba tenaz combate, a corta distancia, del que pudo éste desprenderse, después de una hora de lucha, sólo rompiendo el cerco que le aprisionaba, embistiendo con su espolón resueltamente a la Magallanes; logrado su intento, continuó con el Cochrane su combate de retirada y quedó a salvo al rayar el alba, aunque perseguido por éste hasta las once de la mañana.

En este combate el Huáscar recibió algunos tiros que le perforaron el blindaje, de 4 1/2 pulgadas de hierro que le servía de defensa.

19 a 23 de Julio de 1879.—El Huáscar y la Unión, constituyendo división, al mando del comandante Grau, como comandante general, zarparon de Arica el 17 con el propósito de hostilizar la costa chilena. El 19, apresaron a la fragata Adelaida Rojas, con su cargamento de carbón, y la enviaron al Callao.

El 20, apresaron al bergantín E. Saucy Jack, cargado de cobre, y lo enviaron también al Callao. En este mismo día destruyeron algunas lanchas en Chañaral y Pan de Azúcar.

El 22 de Julio apresaron a la barca Adriana Lucia, cargada de metales, la que al mando del alférez Ricardo Herrera, fué enviada al Callao.

Continuaron ambos buques su expedición al sur y reconocieron el puerto de Caldera, al que penetró el Huáscar, pasando delante de sus baterías y visitando algunos de los buques mercantes allí fondeados, sin experimentar resistencia alguna de aquellas.

Regresaron ambos buques al norte y el 23 apresaron al transporte chileno Rimac, frente a Antofagasta, junto con el escuadrón de caballería, sus caballos, carbón y un cargamento de artículos militares que llevaba. Este buque, con todo su cargamento, fué conducido a Arica al mando del capitán de fragata M. Melitón Carvajal.

1.º de Agosto de 1879.—Salió de Arica el Huáscar acompañado del Rimac, pero a las pocas millas del puerto sufrió éste descomposturas en su máquina, que obligaron a hacerlo regresar, y continuó aquél su viaje al sur con el propósito de ejercer nuevas hostilidades.

Así, en la noche del 4 entró a Caldera, reconoció este puerto pasando como antes, delante de sus baterías, tomó algunas noticias y continuó al sur con el fin de sorprender en Coquimbo al Cochrane y espolonearle resueltamente; pero, en el trayecto, se encontró con fuerte temporal, el que le fué forzoso capear por más de doce horas, lo que no sólo le impedía avanzar al sur sino aún le imponía fuerte consumo de carbón, por lo que fué preciso regresar al norte a las 6 P. M. del 5.

De regreso, entró el Huáscar a Taltal y, cuando se ocupaba de destruír algunas lanchas, se avistó por el norte al Blanco Encalada y tuvo que abandonar esta tarea y ponerse a salvo, prevenirse, como lo estaba por la superioridad, de rehuir el combate con los acorazados enemigos a cuyas corazas no podía herir con sus cañones.

Salvado este contratiempo, el Huáscar siguió al norte, reconoció los puertos de Cobija y Tocopilla y fondeó en Iquique a las 2 de la tarde del 9; de aquí, el convoy con el Oroya, continuó a N. y llegó a Arica el 10.

28 de Agosto de 1879.—El 22 salió el Huáscar de Arica en convoy con el Oroya; embarcaron en Iquique a dos ingenieros y dos torpedos sistema Lay y siguieron, el 23, con rumbo a Antofagasta. En este punto, quedóse el segundo en la boca del puerto y entró a éste el primero con aquellos y los torpedos preparados para su lanzamiento.

Se encontraban en el fondeadero, muy pegados a tierra y defendidos por las rocas y buques mercantes, los buques enemigos Magallánes, Abtao, Limarí y un vapor pequeño; el Huás-

car se acercó a éstos con suma dificultad, tanto por la oscuridad de la noche como por la poca visibilidad de ellos, cuyas siluetas se proyectaban sobre la costa, y el comandante ordenó a los ingenieros el lanzamiento de uno de los torpedos; realizóse ésto, pero con tan mal éxito que léjos de producirse el efecto deseado, fué necesario arriar un bote para recoger el torpedo, junto con el largo cable que le comunicaba eléctricamente al Huáscar y ejecutar esta operación delante de los buques enemigos que la observaban atónitos a tiro de pistola. Obtenido el resultado a las 6 de la mañana se retiró el Huáscar en demanda del Oroya y juntos se dirigieron a Taltal.

El torpedo Lay, automático y dirigible, de reciente creación en aquella época, no era todavía suficientemente conocido por nuestra oficialidad; por esto, el lanzamiento fué dirigido por los ingenieros que le habían traído a bordo con tal cargo.

En Taltal se apresaron algunas lanchas que el Oroya remolcó hasta Arica, quedando el Huáscar sólo de crucero en esa costa.

El 28 a las 11 A. M. entraba el Huáscar a Antofagasta y recibido con disparos del enemigo, los contestó y se trabó sostenido combate durante tres horas y media, haciendo éste frente con sus dos cañones, de difícil puntería, a 1 de a 300, 7 de a 150, 1 de a 115 y 1 de a 64, uniformemente repartidos, de que disponían los enemigos. Con todo, el Huáscar, que durante la jornada pudo hacer sólo 28 disparos, apagó los fuegos de éstos que lograron hacer 110, aunque tuvo que lamentar la muerte del teniente Heros, que fué volado por una bomba, y heridas en algunos tripulantes.

Hasta las 10 de la noche permaneció el Huáscar en Antofagasta, sin ser molestado por los cañones de tierra, y salió recorriendo la costa hacia el norte; apresó en Mejillones una lancha a vapor y, en Cobija y Tocopilla, 4 lanchas más, y llegó a Arica el 31 de Agosto.

3 de Septiembre de 1879.—En esta fecha el comandante Grau recibió la noticia de su ascenso a la clase de contralmirante de la armada y el 4 pidió al señor director general de la guerra un ascenso para los jefes y oficiales que tenía bajo sus órdenes; esta demanda no fué atendida.

8 de Octubre de 1879.—Durante el mes de Septiembre el Huáscar se concretó a escoltar a los transportes que conducían tropas de Arica a Pisagua e Iquique. El 1.º de Octubre se completó la división del mando del contralmirante Grau con la Unión y el Rimac, y los tres buques salieron de Arica a las 4 A. M., navegaron al oeste por una hora y después el Rimac se separó del convoy con rumbo al norte y los dos primeros continuaron al sur.

En Sarco apresaron éstos al bergantín goleta Coquimbo y, en la madrugada del 5, entraron y reconocieron el puerto de este nombre y siguieron a Tongoy. Aquí se informaron, en el vapor Cotopaxi, de la compañía inglesa de vapores, del desembarco de fuerzas enemigas en Pisagua y se apresuraron en regresar al norte. Durante este regreso, descomposturas en la máquina del Huáscar y falta de carbón, obligaron a éste, por dos veces, a suspender su marcha para reparar las primeras y satisfacer la necesidad del segundo.

Así continuó la derrota al norte hasta las 12 h. de la noche del 7 que se avistaron las luces de Antofagasta, y se dirigió el Huáscar sólo a reconer este puerto; practicado ésto, se reunía nuevamente a la Unión, que vigilaba en la boca de éste, a las 3 h. 15 minutos a. m. del 8, y ambos se dirigieron al norte; más pronto notaron por sus proas tres humos y destellos sospechosos y, a precaución se desviaron al oeste.

Con el alba reconocieron fácilmente que los humos y destellos provenían de los buques enemigos Blanco Encalada, Covadonga y Matías Cousiño que les perseguían en caza y, siguiendo la maniobra en este caso acostumbrada, las dos naves se dirigieron primero al oeste y después al norte, seguidas siempre por las enemigas que, al parecer no activaban la caza.

El Huáscar y la Unión continuaban así, con cierta tranquilidad, cuando a las 7 h. 15 minutos a. m., avistaron por el noroeste otros tres humos, en los que pronto reconocieron a los buques enemigos Cochrane, O'Higgins y Loa, que se dirigían a cortarles la retirada, y pudieron estimar que esta segunda división les superaba en andar, pues estrechaba rápidamente la distancia de los dos rumbos convergentes que los contendientes seguían, y el encuentro era inevitable.

El Huáscar se aprestó entonces al combate y la Unión, que para este caso tenía instrucciones del almirante de salvar el buque, forzó su andar y fácilmente pudo sustraerse, perseguida, sin embargo, aunque inútilmente, por la O'Higgins y el Loa. Así la Unión quedaba a salvo y el Huáscar apercibido al combate, o mejor dicho, al sacrificio de servir de blanco a los cuatro buques enemigos restantes, toda vez que su artillería anticuada—tipo de 1865, de avancarga—era impotente para perforar la coraza, de 9 pulgadas, que defendía a los acorazados enemigos y que su propia coraza, de 4½ pulgadas, no podía resistir a la penetración, ni aún a los menores calibres, de la artillería moderna entonces—tipo de 1875, de retrocarga—de los buques enemigos.

Pero, el ínclito contralmirante Grau que, al verse perdido, pudo destruír su buque varándolo o sumergiéndolo, prefirió en su denuedo sucumbir heróicamente entregando esta tarea a los que siempre supo afrontar y, a las 9 h. 40 minutos a. m., rompió el Huáscar sus fuegos contra el Cochrane iniciando así el glorioso combate de Punta Angamos, inmortalizado por la historia, en que después de hora y cuarto de desesperada resistencia, aniquilado e impotente para continuarla, muerto el almirante y Aguirre y otros más, con sus cubiertas empachadas de muertos, heridos y escombros, incendiado en varias partes, sin timón y hasta sin máquina por la cantidad de agua que llenaba sus bodegas con el intento de sumergirlo de los pocos tripulantes que quedaban aptos: en tales condiciones cayó en poder del enemigo, no rendido sino apresado.

Y así debía terminar esta campaña de cinco meses, de constantes fatigas, combates y sacrificios, en que se dañó al enemigo de todas maneras y se retardó su invasión, mermándole el dominio marítimo que poseía, poderoso y decisivo medio que, conforme a los inmutables principios de arte militar, confirmados una vez más en esta guerra y aún en la reciente europea, debía al fin abrir el camino de la invasión y obligar a nuestro ejército a luchar con desventaja y al Perú a sufrir el desastre que hasta hoy le aflije.

En resúmen, en la Campaña del Huáscar, que comenzó el 16 de Mayo de 1879 y terminó el 8 de Octubre del mismo, tuvo este buque en jaque permanente a dos poderosos acorazados y libertad de acción en el Pacífico, a pesar de su impotente artillería y de su débil coraza, sólo con la energía y hábil dirección de su ilustre jefe, el contralmirante Miguel Grau, y el concurso eficaz de sus subordinados.

Sus combates con los buques y fuertes enemigos, todos de real importancia, se resúmen así:

1.° El 21 de Mayo, en Iquique contra la Esmeralda y la Covadonga, durante 3 horas y 40 minutos.

2.° El 26 de Mayo, en Antofagasta, contra baterías de tierra y la Covadonga, duración 2 horas, en que apagó los fuegos de éstas y sucesivamente, a su vista y a tiro corto de sus cañones, cortó el cable cablegráfico que les daba comunicación.

3.° El 1.° de Junio, frente a Huanillos, contra el Blanco Encalada y la Magallanes, 18 horas de caza y una de combate.

4.° El 10 de Julio, en Iquique, rotura del bloqueo y sucesivo combate contra el Cochrane, la Magallanes, el Abtao y el Matías Cousiño, una hora de combate y tres de caza.

5.° El 28 de Agosto, en Antofagasta, contra las baterías, la Magallanes, el Abtao y el Limarí, duración 4 horas, en que apagó los fuegos de la plaza.

6.° El 8 de Octubre, en Punta Angamos, contra el Blanco Encalada, Cochrane, la Covadonga y el Matías Cousiño, 6 horas de caza, $1\frac{1}{4}$ de combate.

Resúmen de las presas que hizo el Huáscar:

Bergantín Recuperado, fué incendiado.

Goleta Clerinda, fué remitida al Callao.

Goleta Coqueta, fué remitida al Callao.

Barca Emilia, con metales, fué remitida al Callao.

Fragata Adelaida Rojas, con carbón, fué remitida al Callao.

Bergantín El Sancy Jack, con metales, fué remitido al Callao.

Barca Adriana Lucía, con metales, fué conducida al Callao.

Transporte Rimac, con un escuadrón de caballería, sus caballos, artículos militares y 400 toneladas de carbón: lo tomó el gobierno para su servicio.

Bergantín-goleta Coquimbo, fué remitido al Callao.

Una lancha a vapor, la tomó el gobierno para su servicio.

Ocho lanchas de carga, se remitieron a Arica a disposición del gobierno.

Numerosas lanchas destruídas en los puertos de Chile.

De estas 17 presas, algunas fueron declaradas tales por los tribunales respectivos, las demás están todavía en tramitación en nuestras oficinas públicas, pero todas ellas impagas sin haber producido a sus apresadores los beneficios que la ley les acuerda.

M. Melitón Carvajal.

CONCEPTO DE LA FUNCIÓN REPRESENTATIVA EN DERECHO PUBLICO

(Conferencia dada en el Centro de Derecho el 27 de Octubre último por el profesor de Derecho Constitucional don Alcibíades Roldán.)

El Centro de Derecho me ha pedido que trate algún tema relacionado con la asignatura que tengo a mi cargo en nuestra Escuela. Defiriendo a esta invitación, me propongo hacer algunas observaciones acerca de la naturaleza de la función representativa en Derecho Público, particularmente de las atribuciones i deberes que comporta en general el ejercicio del cargo parlamentario.

He aceptado con gusto la petición del Centro, no sólo porque procuro siempre hacerme útil a la juventud estudiosa, sino porque estoy profundamente convencido de que cada día es más necesario robustecer este comercio entre profesores y alumnos, a fin de crear una corriente de cariño y de confianza entre unos y otros que haga más fructífera la enseñanza. Por cierto que no sólo soy yo quien alimenta estos ideales, sino que ellos son profesados por todos mis colegas. Estoy también seguro que ningún estudiante dejará de sentirlos i acariciarlos.

Antes de comenzar mi exposición sobre el tema que debo desarrollar,—exposición que deseo presentar en forma enteramente sencilla,—paréceme conveniente hacer una observación: es la de que en mis reflexiones y razonamientos no me dirijo a ningún partido ni a ningún individuo determinado. No me refiero tampoco a tal o cual hecho ocurrido en estas o aquellas circunstancias. Examino un problema o una cuestión de principios a la luz de los hechos históricos y de las consideraciones de orden político que considero conducentes y procuro resolver

este problema o esta cuestión en la forma que me parece más justa.

Entiendo por función rspresentativa en Derecho Público aquella función por medio de la cual una persona forma parte de algún poder público, en virtud de una elección o de un nombramiento. No es necesario, para que exista la representación que proceda una elección popular. Así, los miembros del poder judicial o sea las personas encargadas de administrar justicia, no son elegidos por el pueblo, sin que ello quiera decir que no invistan un carácter representativo, desde que administran esa justicia en nombre de la nación. Los ministros del despacho, los intendentes y demás agentes del Presidente de la Republica no son tampoco elegidos por el pueblo, pero en cuanto forman parte de un poder público son tambien representantes de la colectividad dentro de la esfera de acción en que les corresponde obrar.

En el nombramiento de todos estos funcionarios, así como en el de los magistrados y jueces, toma una participación más o menos importante el Presidente de la Rəpública, y como el Presidente es elegido por la nación, aunque por medio de electores, puede decirse con exactitud que aquellos son nombrados en forma indirecta por ella misma.

Los senadores y los diputados derivan su cargo de elección directa, y proviene sin duda de esta circunstancia que se reserve para ellos el nombre de representantes del pueblo. Tomo esta palabra *pueblo*, no en un sentido que considero inaceptable, el de referirse a ciertos grupos más o menos numerosos de ciudadanos con exclusión de los demás, sino en el sentido que le atribuye nuestra Carta Fundamental cuando dice en su artículo 150 que «ninguna persona ni reunión de personas puede tomar el título o representación del pueblo, arrogarse sus derechos ni hacer peticiones a su nombre». Este sentido no puede ser otro que el de *nación* o sea la totalidad de las personas que forman la sociedad política, sin distinción de edades, sexos ni condiciones.

Los ciudadanos investidos con el carácter de representantes del pueblo o de una localidad determinada como son los municipales ¿gozan de libertad en el desempeño de su cargo o se

hallan obligados a cumplir las órdenes e instrucciones que crean conveniente darles los electores de la provincia, del departamento o de la comuna que corresponda? Tal es la cuestión.

Esta especie de mandato que se supondría existir entre estos y aquellos, o sea entre electores y elegidos, es lo que se conoce cou el nombre de *mandato imperativo*. Para determinar cual es el concepto de la función representativa en Derecho Público importa, pues, examinar, en primer lugar, si es aceptable la existencia de un vínculo que liga al representante con sus electores, en materias relacionadas con el desempeño de su cargo, y en segundo, sí, demostrado que no puede aceptarse tal vínculo,—hasta qué punto existe un compromiso moral entre el representante y el partido que lo ha elegido,—en virtud de haber prometido aquél que serviría el programa político de ese partido, en el desempeño de sus funciones.

Es indudable que la expresión de «mandato» en el presente caso se ha empleado, teniendo en cuenta el contrato conocido con este nombre en derecho civil, contrato en virtud del cual una persona confía la gestión de uno o más negocios a otra que se hace cargo de ellos por cuenta i riesgo de la primera. La persona que confiere el encargo se llama comitente o mandante, i la que lo acepta apoderado, procurador, i en general, mandatario. (Art. 2116 del Código Civil).

Es obligación del mandatario ceñirse rigurosamente a los términos del mandato, excepto en aquellos casos en que las leyes lo autoricen para obrar de otro modo.

Lo primero que ocurre advertir, al tratar esta materia, es que el mandato imperativo, o sea la obligación en que se encuentra el representante de ceñirse a las órdenes e instrucciones de sus electores, en la misma forma en que lo está el mandatario en derecho privado, ha adoptado en otros tiempos el caráter de una verdadera institución.

Un tratadista español mui conocido, Santa María de Paredes, después de enseñar en su obra titulada Derecho Político (pág. 503, 5.ª edic.) que se llamaban procuradores los individuos que en los Reinos de León y Castilla representaban a las ciudades y villas en las antiguas Cortes; siendo éstos unas veces los alcaldes y regidores, y otras un regidor, un caballero o un vecino principal, refiere que «hecha por el Rey la convocatoria de las Cortes, reuníanse un domingo las cabezas de familia en la sala consistorial para designar tales procuradores, consignando el nombramiento en un acta o poder que se entregaba a los elegidos, después de prestar juramento, juntamente con las instrucciones a que habían de arreglar su conducta en el desempeño de la misión que se les confiaba». «Una vez en las Cortes, no podían los procuradores apartarse de las instrucciones recibidas, debiendo votar conforme a ellas y suspendiendo su voto en caso de duda para someter la cuestión al consejo».

Refiriéndose a Francia dice Esmein en su obra Elementos de Derecho Constitucional, que los diputados a los Estados Generales recibían de los electores que formaban el estado llano poderes escritos y más o menos ámplios.

Igual cosa ocurria durante los siglos medios en Inglaterra. Los diputados de los burgos y condados recibían también de sus electores poderes más o menos extensos, y lo que demuestra que no podían exceder estos poderes, es que el rey en las cartas de convocación pedía que los représentantes recibiesen poderes bastante ámplios, a fin de que no se viesen en dificultades para votar en algunos asuntos por deficiencia de ellos. Se vé, por otra parte, que, después del período de sesiones, daban cuenta a sus mandantes. (Stubbs.—Constitutional History).

Es indudable que un hecho tan general como éste no pudo sino provenir de una causa que debió ser común a los tres países de que hablo, y esta causa no ha debido ser otra sino la de que aun no se hallaba formada la idea del estado moderno, tal como hoy lo concebimos, después de un proceso de elaboración que se ha desarrollado durante largos siglos.

El estado no existe en la edad media sino bajo la forma de un agregado de campos y ciudades, que tienen sus institucio-

nes propias y sus costumbres particulares, sin que exista entre ellos verdadera interdependencia, pues frecuentemente riñen entre sí. A lo más se hallan flojamente unidos con el rey, que no pasa de ser un señor feudal más poderoso que los demás. Las asambleas que estos pueblos constituyen son una reunión de los delegados que cada uno nombra, no tanto para servir intereses generales, sino para defender los principios y garantías de que gozan por separado.

No era tampoco difícil, dado el escaso número de personas que en cada una de esas ciudades o burgos tenían derecho a voto, producir un acuerdo entre ellos. Esta dificultad se atenuaba aun más porque era reducido el número de asuntos de que debían conocer los procuradores. Es también posible que estos mismos procuradores y diputados se sintieran amparados por las instrucciones que llevaban en frente de los reyes que andaban constantemente escasos de fondos y vivían empeñados en aumentar las cargas de los pueblos.

La idea de que los diputados eran delegados de los distritos por donde resultaban elegidos no dejó de encontrar cierta acogida en la primera época de nuestra organización política. Así, en 1811 don Agustín Eyzaguirre hace renuncia de su cargo de miembro del Alto Congreso Nacional ante el Cabildo de Santiago, ciudad por donde había sido elegido. Más adelante, en 1823, el Congreso recibe una comunicación de don Pedro Trujillo, diputado propietario por Cauquenes, en la cual manifiesta que ha hecho renuncia ante sus comitentes del cargo que le han conferido.

Pero fué durante la época en que se establecen asambleas provinciales y se intenta implantar el sistema federal en Chile, o sea en 1826 y 1827, cuando aparece aplicada con mayor vigor la doctrina a que me refiero.

Para no citar sino un sólo caso: la asamblea de Coquimbo dió en aquel año instrucciones a los diputados de la provincia. En el artículo 1.º se lee: «La Asamblea ha preferido a los demás el sistema federal representativo y los habitantes de estos pueblos, en cuyo número se comprenden los diputados que se dirigen al Congreso, *no son libres para variar esa forma de gobierno*, que la provincia ha juzgado ventajosa. En su virtud,

es un deber de los representantes opinar y votar por la federación más o menos extensa, según se crea convenir a la República, cuando se trate de constituirla, con tal que siempre se conserve la omnímoda igualdad de derechos entre las provincias».

Instrucciones análogas dieron a sus diputados las asambleas de Santiago y de Concepción. Debo agregar que la primera de estas asambleas, en la cual figuraba Juan Egaña, autor de la Constitución de 1823, ordenó a sus diputados votar en contra del régimen federal y que habiendo protestado de estas instrucciones uno de los diputados, José Miguel Infante, defendiendo su independencia para opinar en esta materia, la Asamblea insistió en que tenía el derecho de darlas y sostuvo la opinión de que los representantes debían acatarlas, por cuanto eran delegados de sus mandantes, o sea de los electores. El desacuerdo que se produjo con este motivo fué tan grave que los diputados se creyeron en el caso de pedir al Congreso que resolviera si estaban o no obligados a obedecer las instrucciones de «sus comitentes». El Congreso resolvió que no lo estaban.

Adviértese fácilmente que la idea de que parten las Asambleas de Concepción y de Coquimbo es la misma que había predominado en siglos anteriores en los países europeos. Imbuídas como estaban en los principios federales, no veían claramente la unidad en el estado de Chile sino que lo suponían un producto del acuerdo voluntario de las provincias. En el concepto que tenían de la independencia de estas provincias, creían que ellas estaban perfectamente capacitadas para dar instrucciones a sus diputados, del mismo modo que lo habían hecho en otros tiempos las ciudades y villas españolas a sus procuradores.

Por lo que toca a la actitud adoptada por la Asamblea de Santiago, que no se encontraba imbuída en esas ideas, admite una explicación diferente. Egaña, así como la generalidad de los constitucionalistas de la época, se hallaban sujetos a las influencias de los filósofos del siglo XVIII, particularmente de Rousseau. Ahora bien, Rousseau sostuvo en su Contrato social que la soberanía del pueblo no puede ser representada y que,

por lo tanto, las personas que éste elige para hacer las leyes no pueden tener sino el carácter de delegados del mismo, y se hallan, por lo tanto, obligados a obedecer a sus instrucciones.

Como se vé, son dos los fundamentos del mandato imperativo: el uno se relaciona con circunstancias históricas que han desaparecido, el otro deriva de un principio sentado a priori.

Que las circunstancias históricas a que me refiero han hecho su tiempo, es innegable. Aún en los países sujetos al régimen federal, no se entiende que el Estado sea un mero agregado de provincias o de departamentos, mucho menos se puede aceptar semejante concepción en los que viven bajo el régimen unitario. El estado moderno ofrece en la actualidad el carácter de un poderoso organismo como que es la personificación misma de la nación. Este organismo es superior al de los diversos elementos que lo constituyen, ofrece una vida propia, se desarrolla en virtud de leyes que le son peculiares y tiende a realizar los más nobles ideales a que puede aspirar la humanidad, ideales dirigidos a obtener una mayor prosperidad y un más ámplio reinado de la justicia en los pueblos. Concentra dentro de sí las actividades de todo género que se desarrollan en las colectividades modernas y aspira a impulsar esas actividades en el sentido del bien común, sobreponiendo este interés así al de los individuos como al de las clases sociales, cualesquiera que sea la importancia que éstas tengan o pretendan tener. Ni mira el Estado fines más o menos próximos, sino que representa el trabajo de las generaciones pasadas y prepara el advenimiento de un porvenir mejor que el presente, es decir, que en forma verdaderamente real y positiva, el Estado moderno, por medio de su legislación, de la protección que presta a las artes, a las industrias, a la instrucción pública, al desenvolvimiento intelectual y material del país, liga los esfuerzos hechos en tiempos anteriores a los que se hacen hoy día para beneficiar a las generaciones que vengan.

Esta unidad orgánica del estado, en la época que alcanzamos, permite que él tenga una voluntad bien definida, diversa

de la voluntad de las provincias, departamentos o distritos particulares. Esta voluntad es la que se manifiesta en las elecciones que periódicamente se verifican para constituír las asambleas, parlamentos o congresos.

Es cierto que los miembros de las cámaras no son elegidos en un colegio único, sino que en todas partes se les nombra por distritos más o menos extensos; pero esta multiplicidad de colegios electorales no tiende sino a facilitar su elección. El colegio único daría lugar a dificultades casi insuperables en la práctica, especialmente a causa del considerable número de representantes porque habría que votar.

Se explica así que el principio de que el senador o diputado no representa a la provincia, departamento o distrito por donde ha sido elegido, sino a la nación toda, es un principio que esté incorporado en el derecho público de nuestra época, y ello a tal punto que se considera innecesario consignarlo en las constituciones. Como una excepción, se puede citar el caso de la constitución belga, que lo establece expresamente; pero hay que tener presente que esta constitución data de 1831, es decir, de una época en que aquel derecho se venía formando. Por lo que respecta al postulado de Rousseau de que la soberanía, esto es. la potestad que tiene un pueblo para dictarse sus leyes, no puede ser representada, no descansa en ningún fundamento serio y pugna con la realidad de las cosas. Se explica, sin embargo, que aquel genial filósofo discurriera en semejante forma, si se tiene presente que lo que se ofrecía a su vista era, por una parte, el gobierno directo de los cantones suizos y, por otra, un gobierno representativo bastante imperfecto, como el que existía entonces en Inglaterra.

No cabe negar en nuestra época la posibilidad de que una nación haga conocer su voluntad y, en consecuencia, la de que se halla capacitada para delegar el algunos ciudadanos el ejercicio de su soberanía. La instrucción se halla difundida en términos que la mayoría de ellos pueden formarse un concepto mas o menos claro de las necesidades que se hacen sentir en el respectivo país, y los ciudadanos que aspiran a representar lo voluntad general, están en condiciones de conocer esta voluntad y de interpretarla debidamente, mediante los poderosos

medios de acción, especialmente de las reuniones públicas, y de la prensa diaria, de que disponen las sociedades modernas y de que antes se carecía casi por completo. La experiencia de todos los pueblos nos está enseñando, por lo demás, que no es exacto el principio del filósofo ginebrino, pues en la generalidad de ellos se ha establecido la representación como sistema general de organización de los estados, sin que se vea desconocida o adulterada la voluntad general.

Con lo expuesto, entiendo haber demostrado que no cabe el mandato imperativo, en razón de que los senadores y diputados no son delegados de las provincias o departamentos por donde han sido elegidos, sino que representan a la nación tomada en conjunto.

Nada empequeñece más, por otra parte, el rol de los representantes del pueblo que el de considerarse prácticamente como mandatarios de sus electores, pues asumiendo semejante carácter se desentienden con frecuencia de los intereses generales, para ocuparse en servir necesidades locales, cuando no sus intereses electorales.

Comprendo que el senador y el diputado miren con especial atención a la provincia o al departamento por donde han sido elegidos. Interviene en ello un sentimiento de gratitud que es respetable. Se explica además esta actividad que gastan particularmente los diputados en beneficio del respectivo departamento, a causa de la centralización excesiva que domina en nuestra administración pública, en virtud de la cual no se repara ningún edificio fiscal, no se atiende ningún servicio, no se satisface ninguna necesidad local, por urgente que sea, si no se imparte la orden de la capital.

Pero aun acogiendo la verdad de estos razonamientos, siempre subsiste un hecho censurable: es el de que los representantes no establezcan la proporción que corresponda entre la atención que deben prestar a los intereses generales de la nación y la que pueden prestar a los intereses particulares del departamento, desentendiéndose en cierto modo de aquellos para ocuparse en servir casi exclusivamente estos últimos, es decir, convirtiéndose en diputados del pueblo tal o cual, de la

aldea o del campanario, a la manera que lo hacian los procuradores de las antiguas ciudades españolas.

No, el representante del pueblo no es hoy un procurador o un mandatario: es un funcionario de la nación, elegido por ésta, no sólo por ejercer el mas alto atributo de la soberanía, cual es la formación de la ley, sino para cumplir deberes sagrados. El Derecho Público de nuestros dias no concibe ciudadanos que admitan un cargo representativo como si fuera un simple honor. Establece que, así como el lector está obligado a depositar su sufragio en la urna, el senador, el diputado, el municipal, deben al servicio público su intelijencia, su saber, todo el esfuerzo de que sean capaces, de modo que aquel que no se halla en condiciones de cumplir con este deber hará bien en no ofrecerse para representar la voluntad nacional. Es por lo tanto inaceptable que los diputados de la minoría pretendan que no están obligados a dar número para que sesionen las cámaras.

Pero si el mandato imperativo no adopta en nuestra época la forma que tuvo en tiempos anteriores, no hay duda de que tiende a revestir otra no menos interesante ni menos digna de estudio. En esta nueva forma no son los electores de la provincia o del departamento respectivo quienes se considerarían autorizados para dar órdenes e instrucciones a los elegidos sobre el modo como deben de opinar y votar, si no que es el partido a que ellos pertenecen quien se arrogaría tal derecho, siendo de advertir que se entiende que este partido puede ser representado para el efecto por directorios o juntas compuestas las mas de las veces de un reducido número de personas.

Obsérvase facilmente que entendido de este modo el lazo que une al representante con la colectividad política de que forma parte, se destruye la base misma del sistema representativo, que consiste, como es sabido, en reconocer al representante libertad para opinar y votar conforme al concepto que forme del interés de la nación. Precisamente el reconocimiento de esta libertad ha servido de fundamento a todas las constituciones para que consignen el principio de que el senador y el

diputado son inviolables por las opiniones que manifiesten y votos que emitan en el desempeño de su cargo.

No puede negarse que al representante, en cuanto miembro de un partido, incumbe el deber de coadyuvar a la realización de los ideales de este partido, por cuanto ha aceptado su programa y así lo habrá prometido durante el período de su-elección. Tampoco puede negarse que para el buen funciona miento del sistema parlamentario que rije entre nosotros es indispensable que existan partidos bieu organizados. Pero de ahí a pretender que el representante esté obligado a dirigir su conducta, ya no en vista de las ideas y aspiraciones generales que prometió servir, sino en vista de las órdenes que se le den en cada caso particular, existe una diferencia que parece innecesario señalar.

Cualquiera que sea la posición que ocupemos, todos estamos conformes en que debemos ceñir nuestra conducta a ciertas normas generales en beneficio de la comunidad y en beneficio de nosotros mismos. Nadie sin embargo, podrá consentir a este título en despojarse de su razón para confiar al ajeno arbitrio la dirección de sus actos. Semejante manera de proceder importa la abdicación de un derecho que ninguna persona puede sacrificar, un derecho en cuya existencia todos estamos igualmente interesados: el de obrar conforme a los dictados de nuestra conciencia.

Ni debe olvidarse que, aún cuando de carácter moral, hay una responsabilidad que contrae el representante ante la nación, cuando acepta el cargo de tal, y que el sentimiento de esta responsabilidad le impone obligaciones que no puede hacer descansar sobre otros hombros.

Si, por otra parte, fuera admisible esta estrecha tutela de los partidos, sería innecesario buscar personalidades mas o ménos ilustradas y competentes para que formen parte de las cámaras o de las municipalidades. Bastaría hacer el trabajo legislativo y estudiar las orientaciones políticas que convenga adoptar en el secreto de las salas, en que celebran sus reuniones las juntas directivas y tener en aquellas corporaciones individuos mediocres o insignificantes dispuestos a obedecer las órdenes que se les impartan. Se vé que por este camino se llegaría facilmente

a tener cámaras en que no se discutiría sino que se iría a votar, lo que significaría en realidad la muerte del sistema parlamentario.

Así, pues, el verdadero concepto de la función representativa en Derecho Público no puede ser otro que el de esta función supone la independencia del representante con respecto a sus electores, a diferencia de lo que ocurre con el mandato en derecho privado, y que, sin perjuicio de propender al mantenimiento de partidos bien organizados, sirviendo los propósitos generales de estos partidos, el representante no puede ser obligado a sacrificar, en la conducta diaria, su libertad de opinar y votar conforme a su conciencia.

ALCIBIADES ROLDAN.

HERMANOS EN CRISTO

(A Carmen Lira, interpretando el aguafuerte de Carlos Alberto Castellanos).

Y el viejo Fauno se acercó al Santo. En sus ojos de ágata, brillaba una llamita de desconfianza; pero Francisco le dijo: «¡No temas, hermano; ni al lobo, ni al oso, ni a la sierpe silbante, puedo hacerles daño! ¡Mírame, hermano, mírame el costado; esta herida que ves es la marca de amor! Mira las heridas de mis manos; mira las de mis pies, hermano Fauno!»

Y el Fauno le dijo: «Muchas veces te ví por el bosque orándole al Cristo; predicando bondad al viento de la tempestad, o hablando de Dios con tus pajarillos: y ví cómo la tórtola venía a posar sus patitas rojas en tus hombros, y el ciervo a lamer tus manos, y el gato montés a restregar su pelo mojado en la estameña de tu hábito pardo! ¡Tú eres un hombre extraordinario! ¡Hasta creí por momentos que eras de mi antigua raza! Como te acercaste sin miedo, y como has dejado en el tronco de la encina vieja, la mitad de tu miel para mi alimento, te tomé confianza. ¡Hombre extraordinario! y como me llamas y me hablas en tu bella lengua que yo entiendo, a ti vengo!»

San Francisco le dijo: «La paz sea entre nosotros, hermano! Acércate y óyeme! ¡No seas huraño! El sol que nos alumbra desde el cielo, y la flor que se mece sobre su débil tallo, tienen un mismo Creador; y desde la lumbre del sol hasta la fragancia de la flor silvestre, son un himno al Señor de todas las cosas! Porque el Señor es la alegría del Universo; y no hay lugar en la tierra donde pueda posar mis pies, que no sea lugar sagrado! Todo tiene un espíritu hermano del nuestro! Y el que le adora es hermano de todas las cosas, sin distinción de especies; y es humilde, como el agua hermana, y alegre como la alondra hermana!

Hermano Fauno: no chafes las rosas en tus carreras lujuriosas. Tú le das dolor, y las rosas sienten y aman y son hijas de nuestro Señor!

Hermano Fauno: guarda tu arco certero; yo he visto cómo hería tu flecha el cuello gracioso de la gacela y cómo teñía con sangre el claro arroyuelo! Y he visto al pato, atravesado al vuelo por tu flecha, caer al estanque, como una flor blanca desprendida del manto azul del cielo!

Hermano Fauno: Te he visto danzar las noches enteras, al son de la flauta, en la ronda de las ninfas desnudas y de los sátiros ebrios de vino rojo, cuando sopla el viento tibio y azul de primavera! Hermano: y nunca te he visto arrodillarte, ni cruzar tus brazos, ni mover tus labios para darle gracias al Creador!»

El Fauno le dijo: «Hombre extraordinario, ¿quién es tu Dios? Porque he visto que oías a Cristo y predicas el amor y la alegría: y los cristianos no son como tú. Hombre extraordinario! Los cristianos persiguen en nombre de Cristo y son malos y fieros como los bárbaros que no conocen la belleza; en la selva patria donde vivían nuestros amados Dioses, entraron a sangre y fuego, y en vez del tirso florido traían la cruz sangrienta ¡y en vez de la alegría la tristeza! ¡Pan, nuestro Dios Pan, huyó desde entonces de su selva sagrada y como su siringa tenía los siete carrizos de las siete notas, se perdió para siempre la armonía sagrada! ¡Ya no más a la luz de la luna, en el rito de Flora, cuando vuelve el germen fecundo de la vida a despertar el amor en el seno de todas las cosas, se oirá flotando en la brisa la sagrada armonía de Pan! ¡Los hombres olvidaron la verdadera alegría! La alegría que los tornaba hijos de los Dioses y hermanos de la Naturaleza! ¡Hombre extraordinario, tu Dios es grande; pero, escúchame tocar mi flauta y dirás si no es más grande que Pan!»

El Fauno arrancó de la caña una extraña música melodiosa que encantó al bosque; los botones se abrieron en las ramas, y entre las altas yerbas los ciervos de ojos dulces, balaron de amor y hasta los lobos se pusieron a bailar cogiéndose la cola. ¡Pero aquella melodía tenía un dejo melancólico como la secreta tristeza del viejo Fauno desterrado; sin patria y sin Dio-

ses! Francisco, le escuchó sonriente y luego le dijo: «Hermano Fauno, dame tu flauta! El Fauno le dió la flauta, que sólo podían tocar los labios expertos en gustar las mieles de los besos. Francisco tomó la flauta de caña y tocó. ¡Y dió la flauta panida las siete simbólicas notas del Dios! Entonces danzaron los machos cabríos, sobre la tierra florida, milagrosamente, de asfodelos; los laureles dieron ramos nuevos; se oyeron las risas de las ninfas y en las aguas las náyades se levantaron retorciendo sus largas cabelleras verdes; y pasó un tropel de centauros coronados de pámpanos!

El Santo de Asís, tocaba sentado en la roca y el Fauno le dijo: «¡Tú eres Pan!» Francisco dejó la flauta y le dijo: «¡Hermano Fauno, tú lo has visto... de todos los seres soy hermano en Cristo!» ¡Y se alejó sonriendo por el sendero que llevaba al próximo convento.

CARLOS LUIS SAENZ

Heredia, VII-21-922.

SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Gastos militares y reducción de los armamentos

Estas cuestiones están a la orden del día, diariamente son tratadas por la prensa de ambos mundos. Parece interesante dar aquí datos precisos que, muy a menudo, hacen falta en los artículos de escritores de todos los partidos.

En las dos primeras Asambleas de la Sociedad de las Naciones recomendaron a los Miembros de la Sociedad, que se comprometieran, bajo reserva de ciertas condiciones, a «que no sobrepasaran, en el curso de los dos próximos años financieros, la suma total de sus gastos militares, navales y aéreos, calculados en el presupuesto del presente año».

He aquí por orden alfabético y sin comentarios, las respuestas dadas hasta ahora a esta recomendación:

Africa del Sud.—21 de Abril de 1921. El Gobierno Sud-Africano ha juzgado necesario reducir de 33% a 30% los gastos de defensa nacionales para el año financiero de 1922-1923 comparativamente con los gastos del presupuesto del año precedente. Es improbable que los cálculos presupuestados para los 12 meses que se terminarán el 3 de Marzo de 1924 sobrepasen estas valuaciones.

Australia.—14 de Junio de 1921. La Australia está enteramente de acuerdo con el espíritu del voto adoptado por la Asamblea de la Sociedad de las Naciones, tomando en cuenta las reservas contenidas en ese voto.

Austria.—La situación naval, militar y aérea del Austria está fijada por el Tratado de San Germán.

Bélgica.—21 de Abril de 1920. La Bélgica se conforma con el voto adoptado por la Asamblea.

28 de Enero de 1922.—La Bélgica confirma su respuesta de 1921.

Bolivia.—Junio de 1921. Bolivia ha reducido en 30% los gastos militares de su presupuesto anual.

Brasil.—19 de Abril de 1921. El Brasil declara que no puede adoptar el voto de la Asamblea relativo a la reducción del presupuesto militar.

Bulgaria.—Su efectivo está fijado por el Tratado de Paz, pero el aumento de 500 millones de levas (levas moneda búlgara) en 1922-1923 en proporción con 1912, es debido al sistema de voluntariado impuesto por dicho tratado.

Canadá.—27 de Mayo de 1921. En perfecta harmonía con el espíritu de la recomendación, ha efectuado una seria reducción sobre el conjunto de los gastos y espera poder hacer más durante los dos años siguientes, tomando en cuenta, sin embargo, las reservas de la recomendación.

Chile.—10 de Junio de 1921. No entra en sus intenciones hacer aumentos en sus gastos militares y navales durante los dos años próximos, dejando entendido que, de ningún modo, esto indique de su parte un compromiso.

China.—11 de Mayo de 1921. China decide acceder a la recomendación, a cuyo espíritu dá su consentimiento sin reservas.

Colombia.—21 de Junio de 1922. Los gastos militares han sido reducidos en el espacio de un año aproximadamente en 2 000 000 de libras (más o menos en un 20%).

Dinamarca.—4 de Mayo de 1921. Es inverosímil que se produzca en Dinamarca un aumento de sus gastos, durante los dos años fiscales que seguirán al próximo presupuesto.

España.—30 de Mayo de 1921. España no cree que el procedimiento propuesto sea el más adecuado para alcanzar el fin deseado. El presupuesto no es el reflejo exacto del poder militar de un país.

Finlandia.—26 de Abril de 1921. La Finlandia siente, dadas sus circunstancias especiales, no poder tomar compromisos; aunque la proporción de los gastos militares, en relación con los gastos totales del Estado, disminuye de 22% en 1919, a 15% en 1921.

10 de Julio de 1922. Confirma su respuesta de 1921.

Francia.—20 de Abril de 1921. El Gobierno francés estima que no le será posible tomar el compromiso previsto por el voto de la Asamblea, que sus representantes de Génova no habían votado. Pero se esfuerza en reducir sus armamentos en el límite compatible con las exigencias de sus obligaciones internacionales y de su seguridad nacional.

22 de Mayo de 1922. El conjunto de los créditos abiertos al Departamento de la Guerra ha sido reducido sucesivamente de 6 millones que era en 1920 a 5 400 000 en 1921, y 4 500 000 en 1922 o, sea en total, en un cuarto. En las mismas condiciones, el presupuesto de la Marina ha bajado de 900 millones en 1921 a 797 en 1922.

Gran Bretaña.—2 de Junio de 1921. Enteramente conforme con el espíritu del voto. La Gran Bretaña ya ha efectuado reducciones considerables y espera poder hacer nuevas en el porvenir, bajo las reservas de la recomendación y quedando entendido que esta línea de conducta podría ser modificada, si el voto no fuera adoptado por otras potencias.

21 de Marzo de 1922.--Las nuevas economías mencionadas como probables, han sido efectuadas.

Grecia. —27 de Julio de 1921. La Grecia declara que le es imposible conformarse al voto, dadas las actuales circunstancias.

10 de Abril de 1922.—El Gobierno Helénico contesta que le es imposible prever cuales serán los gastos del Ministerio de Guerra en los años 1922-1923, visto el estado de guerra con Turquía.

Guatemala.—21 de Abril de 1922. Guatemala está dispuesta a aceptar la recomendación.

India.—17 de Junio 1922. Atendiendo sobre todo a los gastos anormales causados por las operaciones de la frontera, la cifra verdadera para 1921-1922 ha sido de 650 100 000 rupias y el Gobierno de la India estudia la posibilidad de efectuar reducciones en sus gastos generales, comprendiendo en ellos los gastos militares.

Italia.—Mayo 26 de 1921. La Italia se adhiere al voto de la Asamblea, bajo la condición de compromisos análogos de

todos los miembros de los otros países y salvo algunas reservas en el punto de vista de los gastos navales.

Junio 22 de 1922.—Confirma su respuesta de 1921.

Japón.—Abril 26 de 1921.—El Japón estima que no es oportuno dar curso al voto expresado por la Asamblea antes que sean establecidos los planes de desarme perseguidos por el Consejo de la Sociedad.

Julio 10 de 1922.—El presupuesto total militar, naval y aéreo de 1921 presenta una disminución en comparación con el de 1921.

Letonia.—Abril 29 de 1922. La Letonia se declara enteramente conforme con el espíritu del voto; los gastos militares se elevaban en 1920 al 27% de los gastos totales; en 1921 al 16% y en 1922 al 14%.

Noruega.—Mayo 12 de 1921. La Noruega declara que, en vista del valor reducido de la moneda, el presupuesto del próximo ejercicio es en realidad inferior a los votados antes de la guerra. Respecto a lo que concierne a los gastos totales militares, navales y aéreos, le parece muy difícil al Gobierno en las actuales circunstancias, dar una seguridad formal de no sobrepasar durante los dos años siguientes, las cifras de 1921-1922.

Julio 26 de 1922.—El presupuesto de la Armada para 1922-1923 ha sido reducido en 829,540 coronas sobre el de 1921-1922. El de la Marina, en 787,945. Los gastos aéreos de la Armada y de la Marina están incluídos en los presupuestos respectivos.

Nueva Zelandia.—Junio 20 de 1921. La Nueva Zelandia se asocia a los votos expuestos en la carta de Junio 9 de 1921 del Gobierno británico.

Países Bajos.—Mayo 17 de 1921. Este país está dispuesto a tomar en cuenta el voto, bajo la reserva de que los otros miembros hagan una declaración semejante, que los aumentos debidos a la alza de los precios, etc., no sean considerados como en contradición con el compromiso y que se tenga en cuenta ciertas circunstancias excepcionales.

Julio 25 de 1922.—Los gastos militares y navales de 1922 están disminuídos en 6 millones de florines en comparación con los de 1921.

Perú.—Junio 1.º de 1922. Presupuesto de guerra en 1922: 900,000 libras peruanas y en 1921, un millón.

Polonia.—Julio 13 de 1921. En vista de la presente situación internacional y la vecindad inmediata de Estados que no forman parte de la Sociedad de las Naciones y cuya adhesión a las ideas e intenciones de la Sociedad está lejos de ser segura, la Polonia no se cree aún en estado de contestar como quisiera.

Junio 26 de 1922. Hace no obstante, todos los esfuerzos posibles a fin de limitar su presupuesto militar. Los gastos militares estaban valuados en 1920 en 122 400 000 pesos. En 1921 en 60 327 696, por lo tanto una reducción de 48%. En 1922 60 000 000 de pesos de reducción de 15% solamente por causa del cambio, porque según las previsiones del presupuesto debía haber sido de 50%.

Rumania.—Julio 1.º de 1922. La Rumania ha hecho esfuerzos incesantes estos últimos tiempos a fin de reducir sus efectivos y sus cargas militares. Si las previsiones calculadas acusan aumentos, provienen únicamente de la carestía creciente de la vida y de la depreciación de la moneda.

Estado Serbio-Croata-Slovenia.—Abril 30 de 1921. Siente no poder dar aún una contestación en vista de la situación internacional.

Julio 31 de 1922.—Deseosa de responder a los deseos de la Asamblea, se esfuerza constantemente en reducir los gastos militares. navales y aéreos, apesar de las circunstancias políticas, técnicas y financieras desfavorables.

Suecia.—Marzo 20 de 1922. La encuesta concerniente a la organización futura de la defensa nacional, no está concluída aún. Ella llegará, sin embargo, a una proposición tendiente a reglamentar los gastos militares que ya han sido reducidos en proporciones considerables para el año 1921.

Suiza.—Septiembre 14 de 1921. Siendo anormal el presupuesto del año 1921, le es imposible al Gobierno federal establecer el presupuesto militar para los años 1922-1923, sobre esos cálculos excepcionales.

Julio 18 de 1922.—A ménos de sucesos políticos imprevistos, y mientras que los otros Estados, miembros de la Sociedad, hagan lo mismo, la Suiza estima que puede comprometerse a

no sobrepasar, durante los años 1923-1924, el monto de los gastos militares de 1922.

Tcheco-Slovaquia.—Agosto 28 de 1921. Acepta con agrado la limitación de los gastos navales, militares y aéreos durante los dos años fiscales que seguirán al próximo ejercicio del presupuesto.

Junio 15 de 1922.--Explica las bases de los aumentos que han tenido lugar en 1921 y 1922 como debidos al alza de los mercados. Las cifras absolutas de los gastos acusan, sin embargo, una baja considerable.

Diecinueve Estados no han contestado aún, salvo error y son por orden alfabético Albania, Argentina, Costa Rica, Cuba, Estonia, Haití, Honduras, Liberia, Lituania, Luxemburgo, Nicaragua, Salvador, Siam, Uruguay, Venezuela. Para completar el cuadro hay que agregar que faltan también, por otras causas, las respuestas de Alemania, Rusia y Estados Unidos.

En cuanto a la Convención de San Germán, relativa a la fabricación privada de armas, acaba de torpedearla Estados Unidos rehusando adherirse.

Price Hùbert

NOTAS Y DOCUMENTOS

Unamuno juzgado por Giovanni Papini.—Miguel de Unamuno no es el primero que ha estudiado a Don Quijote. Recuerdo haber leído, entre otros, un ensayo de Turghenief, en el que el héroe manchego comparábase al conocidísimo príncipe de Dinamarca que sirvió de vocero al alma del gran Will.

El libro de Cervantes, como todos los libros verdaderamente profundos—como, por ejemplo, la «Odisea», las «Mil y una Noches» y los «Viajes de Gulliver»—puede darse a los niños para entretenimiento y puede servir como texto a un filósofo, para una teoría acerca de la vida. Está en él, la corteza, el sentido literal, que agrada al gusto de los niños de diez años y a los doctos de sesenta, y está en él el germen, la «substantifique moëlle», que cita Rabelais, y que tan solo los hombres suficientemente grandes, para no sentir contrariedad por bromas y absurdidades, pueden sorber hasta el fin. ¡Cuánta sabiduría existe para quien la supiera buscar, en la literatura popular burlesca de todos los países y de todos los siglos! Tras las facecias, los chistes graciosos, hallas a menudo la sátira exacta; al final de aventuras inverosímiles, una crítica de la realidad; en medio de la locura más escandalosa, das con la revelación imprevista de alguna verdad paradojal más exacta que muchas sentencias ratificadas por los autorizados. Podríase construír la filosofía de los espíritus sencillos, de los pobres de espíritu y de los demasiado listos, que no tendría de qué avergonzarse en la comparación con la de los laureados. Francia nos daría su inmortal Monsieur de la Palisse, su Jocrisse, su Bobèche y el infeliz Prudhomme; Alemania el aventurero Simplicissimus, el valiente barón de Munchhausen y ese sucio burlón que es Till Eulenspiegel; Inglaterra el capitán Gulliver y Tristán Shandy; Turquía su loco nacional Nasr Eddin e Italia no quedaría a la zaga con su Bertoldo, su motejador Piovano Arlotto y con esos viejos «arcatori» (bribones) que se nombraron Gonnella y Basso della Penna.

España exhibirá a Don Quijote con su fiel amigo y escudero Sancho, y bastaría ampliamente para su gloria. Don Quijote

no es ya, tan solamente, el personaje de una novela, la feliz invención de un encarcelado genial. Pertenece, como Ulises; como Farinata, como Hamlet, como Gulliver, como Fausto, como Don Abbondio, a esa raza humana que no tiene descripción en ningún manual de antropología, pero es más vital que los otros cinco, tanto que sus ciudadanos han podido esperar la inmortalidad. Estos seres que nunca fueron de carne tienen un alma en la nuestra, tienen hasta un cuerpo en nuestra fantasía; conocemos sus hábitos y aptitudes; conocemos sus pensamientos, sus gustos, y adivinamos lo que harían y dirían en circunstancias dadas. Encarnan, gracias al soplo divino que dió a ellos el arte de sus padres, un lado, un carácter, un aspecto de la humanidad. Son tipos eternos, ideas platónicas; protagonistas del drama espiritual, y por eso más «verdaderos» que los hombres que nos pasan al lado y que poseen su ficha individual en los registros del censo.

Si consideramos al libro de Cervantes literalmente, hallaremos una sátira literaria, una novela picaresca de primer orden, entretejida de cuentos, pero si arrancando de esta comprobación empírica sabemos introducirnos en los subterráneos de la obra e ir más allá—acaso—de las intenciones del autor, descubriremos bajo esas historias risibles, bajo esas chanzas irónicas y esas absurdas conversaciones, una de las más poderosas visiones de la tragedia humana. Desde hace casi un siglo la alta crítica cervantina se ejercita en este sentido, y más de un ilustre exégeta de significados espirituales ha creído poder poner dique a las interpretaciones. Quien hiciera el relator de la humanidad podría actualmente compilar ya para Don Quijote un libro semejante al que Lichtenberg consagró a los múltiples hallazgos relativos al Fausto goethiano. Hemos visto un Don Quijote símbolo del espíritu y un Sancho Panza símbolo de la materia; un Don Quijote expresión de la aristocracia idealista y un Sancho Panza representante de la plebe positivista; un Don Quijote símbolo del optimismo heroico y un Sancho Panza encarnación del pesimismo desilusionado. Se ha visto en el discurso del caballero a los cabreros un manifiesto comunista y en las justificaciones de Roque Guinart, un pre-anuncio del anarquismo; los molinos de viento se han vuelto la pre-representación de las máquinas modernas destinadas a aterrar la medioeval civilización de la caballería; y la rústica Dulcinea del Toboso, mondadora de granos, ha aparecido como una cruel parodia de las vírgenes de las cortes de amor, cual la victoria de la sensualidad verista sobre el madrigalismo platónico de la lírica provenzal y del «dolce stil nuovo» ya en boga—merced al Petrarca—en la península occidental.

Todas estas interpretaciones—y otras más que no nombro—son, aunque diferentes entre sí, todas verdaderas. Verdaderas, se comprende, de aquella verdad que no puede ser medida con el metro de la lógica y demostrada mediante teoremas. Una creación artística vital y resistente como Don Quijote puede ser tan infinita cuan eterna es. Cada espíritu puede enriquecerla con algo propio sin deformarla, puede hacerle hablar sus mismas palabras y hallará siempre textos que refuercen y vigoricen con pruebas la propia intuición. Siendo literalmente viva, puede transmutarse de mil guisas, como todo lo que vive; existiendo, sin duda, en Don Quijote, como en la tierra y en el cielo de Shakespeare, muchas cosas que no ha alcanzado aún nuestra filosofía.

El último es, según mi parecer, el más afortunado y profundo entre todos los exégetas de Don Quijote: Miguel de Unamuno.

Este hombre es el único entre sus conterráneos contemporáneos que haya podido atravesar con su fama el Mediterráneo y el solo que haya levantado cierto rumor en Italia.

Unamuno nació en 1864 en Bilbao—Vasconia—y comenzó a escribir desde muy temprano. Su «Vida de Don Quijote y Sancho Panza»—que se halla traducida amorosamente al italiano por Gilberto Beccari—es la más célebre y la mas significativa entre sus quince obras. Este rector de la Universidad de Salamanca es, todo a la vez: poeta lírico y trágico, ensayista múltiple, sociólogo de fibra y filósofo sin miedo. Dejando de lado la literatura pura, es el espíritu más representativo de la España de nuestros días. Es para su país algo semejante a lo que fueron Carlyle para Inglaterra y Fichte para Alemania. Su actividad de apóstol espirital, que comenzó a desplegarse después de las amarguras y los desalientos de las derrotas causadas por los norteamericanos, tiene de hecho alguna relación con la de los dos animadores teutónicos. Trata él, como Fichte, de volver a elevar, mediante una fuerte disciplina mental, sacada de las tradiciones más intactas de la pasada vida ibérica, los ánimos debilitados de sus conciudadanos, y válese como Carlyle de la ficción y de la lírica, porque su pueblo, que no tuvo filosofía propia y que desde tan luengo tiempo está fuera de las mayores corrientes europeas, vuelve a hallar en el idealismo moderno nuevas razones de vida más intensa y de grandeza más pura.

Este comentario a la obra maestra de su literatura es el más animoso mensaje de su apostolado nacional. Don Quijote ha sido resucitado en una atmósfera de espiritualidad, en un mundo de conceptos típicos y místicos; pero entrambos, atmósfera y mundo, son rígidamente españoles; más, vascos si queremos

y tanto como castellanos. En este libro existe un Don Quijote ideal, idealizado, transfigurado, que guarda con el de Cervantes la sola concordancia de las acciones exteriores; pero semejante vivificación que lo magnifica no está hecha por un filósofo extranjero y cosmopolita que ve en el santo caballero solamente ideas abstractas y universales, creadas para toda época, para todo país y para todo cerebro, pero sí por un poeta filósofo-místico español, nacido en la misma tierra de su héroe, cristiano como él, loco como él, y que vislumbra en la esencia del quijotismo la verdadera puerta maestra para entrar en el alma misma de su patria. Por ello esta obra no es tan sólo el comentario apasionado de una obra maestra, sino es al mismo tiempo un ensayo de psicología de la raza española, en uno de sus más sublimes momentos.

Unamuno no ve a su Don Quijote tan solitario como puede imaginarlo un extraño. No es un loco, no es un anormal, no es un segregado. Como todos los biógrafos, también Unamuno parangona su héroe con otros héroes; y éstos llámanse el Cid, Santa Teresa, Pizarro, Ignacio de Loyola, sobre todo Ignacio de Loyola.

No hay que asombrarse de estos acercamientos. Unamuno se atreve con otros más tremendos; pone al caballero de la triste figura al lado de la sombra del Crucifijo, y más de una vez nos muestra de qué medios estupefacientes valiérase el loco hidalgo para realizar, mejor que muchos cristianos, las enseñanzas de Jesús...

Pero el mellizo espiritual de Don Quijote es, para Unamuno el creador de la Compañía de Jesús, el caballero errante de la fé, el antiguo soldado del mundo, que quiso volverse—lográndolo—capitán de almas. En esto el Don Quijote de Unamuno es profundo, pues no es monocorde, no tiene un carácter sólo, no personifica una idea fija. El vasco trata al manchego como a una auténtica personalidad histórica, como a un santo laico, del que Cervantes hubiese sido el único e imperfecto evangelista. Por eso no reduce su figura a un esquema unitario, quitándole y despedazandole el cuerpo que el arte le ciñera, sino que, al contrario, no satisfecho de lo que el libro da, añade en lugar de quitar, allí donde el viejo historiador calló o no dijo lo suficiente. Presa total de Don Quijote. Unamuno no habla de Cervantes sino para reprocharle indirectamente el no haber comprendido a su héroe. El veterano de Lepanto es para él un intermediario necesario, y tan sólo por esto lo tolera.

El moderno biógrafo, a pesar de seguir fielmente capítulo por capítulo al biógrafo antiguo, nos presenta una vida mucho más complicada y completa que la que le sirve de texto y de

cartabón; nos da la vida externa, explicada, justificada e ilustrada por lo interior.

Don Quijote es para Unamuno el espíritu humano que se acrecienta y ensancha en la locura, en el abandono al propio destino, en la búsqueda de la gloria y de la grandeza, y es, al mismo tiempo, el símbolo vivo de su raza, el sucesor y el compañero de aquellos idealistas valerosos y pugnaces y de aquellos cristianos místicos y enamorados, que constituyeron, en el pasado, la más verdadera nobleza de España.

Existe un pasaje en el comentario de Unamuno que ilumina singularmente esta repetida identidad. Narra, repitiendo a Cervantes, la manera cómo nuestro caballero, habiendo dado con algunos mercaderes toledanos, se plantara ante ellos, queriendo que atestiguaran que no existía en todo el mundo mujer más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.

«Es ésta—comenta Unamuno—una de las más quijotescas aventurás de Don Quijote, es decir, una de aquellas que elevan más alto el corazón de los redimidos por su locura. Esta vez Don Quijote no busca contienda para defender a un necesitado o enderezar un entuerto o reparar una injusticia, pero sí en defensa y conquista del reino de la fé. Quería hacer confesar a aquellos hombres, cuyos corazones mercantilizados veín solamente el reino material de las riquezas, que existe un reinado espiritual, redimiéndolos así a todas costas.

«Los mercaderes no se dieron por vencidos a las primeras, y, reacios a los discursos, acostumbrados a lo ambiguo, estiraron la confesión, aduciendo como disculpa el no conocer a Dulcinea». Y aquí Don Quijote monta en quijotismo y exclama: «Si yo os la hiciera ver, ¿qué mérito habría en confesar una verdad tan manifiesta? Lo importante es que, sin verla, creáis; confeséis, juréis y sostengáis. ¡Admirable Caballero de la Fe! ¡Cuán profundo es el sentido de tus palabras! Fuiste de tu pueblo—del pueblo español—que bien alcanzó lejanías con la espada en la diestra y en la siniestra la cruz, para hacer confesar a desconocidas gentes un credo que ignoraban. Sólo que alguna vez equivocóse de mano, levantó la espada y golpeó con el crucifijo». No podríase mejor, en pocas palabras, exaltar el verdadero carácter del héroe creyente y—al mismo tiempo—disculpar la ignorancia religiosa de los españoles y los horrores de sus conquistas de allende los océanos

Mas, si comenzara a citar páginas, correría el riesgo de no detenerme más: podría citar medio libro. Cada capítulo está enriquecido por sorpresas exegéticas, por descubrimientos imprevistos, agudezas ranozables, comparaciones singulares y no usuales pensamientos.

Todos aquellos que quieran entender mejor al eterno Don Quijote y quieran acrecentar su amor para la infeliz y desconocida España, deben volver a ella, siguiendo la voz de este Unamuno, que está entre los más austeros despertadores de espiritus que existen hoy en el mundo.

GIOVANNI PAPINI.

(Traducción de Atilio E. Caronno).

La banca Norte-Americana, Las Deudas Internacionales y La Opinión Pública.—En todas las naciones modernas en que florece la industria y se desarrolla poderosamente la complicada e intensa vida económica, la clase bancaria es una de las mas representativas,mas poderosas y mas influyentes. Sin la cooperación de los bancos y sin un sistema de crédito altamente desarrollado, sería imposible el desenvolvimiento industrial y económico. De ahí, que la clase bancaria sea considerada en todas partes como la palanca más poderosa de la moderna industria y de la moderna economía; de ahí también que la opinión de los banqueros sea tan estimada y pese tanto en la balanza de la opinión pública. Si esto es cierto en todas las naciones cultas y progresivas del mundo, lo es mucho mas en los Estados Unidos. Ninguna otra nación, que sepamos, ha desarrollado con mayor amplitud, por su número y por la cuantía de sus recursos materiales, las instituciones bancarias, como los Estados Unidos. Si no mienten las estadísticas, existen mas bancos en el estado de Nueva York y cuentan con mas recursos financieros que bancos existen o en toda inglaterra o en toda Alemania; y eso que Alemania e Inglaterra son dos de las naciones europeas en que el sistema bancario y de crédito están mejor desarrollados. Tomando este hecho como base, el reproducir lo que piensan los banqueros, puede darnos un índice muy seguro de lo que piensa la nación, al ménos en las cuestiones tan importantes y fundamentales como son las económicas.

Recientemente se celebró una asamblea de banqueros que por el número y por la representación ha sido talvez la mas importante del mundo en lo que atañe a finanzas. Muchos periódicos calcularon el número de representantes en diez mil y los periódicos ménos propensos a exajerar dijeron que pasaban de nueve mil. Aunque hubo prominentes banqueros extranjeros, mas de nueve décimas partes fueron norte americanos. Podemos decir que todas las instituciones bancarias y de crédito de los Estados Unidos estuvieron bien representadas en dicha asamblea. Ahora bien, este grupo de hombres sagaces, prácticos y previsores, casi por unanimidad aceptaron el acuerdo de recomendar al Gobierno que presente un plan en

que se cancele en todo o en gran parte, las deudas de los aliados a los Estados Unidos, siempre que los aliados estén dispuestos a otorgarse mutualmente iguales concesiones y sobre todo, que todo ello se encamine a que la indemnización que haya de pagar Alemania sea mas moderada y mas factible su pago; añaden que este paso ayudaría a la reconstrucción económica mundial, a mejorar el intercambio y a establecer relaciones internacionales de comercio mas aceptables a los Estados Unidos.

Los periódicos mas sensatos, mas representativos, mas influyentes y de mayor circulación han acogido este acuerdo con agrado si no con entusiasmo. Esta opinión de los banqueros norte-americanos contrasta con la entrevista atribuída al Sr. Kipling, quién acusó a los Estados Unidos de nación utilitaria, egoísta y explotadora de los aliados. (Hemos dicho atribuída porque el Sr. Kipling ha repudiado rotundamente que hiciera tal declaración). Cuando uno tiene en cuenta que además de los diez mil millones de dólares que los aliados deben a los Estados Unidos, los Estados Unidos han contraído veinte mil millones de deuda y que estos treinta mil millones están devengando intereses hace ya algunos años, y el ciudadano norte-americano está pagando esos intereses, se puede apreciar mejor el altruismo, nobleza e hidalgúía de tal acuerdo.

Pero, ¿aceptará el gobierno el acuerdo de los banqueros? En otro artículo hablaremos de la contestación dada indirectamente por el señor Hoover. Aquí sólo vamos a relatar sintéticamente lo que el pueblo piensa.

Aunque ya hemos indicado que los periódicos mas representativos, de mayor circulación e influencia han acogido benévolamente este acuerdo, la opinión pública en general la ha recibido o con frialdad o con oposición, pero esto se debe en gran parte, si no exclusivamente, a los desaciertos cometidos por Europa. Vamos a enumerar algunos de ellos.

Primero, hasta el presente, excepción hecha de Inglaterra que en época pasada pagó cincuenta millones de dólares a cuenta de intereses devengados, ninguna de las naciones ha pagado un centavo de intereses hasta el presente, es decir, el pueblo norteamericano ha estado pagando por varios años los intereses de su propia deuda, mas la deuda de Europa a Norte América; y esto le resulta mas intolerable porque las naciones que deben a Norte América son las que están manteniendo una armada y un ejército mas poderosos. Si tienen dinero, dice el pueblo, para mantener armadas y ejércitos, ¿por qué no lo tienen para pagar sus deudas? Los periódicos enemigos de que se cancele la deuda europea, hacen mucho hincapié en este

hecho y ciertamente está causando profunda y desagradable sensación en el pueblo.

El segundo desacierto es todavía más importante. La opinión pública norte-americaua acogió con grande entusiasmo el discurso convincente acerca del desarme, del señor Hughes en la conferencia de Washington. Las indicaciones en que pedía una reducción de armamentos mucho mayor que la acordada fueron recibidas con verdadera alegría y satisfacción por la mayoría del pueblo norte americano. Contrarió mucho el que las naciones que más deben y que dicen que están menos capacitadas para pagar sus deudas, fueran las más reacias a admitir los acuerdos y que muchos de esos acuerdos tuvieron que modificarse para acceder a las exigencias de esas naciones. Esto fué un desencanto grandísimo para el pueblo norte americano y volvieron a preguntarse, si no tienen dinero para pagar, ¿por qué no aceptan con más gusto y entusiasmo el plan de desarme? ¿No implicaría esto grandísimas economías y por lo mismo tendrían mayores recursos para pagar sus deudas? Y como si esto no fuera suficiente, mientras los Estados Unidos aprobaron casi inmediatamente los acuerdos sobre el desarme y después siguió Inglaterra y más tarde el Japón, Italia y Francia, nada han hecho todavía sobre estos acuerdos. Es más: los periódicos nos dicen que Francia ni siquiera ha recomendado esos acuerdos para que puedan discutirse durante este año. Esto está produciendo un efecto sumamente desastroso.

Tercer hecho, todavía más repulsivo para el pueblo norte-americano. La mayoría de los ciudadanos norte-americanos se alegraron mucho al saber que Turquía saldría de Europa y que los Dardanelos quedarían libres para el comercio internacional. El pueblo norte-americano, aún aquella parte del pueblo que no quiere alianzas europeas, miran con agrado el que los Estados Unidos mantengan la independencia de los Dardanelos para el comercio internacional, y que el turco a ser posible, desaparezca de Europa, y que cuando menos que no se encuentre con libertad para atropellar a las minorías cristianas. El saber ahora que por desaveniencias entre las naciones aliadas y hasta por ayuda de algunas de las naciones aliadas, al ejército turco, este ha podido derrotar a Grecia y presentarse a las puertas de Constantinopla no sólo victorioso, sino también amenazador de la libertad de los Dardanelos, ha causado tremenda sensación. ¿Cómo perdonar a los aliados la deuda que nos deben cuando estos están ayudando al turco e imposibilitando, por sus ambiciones nacionales a que los Dardanelos sean de paso libre para el comercio mundial? Dejamos al juicio de nuestros lectores, si el pueblo norte-americano está en lo justo

o no. Sólo pedimos que imparcialmente pesen en la balanza de la justicia, los hechos de Europa y las razones de Norte América.

La autobiografía de la condesa Sofía Tolstoy.—Acaba de publicarse en Londres la versión inglesa de la autobiografía de la esposa del conde León Tolstoy, y de ella habla, en la *Revue des Deux Mondes*, Luis Gillet, que la considera como un alegato de la condesa, en defensa propia, en el proceso que ante el mundo, convertido en jurado, dejó abierto la conducta del autor de «Resurrección» en los últimos años de su vida. El crítico francés reconoce que la lectura del libro lo dejó desencantado. «Pocos detalles, escribe, pocos hechos nuevos; en todas partes un tono de inhibición y de dignidad picada. En todas partes reina la frialdad de una sensibilidad agotada. Nos informamos de que Tolstoy escribia con trabajo, que el parto, como él decía, era laborioso; borraba mucho y telegrafiaba para corregir una palabra: confieso que ese rasgo me conmueve en un hombre que afectaba un tan hermoso menosprecio por el oficio de autor. Más, en conjunto, nada más seco, más incoloro que esa pequeña obra de la condesa Tolstoy. Aun sobre la historia de su matrimonio, suceso capital en toda vida de mujer (es la historia del matrimonio de Kitty en «Ana Karenín») y que debía ser la gloria de la condesa Tolstoy, apenas si encontramos algunas palabras. Esperábamos un cuadro risueño de esos años felices, un relato del largo idilio de Yasnaia Poliana, lleno de obras inmortales y de cunas de niños, las impresiones encantadoras de la mañana de la vida, cuando no se hablaba todavía de tolstoismo y la joven señora era para todos su «Levotchka». La condesa podía hablar de esa época con orgullo: los discípulos de Tolstoy no tuvieron sino los restos; pero ya no recuerda nada. ¿Qué puede haber más triste?

La condesa no logra explicar cómo se desvaneció la felicidad de los primeros años de su matrimonio; sin embargo, Gillet se inclina a creer que desde las páginas iniciales de su libro, da la clave del problema. «Sofía Bers descendía de uno de los oficiales prusianos que la Gran Catalina llamó como instructores del ejército ruso. Su abuela era una Wulfert, y había sido enterrada en 1855 en el cementerio luterano de Petrogrado. Sofía Bers tenía, pues, tres cuartas partes de alemana con los méritos de las alemanas, y las virtudes de ternura y moralidad que fueron largo tiempo la gloria de las hijas de Alemania. Sólo que, para su desgracia, se casó con el «gran escritor de la tierra rusa», el alma más eslava, es decir, la más perturbada y la más inquieta, la naturaleza más débil y la más atormentada, el ser más inconstante y el más irritable, el más «mujer», en

una palabra, el más lleno de contradicciones que jamás haya aparecido en esa tierra de todos los excesos y de todas las locuras. El drama era inevitable. El conflicto, al principio inadvertido, iba a tornarse cada día más agudo, a medida que despertaba en el alma de Tolstoy el viejo genio del «bogatir», el demonio de la estepa y de la anárquía. La condesa echa la culpa del drama a los extraños, a los intrusos, y en particular a Vladimiro G. Tchertkof, a quien llama el «mal genio» de su marido.

Los términos en que la condesa cuenta los efectos del cambio que se produjo en su marido, valen la pena de ser conocidos: «Nada era capaz ya de satisfacer a León y tranquilizar su espíritu. Un humor negro, que rechazaba todas las formas de las religiones, negaba el progreso, la ciencia, el arte, la familia, condenaba todo lo que los hombres han adquirido con siglos de esfuerzos, hizo presa de él y lo ponía cada día más sombrío. Era como si su alma no hubiese podido ya ver en el mundo sino fealdad y sufrimiento, como si toda alegría, toda belleza, toda bondad hubiesen desaparecido de repente. A mí me era imposible vivir así, «estaba inquieta, tenía miedo, sufría; pero no podía con mis nueve hijos, girar como una veleta y seguir en todos sentidos el humor de mi marido. Su espíritu se me escapaba. Había en él, estaba segura de ello, el tormento de una búsqueda apasionada y sincera; en mi caso, no habría sido sino tonta imitación, y yo habría hecho verdaderamente mal a todos los míos. Además, en mi alma y conciencia, no tenía ningún deseo de repudiar la iglesia en donde había rezado cuando niña. Mi marido mismo, durante dos años, en los comienzos de la crísis, se había manifestado muy ortodoxo, observante meticuloso de todos los ayunos y fiestas. Entonces, toda la familia siguió su ejemplo. ¿Cuándo nos separamos? ¿Con qué motivo? No sé nada: Ya no me acuerdo».

No se habrán olvidado, porque se divulgaron por el mundo entero, los incidentes que los diez últimos años de la vida de Tolstoy, respecto de los cuales la condesa da en su autobiografía interesantes detalles, sobre todo en lo tocante a la conducta de Tchertkof y de Strachof, que querían a toda costa que Tolstoy les dejase sus papeles. Se recordará también que una fría noche de Noviembre de 1910, el conde se «fugó» de su casa, para llegar moribundo a Astapovo. La condesa acudió al lado de su marido; pero no la dejaron acercarse al lecho en que agonizaba. «Había en torno de su cama, escribe la condesa, una multitud de extraños y de indiferentes, y yo, su mujer, la compañera de su vida desde hacía cuarenta y ocho años, no pude entrar al cuarto en que se moría. La puerta estaba cerrada con llave, y cuando yo intentaba mirar por la ventana el rostro de

mi marido, una mano corrió la cortina. Dos enfermeros fueron destacados para sujetarme: me tenían tomada de los brazos y me impedían todo movimiento. Entre tanto, el moribundo llamaba a nuestra hija Tanija y le preguntaba por mí: creía que yo estaba en Yasnala Poliana. A cada pregunta, lloraba; tanto, que Tanija le dijo: no hablemos más de mamá; eso te agita demasiado Y él agregó, con voz ya más indistinta: ¡Pobre Sonia! La he hecho sufrir; hemos sido muy torpes. Nadie, a despecho de mis súplicas, quiso decirle que yo estaba tan cerca. No sé a quien atribuir esa nueva crueldad. Todo el mundo temía una emoción fuerte, que podría matarlo; era la opinión de los médicos. ¿Qué saben los médicos de eso? Quizás, besándome, dejándose cuidar por mí como estaba habituado, se habría salvado. En una de sus cartas me decía que temía mucho caer enfermo lejos de mí. Por fin, los médicos me dejaron acercarme cuando ya apenas respiraba, cuando ya no podía moverse, de espaldas, los ojos ya cerrados. Dulcemente, le murmuré ternezas al oído, quise hacerle comprender que todo el tiempo había estado yo en la estación de Astapovo, y que lo amaba y lo amaría siempre. No recuerdo ya qué más le dije; pero dos profundos suspiros, que parecieron costarle un esfuerzo prodigioso, salieron de su pecho como para responder a mi amor, y quedó de nuevo inmóvil para siempre».

Como dice muy bien Luis Gillet, nada puede agregarse a esa página, a ese coloquio misterioso, a esa fé augusta en el último suspiro. Ciertamente, Tolstoy fué débil, injusto, caprichoso, orgulloso y a veces cruel; lo fue a despecho de su corazón maravillosamente humano. Era un ruso, un niño grande. ¿Quién había pagado por saberlo, más que aquella a quien tanto hizo sufrir? Pero apenas se vieron, se perdonaron. ¿Seremos nosotros más severos que la que, a pesar de todo, lo amó hasta el fin? Creyó morir cuando se fugó y acudió a darle la caricia suprema. Al fin comprendió que no podía ser de ella todo entero, que había en él algo que se debía a la obra del Padre y quería mezclarse al genio del universo. Ella lo aceptó así y se contentó con su parte. ¿Qué no faltaría a Tolstoy y a su leyenda, sin esa racha profética que lo arrancó de su casa, como el pétalo errante de la flor de la estepa, y lo lanzó vagabundo para morir en los caminos, imagen de la inquietud de su raza y de la tempestad que iba a desarraigar la Rusia?»

ALPHA.

Fridtjof Nansen.—La terrible tragedia del Volga le ha traido tan al proscenio de la vida mundial, tantos vuelven hoy hacia él los ojos y el corazón, tal resonancia ha adquirido la voz de este gran limosnero de los hambrientos, y todos han oído

de él, sin conocer concretamente los hechos, que no será ocioso esbozar su perfil. Pocas veces presenta la vida un ejemplar tan acabado de humanidad, una existencia tan noblemente compartida entre el amor a la ciencia, el amor a lo desconocido y el amor al prógimo. Sabio, explorador y estadista, ¡qué vida admirable al servicio de los hombres! Y para coronarla, este ardor de misericordia, que nada desalienta, esta tranquila llama de caridad.

Fridtjof Nansen nació a mediados de Octubre de 1861, en Fröen, cerca de Cristianía. Su juventud aparece consagrada a estudios de zoología e histología. A los veintiseis años la Universidad de Cristianía le confiere el grado de doctor por su tesis sobre «La estructura y combinación de los elementos histológicos del sistema nervioso central», de que quizás tenga noticias nuestro Ramón y Cajal. Pero el confinamiento del laboratorio no podía contentar a un espíritu con la vocación del peligro y de los grandes espacios. En 1888 parte para su primera exploración en Groenlandia, el continente ártico que diez siglos antes descubriera otro noruego, Eric el Rojo. Un año pasa en aquellos desiertos de hielo, afrontando las más duras vicisitudes, y a él le debemos el libro más fidedigno sobre la vida y costumbres esquimales. A su vuelta a Cristianía la Universidad le nombra conservador del Museo Zootómico.

Pero de nuevo el ansia de las soledades desconocidas se apodera de él. Ya se ha concretado en su espíritu la teoría sobre las corrientes polares submarinas, según la cual los hielos derivan desde el estrecho de Behring y las cercanías de las islas de Nueva Siberia hacia la costa oriental de Groenlandia. Nace en él la idea de construír un barco de tipo nuevo, de tan poderosos costillares y construídos en tal forma que la presión de los hielos en lugar de aplastarlos levantará simplemente la nave. Si su teoría es exacta, el barco, inmovilizado en el banco de hielo al norte de la Siberia oriental, derivará con él hacia el Polo y descenderá, por último, hacia Noruega por la costa oeste de Spitzberg. Las autoridades sobre cuestiones árticas se oponen al proyecto, condenándole a un fracaso seguro; pero Nansen no se desanima, y el 24 de Junio de 1893 se hace a la mar de Cristianía, a bordo del Fram cuyo equipo ha planeado con una genial minuciosidad hasta en sus menores detalles, acompañado por doce hombres escogidos. Desde el comienzo, sus previsiones se realizan. A fines de Septiembre el «Adelante» está ya encallado sobre el banco de hielo, y empieza a derivar hacia el Norte. Más de tres años duró la expedición. El cuento de ellos constituye uno de los más hermosos poemas de la energía humana. Y aún hay algo más. El 14 de Marzo de 1895 Nansen, encontrando que el Fram comienza ya a derivar ha-

cia el Sur, se separa de él, acompañado solamente por Hjalmar Johansen, y hace rumbo hacia el Norte. Al cabo de un mes de marcha alcanzan la latitud mas elevada a que habían llegado aun los hombres, un punto que sólo en 1909 había de rebasar Peary, el descubridor del Polo. Pasma recapitular la prodigiosa odisea de estos dos hombres, solos en esta infinita soledad, en lucha cotidiana con las fuerzas más malignas de la Naturaleza. Hasta Junio de 1896, quince meses despues de separarse del Fram, que encuentran la expedición Jackson Harmsworth, no vuelven a ver rostro humano. El 13 de Agosto del mismo año pisaban nuevamente tierra de Noruega. Una semana después entraba tambien el Fram en aguas de Noruega, con toda su tripulación sana y salva.

Europa otorgó a Nansen una acogida entusiástica. Su recibimiento en Londres, y sus conferencias en el Albert Hall constituyeron un éxito sin precedentes. La Royal Geographical Society acuñó en su honor una medalla de oro; las Universidades de Oxford y Cambridge le hicieron doctor honorario, y otras muchas del continente siguieron su ejemplo.

En 1905, en conexión con la crisis escandinava que provoca la separación de Suecia y Noruega, entra en política el doctor Nansen. El sabio y el artista, aunque el vulgo se resista a creerlo, son también ciudadanos, y no pueden aislarse de la marea social. El doctor Nansen abogó valientemente por la causa de la independencia noruega, y al año siguiente, cuando quedó constituido el nuevo Estado, fué su primer embajador en Londres. Pero la vida diplomática no ofrecía campo adecuado a la actividad de este hombre excepcional, y no extraña verle renunciar a su puesto dos años más tarde para ocupar la cátedra de Oceanografía de la Universidad de Cristianía.

Desde entonces a la fecha su vida transcurre aplicada equitativamente a la ciencia, a la política y a la filantropía. Profesa, escribe libros, ejerce su influencia política en el campo constitucional, fomenta las instituciones de caridad, está siempre pronto a defender y remediar todas las causas del dolor humano, con un vasto internacionalismo que no toma en cuenta las fronteras.

En 1920, la Liga de Naciones le nombra alto comisario para la repatriación de los prisioneros de guerra en Rusia y Siberia. Diez y ocho meses después habían vuelto a sus hogares 380 000 hombres. En Agosto de 1921, le designan también para dirigir la obra de socorro a los refugiados rusos en los Balkanes y ésta de auxilio a los hambrientos del Volga, a que actualmente se halla consagrado. ¿Convendrá añadir que el doctor Nansen no ha aceptado jamás retribución por ninguna de estas funciones,

y que ellas le han expuesto a infinitas molestias y a no pocos peligros?

Tal es este hombre que, con una incansable y terca compasión, va hoy por el mundo gritando lo que acontece en el infierno del Volga, tendiendo la mano a los remisos, suplicando imperiosamente la salvación de sus semejantes.

Quien le haya visto y oído no olvidará ya a este hombre heroico, cuya senectud aparece más fuerte y más fresca que todas las lozanías de la edad: este rostro dulce y sereno, con su plateado bigote de morsa, sus ojos zarcos de luz infantil, su alta frente sin arrugas; y largo tiempo quedará en los oídos esta voz llana, un poco bronca, un poco regañona, devanando en la penumbra de la proyección cinematográfica la pesadilla del hambre.

RICARDO BAEZA.

BIBLIOGRAFÍA

Napoleón Pacheco.— *Personalidad literaria de Ventura García Calderón.*—García Monge, el activo e inteligente editor de Costa Rica, ha publicado en un lindo folleto un estudio de Napoleón Pacheco sobre la personalidad literaria de Ventura García Calderón, estudio que aparece precedido del siguiente prólogo:

«La corriente de ideas y de arte que circuló en América a fines del siglo pasado hizo surgir de las posibilidades espirituales del Continente, un grupo de hombres que trabajan en la formación de un concepto interno de pensamiento y de belleza. Y gran interés tuvo el despertar de la espiritualidad americana, dando por resultado el más dulce eclecticismo del sentimiento y de la inteligencia en donde se comprenden las fuerzas, en una síntesis acaso bárbara pero propia, de cuanto se piensa en todas partes del mundo.

«Francia atrajo, para libertarlas de una vez por todas, las energías de América. Haciendo suyas las inquietudes de estas democracias, les infiltró el aliento de una delicada idealidad. Francia estaba en aquellos momentos desorientada por varias tendencias en el arte, la ciencia y la filosofía. Todo tendía a la unidad; todo tendía al equilibrio de una ley en devenir. A través del espíritu universal soplaba un escepticismo que el pensamiento francés pretendió detener, no en la inmovilidad, sino en el cambio, en la transformación, en lo contradictorio... Si Emerson y James en los Estados Unidos, y acaso Eucken en Alemania, imponían importantísimas determinaciones al espíritu humano,—en ellos había la adaptación de cuanto moría en el dolor del siglo. Y en la literatura, como en ninguna otra disciplina espiritual, la influencia fué mayor. Desde el más dulce optimismo de Guyau hasta la más serena ironía de Renan, todo lo sentimos. El maestro uruguayo firma un notable estudio sobre Montalvo que a uno de sus críticos le «parece igual a los mejores de Taine, hasta por el esfuerzo por estudiar la época y el hombre». ¿Y no se quiso encontrar el maestro de Darío en Verlaine, aunque el excelso cantor americano tiene, a lo largo de su obra, todos los acentos que caracterizan las diversas escuelas literarias de París?

«Francisco y Ventura García Calderón, en las generaciones que hoy extienden una obra de belleza i de ideas sobre Hispano-América, son los que profesan, de manera más directa, la enseñanza de cuanto hay de grande e íntimo en el genio francés. Sienten en su interior el ansia de una renovación mental en los valores americanos y haciendo un sacerdocio cuyo sentimiento reposa en la esperanza de la fé que ha de salvar la civilización latina, llaman el alma del continente hacia la capital del genio latino, como los antiguos poetas encaminaban sus pasos hacia el Atica...

«Al hablar de estas cosas no sería justo olvidar a uno de los talentos más vigorosos de América, cuya obra de crítico abrió una perspectiva de ideologías tan flexibles y audaces, que en sus manos produjeron dos ensayos bastantes a consagrarlo: me refiero a Gonzalo Zaldumbide. Hoy dedico este opúsculo a Ventura García Calderón y abro una curva de valores ideológicos y literarios americanos en cuya trayectoria comentaré la obra de su ilustre hermano, la de Gonzalo Zaldumbide, y otros representativos de América».

Paulino G. Baez.—*Poetas jóvenes cubanos.*

Paulino G. Báez, conocido ventajosamente por la nueva generación de devotos de las Musas, ha reunido en este volúmen a los artífices noveles de la Rima, dignos representantes del renacimiento literario presente, que honra a la juventud cubana.

He aquí algunas palabras del recopilador y prologuista Paulino G. Báez para que el lector se forme idea del libro:

«Los jóvenes rapsodas de Cuba están animados del mejor deseo. Saben perfectamente que a la gloria no se va por prados de rosas, sino por sendas de abrojos, y aquel que lleva el pecho más herido y los pies ensangrentados, conquistará el laurel olímpico en que el trabajo premia a los elegibles. Ellos, día a día han ido regando en el surco la semilla que no habría de tardar en fructificar, y cuando ello ocurriera, de ellos, pues, habrían de ser los frutos ópimos.

«Tenemos la convicción plena de que en Cuba no se ha laborado nunca, en calidad y cantidad, tanto como de una década a esta parte. La poesía ha tenido cada día nuevos y valiosos prosélitos...

«Pensando en esto, hemos tomado de cada huerto lírico la flor más bella o mas cargada de esencias...

«Nuestros versificadores, algunos de talia, entrarán por la puerta grande en este día de galas, llevando en la escarcela el tesoro inapreciable de sus versos.»

Carlos Sabat Ercasty.—*Poemas del hombre.*—Montevideo, 1921.

Libro de versos libres, muy libres de métrica y de ideología. Hemos hallado versos ininteligibles, más allá de las licencias de la poética. Pero el poeta demuestra fervores, que mejor canalizados pueden hacer germinar más rabusta literatura.

Isabel Castellanos—*La traumatología dactilar y la clasificación de los dactilógramas.*—Habana, 1922.

Interesante aportación a la ciencia dactiloscopológica, que cada día conquista nuevas posiciones, reciamente defendidas por la rutina y la apatía administrativas.

El folleto es un tributo a Olóriz, el sabio español inventor del monodictalismo como base ideal del registro dactiloscópico.

La subclasificación de las traumas o, mejor dicho, de la solución de continuidad que es su consecuencia, según propone Castellanos, es como sigue: *supradéltica, infradéltica, intradéltica, extradéltica e interdéltica.*

La índole de esta publicación no permite mas amplio análisis. Basta añadir que el trabajo de Castellanos es una nueva y original contribución nacional a la ciencia, y un nuevo motivo de satisfacción para los que desde hace años comprendimos la genialidad del jóven antropólogo cubano y gozamos con sus constantes éxitos.

Juan G. Pumariega.—*Importancia de las Sociedades españolas en Cuba.*—Habana, 1921.

El autor, estimable y estimado *amigo del país*, ha publicado sus conceptos personales acerca del mutualismo benéfico español en la tierra. El tema es interesante y el trabajo de Pumariega es una introducción del estudio sociológico, que algún día se hará *in extenso.*

Las sociedades españolas en Cuba son 165, de las cuales 106 en la provincia de la Habana. De esas 165 sociedades, 67 son preferentemente de recreo, 10 exclusivamente de beneficencia, casi diríamos de caridad bien orientada; 9 son centros preferentemente de seguro mútuo contra la enfermedad o sean los llamados «centros regionales.»

Pumariega calcula que el número de los socios de todas las sociedades españolas se aproxima a 220 mil y que no baja de $ 23 000 000 el capital que poseen.

Indudablemente esas «quintas de salud» son soberbias creaciones de solidaridad española. Pumariega, espíritu avanzado, propone que ten-

gan cocinas económicas y hosterías inmigracionales para los infelices desamparados, que transitoriamente necesitan el auxilio digno de quien sabe y puede... y debe comprender su soledad, o sea el apoyo de sus conterráneos. Propone ademas que el cuidado de los pacientes esté a cargo de enfermeras graduadas o hermanas de la Caridad, pues, efectivamente parecen frías sin la mujer esas clínicas, que moralmente serían mas consoladoras si el enfermo, que casi nunca es solo doliente del cuerpo, tuviera cerca una voz que le recordara la dulzura materna. Otras iniciativas lanza el progresista amigo, que merecieran ser recogidas.

Y lo serán, sin duda, aunque luego no se atribuyan a Pumariega, que así son los mas de los progresos mundiales, fruto de cerebros idealistas, y luego vistosas plumas con que encubre sus ruindades mentales la probetería rutinaria e incivil, que piensa de esófago abajo, como una secreción más de sus digestiones.

Nuestro aplauso a don Juan Pumariega, *el hidalgo* por su figura, por su carácter, por sus quereres, por sus pasiones, encarnación indiana del viejo noblote castellano.

F. O.

Rodolfo Rivarola.—*La Universidad Social.* —Teoría de la Universidad Moderna.—G. Ficker, editor.—París.—Traducido al francés he tenido oportunidad de leer este nutrido libro del Decano de la Facultad de Filosofía de Buenos Aires, quien aprovecha merecidamente su dilatada experiencia pedagógica.

En el capítulo primero, con acopio de buenos antecedentes, analiza las razones de la diversidad de opiniones sobre el fin i objeto de la Universidad. Con honesta conciencia de idealista examina todos i cada uno de los engranajes que movilizan el organismo docente i anticipa aseveraciones certeras acerca de la moral profesional, estudiándola como un resultado de la solidaridad. Dice que ésta debe tender a la formación de la conciencia del cumplimiento del deber, cada día mejor. Para él la profesión de educador reviste un cierto carácter análogo al ideal sacerdotal al cual reemplazará. La educación, dice, implica una dirección, un guía, ella consiste en poner en camino y en facilitar el recorrido. Con manifiesta complacencia asegura que educar es gobernar. Quiere que la Universidad vea como suyo los problemas de la sociedad en cuyo seno funciona y pide que la consideremos como la expresión de toda educación y de toda aplicación bienhechora y humana de las conquistas del laboratorio y del cálculo. Estudiando el tipo de Universidad a través de sus evoluciones, dice que después de la Universidad religiosa y la real se impone hoy la Universidad social. En esto tiene razón que le sobra, porque como yo mismo lo sostuviera últimamente desde la tribuna de la Universidad de Chile, la ciencia no puede divorciarse de la vida y debe engranar perfectamente con sus actividades múltiples. Todas las teorías artificiales son un largo e inútil rodeo para llegar a la vida; lo mejor sería que en vez de intentar enmendarle la plana dejarse conducir por ésta. Luchemos porque la inteligencia penetre más en la vida y ésta pierda, entre nosotros, su forma rudimentaria de mera satisfacción de los sentidos. Hay que convencerse que ha nacido un nuevo ritmo social; pero, que esto no sea una pura agitación mental, sino algo recio, exacto y real, que nos sacuda exterior e interiormente marcando en nosotros hábitos permanentes i constructivos. El frío escepticismo se produce cuando las teorías están faltas de calor vital y no concuerdan con el temperamento. El hombre tiene que dejar influir su pensamiento por la vida y para que ésta cambie tiene que empezar por cambiar en lo humano intensamente y no en esas cosas superficialmente sutiles que poca influencia tienen sobre sociedad en conjunto.

Estas y otras reflexiones me ha suscitado la obra que el doctor Rivarola ha tenido la amabilidad de remitirme. Llegado a esa justa ecuanimidad que permite las serenas aquilataciones el autor se inclina ante los problemas educacionales de nuestro tiempo en actitud de comprensión total. Y ese es su mejor elogio.

PASCUAL VENTURINO.

Ernesto Quezada.—*Augusto Comte y sus doctrinas sociológicas.*—Arnoldo Hnos.— Editor.— Buenos Aires.

La copiosa producción intelectual del Dr. Ernesto Quezada, que abarca ya varios lustros de intenso trabajo, es de por sí variada. En su haber se anotan curiosos libros de viajes, monografías de historia, de derecho, apuntaciones psicológicas, ensayos de literatura, de crítica y sobre todo recios y bien documentados libros de sociología. Heredero de una ilustre tradición intelectual, el Dr. Quezada ha desarrollado con éxito, esa poderosa síntesis mental, ampliada con un ejercicio espiritual metódico y constante. Ha tenido clima, medios y oportunidades culturales donde desenvolver sus cualidades naturales. No ha tenido más que poner en relación su inteligencia esclarecida con los menesteres culturales, sin que nada hayan podido en contra de él ni las limitaciones ambientes ni las incomprenciones absurdas. Ha sacado la vida del fondo de sí mismo y se ha creado un estatuto personal de excepción que lo coloca lejos de las contaminaciones de la rutina, de las estrecheces del parasitismo, o de la parálisis del escepticismo desconsolado. Ha podido existir en él, el hombre de letras, porque ha coincidido armoniosamente con el hombre dotado de todos los recursos que permiten la culminación de la labor intelectual. Hermoso ejemplo es este de consagración a desinteresadas y puras tareas del espíritu, aquí, en nuestra América donde todos los que tienen fortuna prefieren emporcarse en los vicios y anegarse en las iniquidades.

Este libro suyo, acerca de Augusto Comte, revela la bella ecuanimidad del pensador que examina y comprende sin sobresaltos ni contorsiones de torturado. Más que la exposición de las doctrinas del fundador de la escuela positiva me interesó la explicación sobre la vida del autor del Catecismo positivista. Es una página desgarradora que conmueve hasta hacer temblar las lágrimas en los párpados. Dolorosa y triste realidad biológica la de este admirado Augusto Comte que en un estado casi sonambúlico, instruyó las leyes prodigiosas del método positivo. El señor Quezada en trozos vibrantes esboza el proceso de la emfermedad de Comte y deduce certeras consecuencias respecto de su integral labor pensante. La aparición y la influencia de Clotilde de Vaux. revela a las claras que Comte apesar de su sabiduría no pudo hacer variar en lo más mínimo los imperativos categóricos de su temperamento sentimental. Quiso resumir el mundo en el cerebro y olvidar lo demás, pero, la vida propiciadora de todas las armonías no se lo pudo tolerar, apesar de su ejecutoria genial.

La obra del Dr. Quezada con datos recientes, tiene el mérito de ser un síntesis muy clara respecto de las doctrinas de Comte que, mantienen su frescura, y antecedentes preciosos para el estudio de la formación de la sociología.

PASCUAL VENTURINO.

Paul Fort.—*Louis XI. Curieux homme.*—1 vol. en 18.—Edit. Flammarion.—París 1922.

Extractamos del prólogo de M. Andrè Antoine las siguientes líneas: «Sería de desear que M. Paul Fort prosiguiera en la escena sus «Crónicas de Francia». Con su Louis XI acaba de revelarnos que con un instrumento maravilloso, a la vez arcáico y moderno, posee el poder dramático y el dón del análisis más intenso.

Nuestra satifacción fué inmensa al encontrar en sus seis «Images» una pieza de tanta originalidad, un modelo de drama histórico, una indicación del teatro popular que hace pensar en las crónicas nacionales de Shakespeare. Todos los elementos se reunen en *Louis XI, curieux, homme,* el estudio profundo de los caracteres, el interés dramático, el más brillante lirismo, lo pintoresco de un fresco iluminado y palpitante de la vida de ese rudo y magnífico siglo quince.

Agreguemos que el gran estilo poético de esta obra hace de ella una verdadera Balada dialogada y ciertamente una de las mejores de esas Baladas francesas a las cuales debe su reputación el Príncipe de los poetas y como decía Rémy de Goumont «son tan atrayentes y divertida como las novelas».

Henry Bataille.—*Teatro completo.*—Tomo I Flanmarion.—Paris. —1922.

En el mismo instante en que la muerte lo derribaba, Henry Bataille trabajaba en el prefacio de «La Leprosa» para la edición de su teatro completo, cuyo tomo primero acaba de aparecer.

Los editores han querido que figurara al lado del retrato del gran maestro del teatro contemporáneo la reproducción de las últimas líneas autógrafas que escribiera el autor de tantas obras maestras incomparables.

La Leprosa y el Holocausto que fué representado con el título de «Tu sangre» forman la materia de este volúmen. Todo el maravilloso arte de Bataille se encuentra ya en esas obras de debutante y se revelan magníficamente su sensibilidad de poeta y su originalidad de artista.

J. H. Rosny Ainé.—*Dans la nuit des coeurs.*—Flammarion.—Paris.

Es esta novela un estudio psicológico del corazón humano en su parte más verdadera, en la noche, en la amargura del corazón. Consta de tres partes, la vida y la muerte. El escollo encantado. La prueba del fuego.

Todo es humano en este libro desde la melancolia del hombre de 38 años que siente pasar la vida y desea retenerla, encuentra el escollo encantado lo que él cree «la fuente ardiente y dulce de la vida, sólo tenía que dar un paso... y su juventud va a concluir» hasta la inquietud de la vieja sirviente que vé en la lontananza por ella un hospicio y desea asegurarse un rinconcito propio. Lo único que no es humano es la grandeza de alma de Juliana lo que más debe sentir la noche en su corazón y la amargura en el alma y se la guarda, no recrimina, prefiere no hablar, porque «las palabras son veneno, ni aún permite que su marido le de esplicaciones. Le dice que vale más guardar silencio». Esperar... Envejecer... Dejar desaparecer los dias.

Lo humano es recriminar aunque sólo se consiga agrandar la herida y hacer más sombria la noche de los corazones.

No creemos que hayan dos Julianas y bien valdria la pena recorrer el mundo entero para encontraría.

INDICE DEL TOMO XV

PAG.

Jorge Montt.—Carta de don Jorge Montt a don Eulogio Altamirano en que acepta en 1891, la Presidencia de la República..... 5
Ismael Valdés Valdés.—Don Jorge Montt..... 7
Máximo Gorki.—El momento ruso y su proyección en el futuro... 11
Fanor Velasco.—La revolución de 1891 39
Paulino Alfonso.—Eusebio Lillo..... 50
Luis C. López.—Muchachas de provincia..... 78
M. Melitón Carvajal.—Reseña de la campaña del Huáscar contra Chile en 1879.. 79
Alcibíades Roldán.—Concepto de la función representativa en derecho público..... 89
Carlos Luis Saenz.—Hermanos en Cristo 101
Price Hubert.—Sociedad de las Naciones..... 104
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Giovanni Papini, Unamuno juzgado por Giovanni Papini. (Traducción de Atilio E. Caronno).—La Banca Norte-Americana, las Deudas Internacionales y la Opinión Pública.—Alpha, La autobiografía de la condesa Sofía Tolstoy. —Ricardo Baeza, Fridtjof Ñansen..... 110
BIBLIOGRAFIA.—Napoleón Pacheco, Personalidad literaria de Ventura Garcia Calderón.—Paulino G. Baez, Poetas jóvenes cubanos.—Carlos Sabat Ercasty, Poemas del hombre.—Isabel Castellanos, La traumatología dactilar y la clasificación de los dactilógramas.—Juan G. Pumariega, Importancia de las Sociedades Españolas en Cuba.—Rodolfo Rivarola, La Universidad Social.—Ernesto Quezada, Augusto Comte y sus doctrinas sociológicas.—Paul Fort, Louis XI. Curieux homme.—Henry Bataille, Teatro completo.—J. H. Rosny Ainé, Dans la nuit des coeur 124
Aníbal Ponce.—Doctrinas de Levy-Brühl..... 129
Carlos Estevez.—Don Mariano de Egaña..... 145
José Toribio Medina.—Amarilis y un viejo problema literario en la poesía americana..... 164
Lydia Bolena.—¿Revelación?..... 175
Rufino Blanco Fombona.—Carta Lírica..... 177
Rafael Sotomayor.—Correspondencia de don Rafael Sotomayor con don Aníbal Pinto sobre la Guerra del Pacífico..... 178
F. Geneslay.—Fisiología de la adolescencia..... 193
NOTAS Y DOCUMENTOS.—A. Berget. La vejez y la muerte de la Tierra.—Luis de Zuleta, El mejor proteccionismo.—Un discurso de Gómez Restrepo sobre la literatura chilena.—Alpha, Un pequeño enigma histórico: La muerte de Juan Núñez de Prado.—Alpha, ¿Quién fué Amarilis?—E. M. V., Robo de papeles en Chile..... 217

PAG.

BIBLIOGRAFIA.—Joseph J. Thompson, Electricité et Matière.—G. Bigourdan, Gnomique ou Traité théorique et practique de la Construction des Cuadrans solaires.—V. García Calderón, Selección de las mejores coplas españolas.—Emilio Gaspar Rodríguez, Los conquistadores.—Hugo Wast, La casa de los cuervos 236
Dr. Walter Knoche.—El salitre chileno y el bocio endémico 241
Aubier Aymarel.—La influencia moral de las lecturas y del biógrafo 245
Augusto Orrego Luco.—Doña Rosario Orrego de Uribe 255
Ricardo Donoso.—Don Benjamin Vicuña Mackenna.—El Reformador Humanista y Constitucional 268
Chela Reyes Valledor.—Mi jardín interior 283
Rafael Sotomayor.—Correspondencia de don Rafael Sotomayor con don Aníbal Pinto durante la Guerra del Pacífico 285
Paul Dottin.—La Isla de Robinson 295
Leonardo Lira.—Salvando un olvido.—Einstein y Le Dantec 303
Joaquín Rodríguez Bravo.—La sublevación de la Escuadra el 7 de Enero de 1891 313
José Ortega y Gasset.—Dan-Auta 325
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Dr. M. Boigey, ¿Es posible el rejuvenecimiento del hombre?—Benjamín Vicuña Mackenna, Cómo la autoridad local resguardaba sus fueros hace cincuenta años. —Luis Araquistain, El histrionismo en literatura.—Joaquín Pesqueira, Una biografía de Eça de Queiroz.—Alberto Lamar, La moral de Guido da Verona 333
BIBLIOGRAFIA.—V. Blasco Ibáñez, El Paraíso de las Mujeres.—León Tolstoy, Los dos viejos y otros cuentos.—Hugo Wast, La Corbata Celeste 349
Ricardo Ramírez Sánchez —Escritores Americanos: Fray Candil.. 353
Doctor Paul Voivenel.—El cáncer y el radium 374
Roberto Hernández.—Como fué celebrada en Valparaíso la victoria de Yungay 385
César Antonio Ugarte.—La cuestión agraria y el socialismo 399
Alejandro Alvarez.—La Quinta Conferencia Pan-Americana 414
Alejandro Alvarez.—El Panamericanismo y la política internacional de América 425
J. Guillermo Guerra.—Discurso del Profesor de Derecho Internacional don J. Guillermo Guerra en la velada de la Universidad de Chile, en honor de los delegados de la Quinta Conferencia Pan-Americana, el día 17 de Abril de 1923 451
Frederic Ferrière.—Homenaje a Pasteur 457
José S. Chocano.—Asunto Watteau 469
Guillermo Muñoz Medina.—Pío Baroja, autor dramático 473
Alberto Nin Frías.—La novela contemporánea en Inglaterra 483
Pedro Avalos Ballivián.—Anotaciones sobre la nacionalización de las minas en Francia, Inglaterra y Alemania 497
Abel Hermant.—La declaración 536
NOTAS Y DOCUMENTOS.—J. Hurtado y Arias, Papeles viejos.—Ramiro de Maetzu, La prensa y la política.—Ernesto Montenegro, Edgardo Poe: una rehabilitacion científica.—«Scientia», Encuesta internacional sobre las teorías de Einstein.—P. Gual, ¿Don Andrés Bello, monarquista?—Corpus Barga, La democracia francesa, y Sorel.—Américo Castro, Un discurso 540

Pag.

Bibliografia.—Eugenio Orrego Vícuña, El Amo de su Alma.—Manuel Ugarte, Mi campaña hispanoamericana.—René Bastianini, Curso de Historia de la Literatura Castellana.—Santiago de Tesillo, Restauración del Estado Araucano.—Dr. D. Senen Palacios, Otros Tiempos.—Cecil K. Jones, Hispanic American Bibliographies, including collective biographies, histories of literature and selected general works.—J. T. Medina, Insurrección en Magallanes.—Samuel Velásquez, Madre.—Maurice Level, L'Isle san nom.—Hugues Lapaire, Rien que la vie.—Maurice Bonbier, L'Oiseau et son milieu.—Edmond y Jules Goncourt, Renee Mauperan.—Emmanuel Bomcher, Poul, mor frère.—Stanislas Menier, La coquéte du diamant.—Frederic Bontet, L'spectre de M. Imberger..... 565

Indice del Tomo XV..... 574